

REPERTORIO BOYACENSE

Organo del Centro de Historia de Tunja

DIRECTORES:

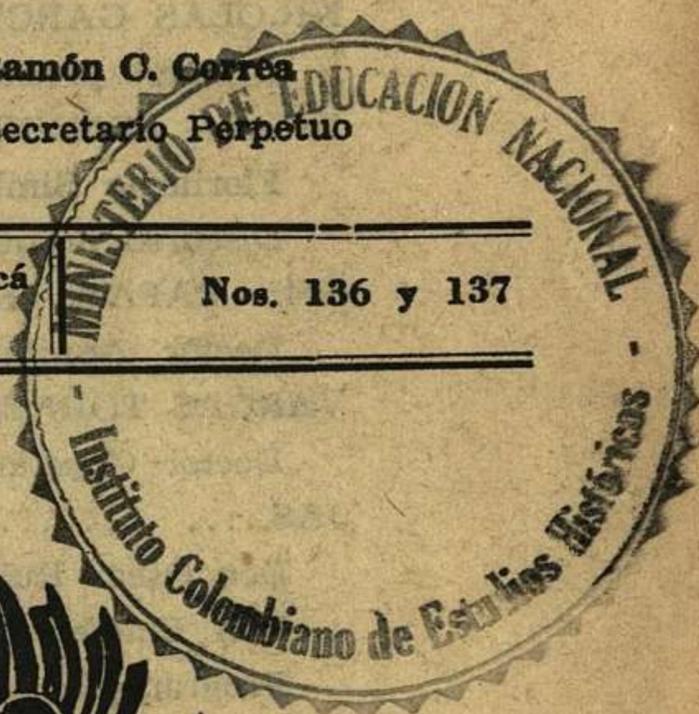
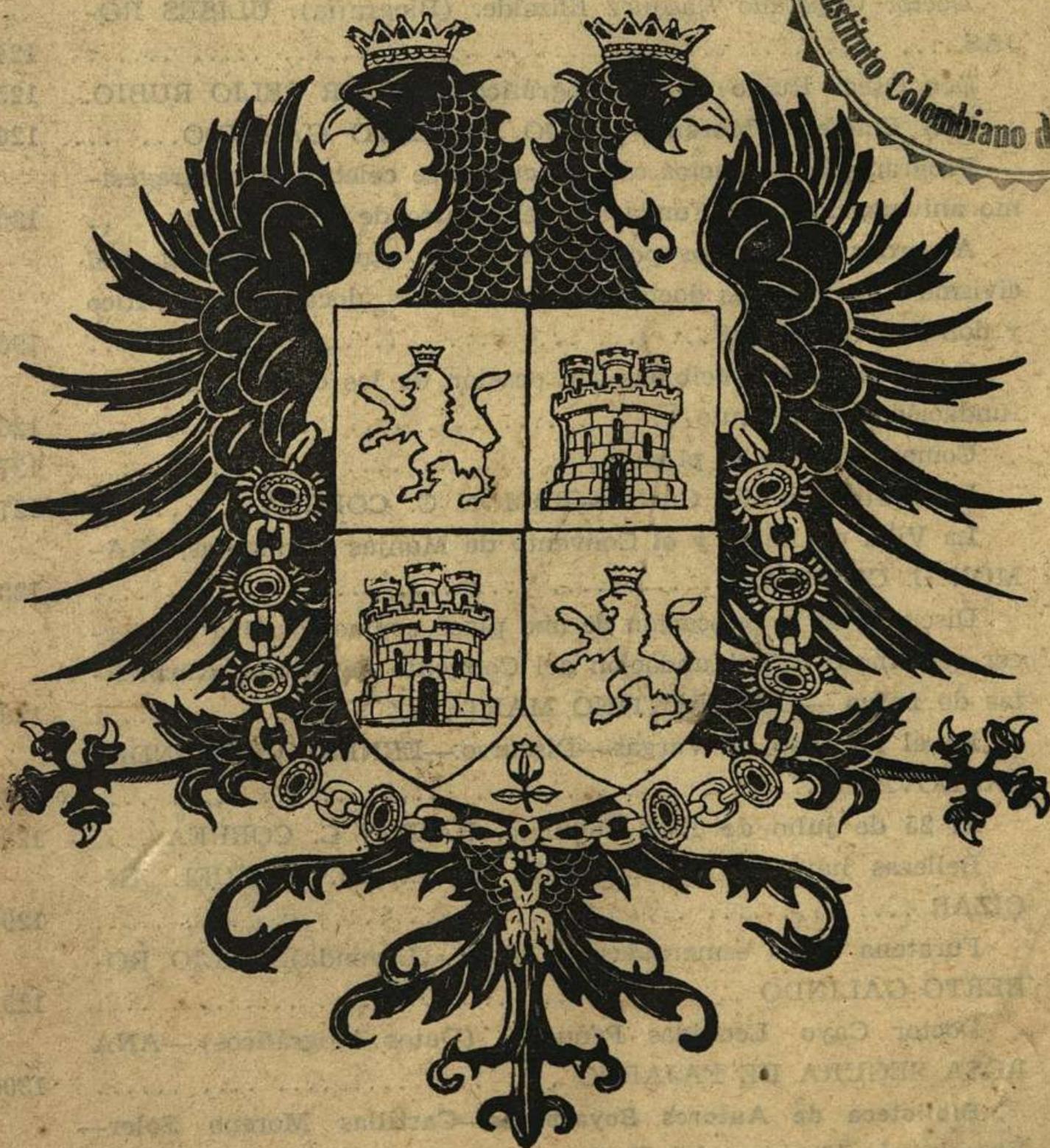
Ulises Rojas
Presidente de la Corporación

Ramón O. Correa
Secretario Perpetuo

Año XXXIII

República de Colombia-Depto. de Boyacá
Tunja, Agosto de 1945

Nos. 136 y 137

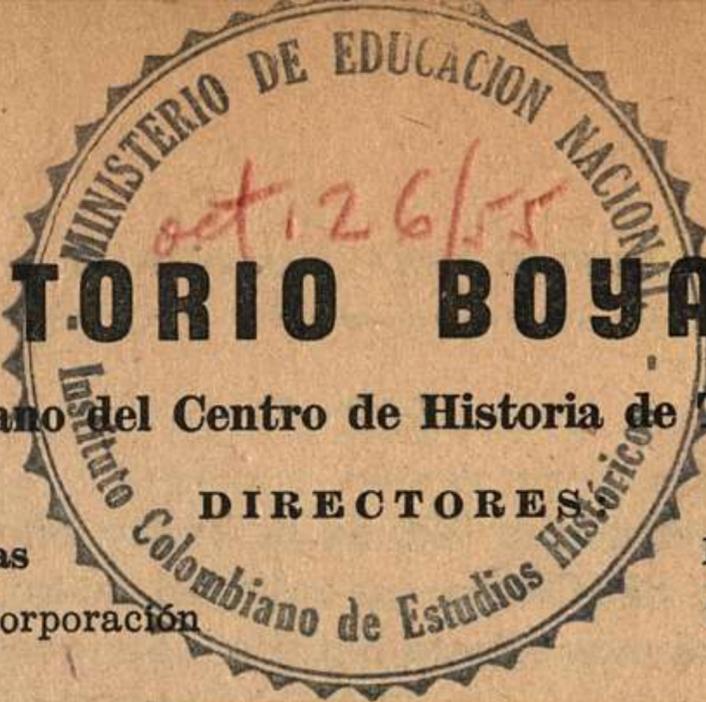
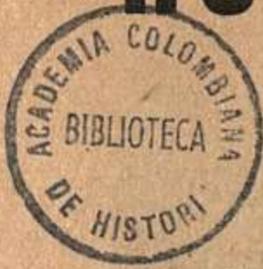


SUMARIO :

	Pág.
Cómo se celebraron en Tunja los cuarenta años de fundación del Centro de Historia.—LA DIRECCION	1219
Discurso en la peregrinación a las tumbas de los socios difuntos con ocasión de los 40 años de fundación del Centro.—CONSTANTINO MARTINEZ V.....	1223
Discurso al hacer entrega del Acuerdo y la tarjeta de plata obsequiada al Centro por la Academia Colombiana de Historia.—NICOLAS GARCIA SAMUDIO.....	1226
Discurso pronunciado en la sesión solemne del Centro de Historia. — EDMUNDO RICO	1229
Florilegio Simbólico — ANTONIO FERRO..	1234
Discurso pronunciado en la sesión solemne del 9 de abril de 1945—RAFAEL SALAMANCA AGUILERA	1235
Doctor Aquilino Niño Camacho (Biografía)—IGNACIO A. VARGAS TORRES	1244
Doctor Cayetano Vásquez Elizalde. (Biografía). ULISES ROJAS.....	1249
Don Oscar Rubio (Datos biográficos) OSCAR CELIO RUBIO.	1256
Dón Emeterio Moreno.—JULIO ROBERTO GALINDO... ..	1260
Programa de los actos con los cuales se celebró el cuadragésimo aniversario de la Fundación del Centro de Historia.. ..	1262
Acuerdos y Decretos por los cuales se otorga la medalla del civismo a los señores doctor Eduardo Santos, doctor Abel J. Rico y don Antonio Ferro.....	1264
Comunicaciones recibidas con ocasión de los cuarenta años de fundación del Instituto	1265
Comentarios de la prensa	1272
La ilustre familia Cuervo—RAMON C. CORREA.....	1276
La Villa de Leiva y el Convento de Monjas Carmelitas.—RAMON C. CORREA.....	1281
Discurso en la colocación de una placa conmemorativa del tercer centenario de la fundación del Convento de Monjas Carmelitas de Leiva —CONSTANTINO MARTINEZ V.. ..	1286
En el Pantano de Vargas.—Discurso.—ERNESTO MELENDEZ SANDOVAL	1289
El 25 de julio de 1945. Discurso. RAMON C. CORREA.....	1291
Bellezas naturales de Colombia. (Furatena). MANUEL ANCIZAR	1295
Furatena o las esmeraldas de Muzo. (Leyenda). JULIO ROBERTO GALINDO	1297
Doctor Cayo Leonidas Peñuela. (Datos biográficos).—ANA ROSA SEGURA DE FAJARDO	1300
Biblioteca de Autores Boyacenses—Cartillas Moreno Soler—Virtudes y Miserias del Pueblo.—Poesías.—Cristales Festivos.—JULIO ROBERTO GALINDO.....	1302
Sociedad Colombiana de Lingüística Aborígen.. ..	1305
Nómina completa de los Miembros del Centro de Historia de Tunja, desde su fundación, en orden de elección.. ..	1306



Asistentes a la recepción ofrecida por el Sr. Gobernador del Departamento Dr. Héctor Moreno Díaz y sus Secretarios, en los salones del Palacio de Gobierno, a los miembros del Centro de Historia con ocasión de celebrarse los cuarenta años de fundación del Instituto.



REPERTORIO BOYACENSE

Organo del Centro de Historia de Tunja

CANJE

DIRECTORES

Ulises Rojas

Ramón C. Correa

Presidente de la Corporación

Secretario Perpetuo

Año XXXIII	República de Colombia-Depto. de Boyacá Tunja, Agosto de 1945	Nos. 136 y 137
------------	-----------------------------------------------------------------	----------------

COMO SE CELEBRARON EN TUNJA LOS CUARENTA AÑOS DE FUNDACION DEL CENTRO DE HISTORIA

Los actos con los cuales celebró el Centro de Historia el cuadragésimo aniversario de su fundación revistieron inusitado brillo y aprestigiaron una vez más la justa fama de que ha gozado el Instituto al través de sus cuarenta años de existencia.

Tal como estaba anunciado, a las 2 de la tarde del día 9 de abril los miembros del Centro de Historia reunidos en el atrio de la Catedral con los deudos de los socios difuntos y algunas comisiones de colegios de señoritas, iniciaron una peregrinación al cementerio de la ciudad, llevando ofrendas florales; allí S. S. el Canónigo doctor Ignacio A. Vargas Torres en cada una de las tumbas de los socios entonó las preces acostumbradas y manos cariñosas las cubrieron de flores. Luego en medio del más solemne silencio el vicepresidente del Centro, don Constantino Martínez, en sentido discurso hizo el elogio emocionado de los colegas desaparecidos.

* * *

A las cuatro de la tarde en la Plaza de Bolívar, se tocó por la Banda Departamental una selecta retreta en homenaje a los fundadores del Centro doctores Cayetano Vásquez y Aquilino Niño y señores Oscar Rubio y Emeterio Moreno.

* * *

A las siete de la noche el señor Gobernador y sus Secretarios, ofrecieron en los salones de la Gobernación una elegante recepción a los socios del Centro de Historia, a la comisión de la Academia Colombiana de Historia, a todas las delegaciones enviadas a la ciudad con este motivo y a las familias de los fundadores. Reinó gran cordialidad y aprestigiaron la fiesta la esposa del señor Gobernador y las de sus Secretarios y muy distinguidas damas.

* * *

A las nueve del mismo día, en el Teatro Municipal se verificó la sesión solemne del Centro. La sala del teatro estaba completamente colmada del más selecto público. La orquesta de quince profesores dirigida por el maestro Gabriel Cárdenas inició la fiesta con el Himno Nacional y después de una obertura musical el Presidente abrió la sesión y el Secretario leyó el Acta de Fundación del Centro y varias comunicaciones. El proscenio estaba ocupado por los miembros del Centro, el señor Gobernador, doctor Héctor Moreno Díaz, como Presidente honorario del mismo, el Excelentísimo señor Dr. Crisanto Luque, Obispo de la Diócesis; los doctores Nicolás García Samudio y Roberto Cortazar, miembros de la comisión de la H. Academia Colombiana de Historia; el General José Dolores Solano, el Coronel Miguel Sanjuan, Comandante de la Primera Brigada, el Teniente Coronel Luis Ernesto Bautista, Comandante del Batallón "Bolívar", el señor Canónigo doctor don Silverio Pineda, Secretario de la Diócesis, el doctor Ernesto Meléndez Sandoval, Director de Educación Pública de Boyacá, el doctor Jorge Cárdenas García, Rector del Colegio de Boyacá, Don Antonio Ferro y el doctor Edmundo Rico en representación del su padre el doctor Abel de J. Rico y del doctor Eduardo Santos, quienes por motivos insuperables no pudieron concurrir al acto. El H. socio de número Canónigo doctor don Ignacio A. Vargas Torres leyó la biografía del socio fundador doctor don Aquilino Niño, pieza magistral que mereció cálidos aplausos. Después de una intervención musical, el señor Gobernador en su condición de Presidente honorario del Centro en frases elocuentes y cariñosas hizo entrega de la MEDALLA DEL CIVISMO, a don Antonio Ferro, comisionó al señor doctor Nicolás García Samudio, para que por la H. Academia Colombiana de Historia se le hiciera entrega de la misma condecoración al Académico doctor Eduardo Santos lo mismo que del diploma de Miembro Honorario que le otorgó la Corporación; asimismo entregó al doctor Edmundo Rico, la Medalla del Civismo concedida a su padre doctor Abel de J. Rico a efecto de que la Sociedad de Mejoras Públicas de Sogamoso hiciera entrega de ella al doctor Rico. Don Antonio Ferro en ingeniosa improvisación poética dio las gracias por el homenaje. El doctor Edmundo Rico, en un discurso en el cual hizo gala de su gran cultura científica y literaria, biografió a su padre, dejando para sí en cariñoso homenaje las sombras del cuadro y fue muy aplaudido.

El señor doctor don Nicolás García Samudio en bello y sentido discurso hizo entrega al Presidente del Centro doctor Ulises Rojas, de un pergamino y de una bella tarjeta de plata con que la Aca-

demia Colombiana de Historia obsequió al Instituto. El presidente de la Corporación en cortas y expresivas frases agradeció el homenaje y pidió al distinguido orador presentara a la Academia sus sentimientos de aprecio por la forma cordial y expresiva como se había asociado a la conmemoración de los cuarenta años de fundación del Centro.

Como numero final, vino luego el discurso de fondo, pronunciado por el socio doctor don Rafael Salamanca Aguilera, quien había sido comisionado al efecto por el Centro. Su oración fue sencillamente espléndida, sus palabras produjeron en el público un verdadero frenesí de aplausos y la sesión terminó dejando en el selectísimo público que asistió a ella el más grato y emocionado recuerdo. Fue esta una de las más bellas fiestas del espíritu que haya presenciado Tunja.

* * *

A continuación, la comisión enviada por la municipalidad de Chiquinquirá para asociarse a la conmemoración del Centro y expresar sus agradecimientos por el otorgamiento de la Medalla del Civismo a su hijo dilecto don Antonio Ferro, ofreció en los salones del Club Boyacá una espléndida recepción a la cual fueron invitados los miembros del Centro, los altos funcionarios civiles y militares con sus esposas, los miembros de la comisión de la Academia Colombiana de Historia, los descendientes de los fundadores del Instituto y especialmente los descendientes del doctor Cayetano Vásquez quienes habían venido de Bogotá invitados por el Centro de Historia, con el fin de asistir a las ceremonias, señoras doña Luz Vásquez de Dávila, doña María Vásquez de Saravia, doña Elisa Dávila de Lecaros, don Rafael Vásquez y gran número de los asistentes a la Sesión Solemne del Centro. La recepción se prolongó hasta la madrugada del siguiente día, en medio de la mayor animación. En ella don Antonio Ferro, lució, como siempre, su fecundo ingenio y su presencia en la fiesta, fue motivo de especial complacencia de parte de los asistentes.

* * *

El día once de abril, en la Iglesia de San Ignacio, se cantó una misa solemne de requiem, oficiada por el señor Dean del Capítulo Catedral, S. S. Dr. Ignacio A. Vargas Torres, por el alma de los socios difuntos. A ella concurrieron los deudos de muchos de los socios, gran número de colegios de señoritas y los miembros del Centro.

Todas las solemnidades revistieron el mayor lucimiento, gracias a la colaboración entusiasta y decidida del señor Gobernador del Departamento y de sus Secretarios, de los socios del Centro que hoy residen en la ciudad, de todos los amigos de la Corporación y de las personas que con tal motivo fueron huéspedes de nuestra ciudad y que ayudaron con su presencia a dar esplendor a los actos conmemorativos.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SOCIO DE NUMERO Y VICEPRESIDENTE DEL CENTRO DE HISTORIA DON CONSTANTINO MARTINEZ V., EN EL CEMENTERIO DE LA CIUDAD EN LA PEREGRINACION A LAS TUMBAS DE LOS SOCIOS DIFUNTOS CON OCASION DE LOS 40 AÑOS DE FUNDACION DEL INSTITUTO.

Ilustrísimo señor Obispo, señor Gobernador, señores miembros del Centro de Historia, señoras, señores:

El Centro de Historia de esta ciudad, en el cual inmerecidamente ocupó la Vicepresidencia, ha colocado sobre mis débiles hombros la ponderosa carga de llevar la palabra en este lugar—sagrada mansión de los muertos—para refrescar la memoria de los preclaros varones que duermen aquí "esa noche más larga que las otras" y que en vida respondieron a las apremiantes urgencias del espíritu ligando sus nombres a la fundación y desarrollo del instituto histórico que aquí nos congrega, en primer término para musitar una plegaria por la paz perpetua de sus almas, reverdecen su memoria y presentarla en forma imperedecera a la posteridad, como ejemplos dignos de imitación, de admiración y gratitud.

Los esclarecidos hombres doctor Cayetano Vásquez, doctor Aquilino Niño y señores Oscar Rubio y Emeterio Moreno concibieron la idea que realizaron en seguida—hoy hace 40 años—de fundar la institución científica que es conocida a lo largo y ancho del país y aún fuera de las fronteras patrias con el nombre de Centro de Historia de Tunja, hogar espiritual de todos nosotros, donde al través de permanentes esfuerzos por el cultivo de nuestra Patria Historia, estamos comprometidos en la modelación del alma nacional, con la mira irrevocable en la formación de una patria grande, próspera y feliz, como la soñamos y anhelamos verla todos los colombianos.

Porque ¿qué es la patria y cuáles son sus piedras angulares? Es sabido que la raza y la tierra son sillares de la cultura patria: si no hubieran existido estos preclaros varones, tampoco vendríamos a recordar aquí los nombres de Mateo Domínguez Espinosa, Fernando Torres, Próspero Márquez, Osías Rubio, Nebardo Rojas, Olegario Albarracín, Gregorio Celis y José Alejandro Ruiz, quienes siguiendo las luminosas huellas que les habían dejado sus antecesores, supieron a la vez infundir en nosotros el culto a la inmortalidad y a la gloria—ese pálido sol de los muertos—transitan-

do los senderos de la Historia como una forma de la realización de un culto a la patria, porque ella, además de un concepto geográfico y político, es una suma espiritual cuyos primeros aportes se remontan hasta las propias raíces seculares de la raza, encarnada en sus tipos de selección, que debemos perpetuar en el tiempo, y con una generosa noción enciclopédica, que eslabone la tradición del pretérito con la realidad del presente, proyecte sus virtualidades hacia las rutas múltiples del porvenir.

Los pueblos pasan, pero los que han sabido ser grandes, dejaron un conjunto de prodigiosos cerebros y de caracteres fuertes, que a manera de leones, marcan en los arenales de la historia la huella profunda de sus garras que el soplo rasante del tiempo no logra borrar nunca.

Pero se me dirá que cuál es el significado de estos actos, en esta época en que sólo se piensa en la grandeza de los pueblos por la eficacia de sus armas y la robustez de sus músculos. Acaso no valía mucho más la Atenas de las 2.000 estatuas que la actual, a pesar de que todavía convergen a ella los reconocimientos administrativos del mundo entero?

Es además un medio de honrar a la diosa que la Mitología nos describe con la mirada serena y expresión de dignidad, que está sentada junto al trono de Júpiter y que se llama la Justicia. Considerado esto, desde luego, de un ángulo ajeno, y aún más, contrario a todo paganismo.

Todos los buenos hijos de Colombia, y en un sentido más amplio, todo corazón hidalgo y generoso, debe contestar a lista en estas justas en que está empeñada la tradición de la gratitud a sus gloriosos antepasados, y prestar su contingente, grande o pequeño, pero siempre sincero y entusiasta, para su efectividad.

Saldarán una inmensa deuda de gratitud, darán un ejemplo que imitar a sus descendientes y merecerán bien de la patria, que agradecida podrá repetir, parodiando las palabras del Divino Maestro: "Bien aventurados los pueblos que tienen héroes que glorificar y hombres que admirar, porque de ellos es el reino de la inmortalidad."

Si el célebre Víctor Hugo pidió un día, a nombre del porvenir, en pleno parlamento francés, que se dedicara un día al ENSUEÑO, qué mucho será que pidamos nosotros que se dediquen estos cortos momentos a recordar los hombres que supieron con su ejemplo enseñarnos a amar la patria y acrecentar sus glorias, cultivando la historia en sus pasajes heroicos y triunfales.

Doctor Aquilino Niño, en cuyo augusto ministerio sacerdotal reunistes de una manera tan completa los meritorios atributos de que hablara el desaparecido príncipe de la poesía colombiana:

"Mansedumbre, paciencia, caridad y dulzura,
flores fueron nacidas de las llagas de Cristo",

Quiero despedirme ahora con unas sencillas estrofas aprisionadas en la concisa forma de un soneto:

UN APOSTOL

(Homenaje póstumo al Dr. Aquilino Niño).

Tu llevaste marcada en la cabeza
la insignia de discípulo de Cristo,
e hiciste tanto bien como lo he visto
perdonando el pecado y la vileza.

Tuviste una alma de sin par belleza,
que en su fondo mantuvo siempre listo
el bálsamo de amor que Jesucristo,
usó para quitarnos la tristeza.

Tuviste un noble corazón henchido
de ardiente caridad, de amor austero
y de horrible aversión por el pecado;

y la conciencia del deber cumplido,
que esclarece a las almas el sendero
que conduce a Jesús Crucificado.

DISCURSO

pronunciado por el doctor NICOLAS GARCIA SAMUDIO al hacer entrega del Acuerdo y de la tarjeta de plata a nombre de la Academia Colombiana de Historia, al Centro de Historia de Tunja en el 40º aniversario de su fundación.

Señor Gobernador, Excmo. Sr. Obispo, Sr. Presidente y Miembros del Centro, señoras y señores:

La Academia Colombiana de Historia comparte con singular complacencia la celebración del cuadragésimo aniversario de la fundación del Centro de Historia de Tunja, pues considera este acto no solo como un justo reconocimiento de la labor realizada por quienes han sabido mantener en alto el prestigio intelectual de Boyacá y han estimulado la investigación del pasado y el culto de las glorias patrias, sino porque estima también esta fecha como de señalada importancia en los anales de la cultura nacional.

Fundada la Academia en 1902, en medio de los horrores de la guerra civil y como prueba consoladora de que en el fondo mismo de los grandes males se inspiran los anhelos supremos de la paz, fue uno de sus primeros cuidados el ir organizando entidades correspondientes en varias ciudades del país para realizar una labor amplia y conjunta conforme a sus elevados propósitos. En 1904 se fundó la Academia Antioqueña de Historia, y en seguida, hace hoy cuarenta años, el Centro de Historia de Tunja.

Es grato anotar en estos momentos dedicados al recuerdo de la participación de este Departamento en el progreso intelectual del país, que fue un ilustre boyacense el iniciador y fundador de la Academia Nacional: el doctor José Joaquín Casas, quien ejercía en 1902 el cargo de Ministro de Instrucción Pública en la administración del señor Marroquín, y que entre las diez y ocho personalidades llamadas por él a organizar la nueva entidad en Bogotá, figuraron dos distinguidos hijos de esta ciudad: los doctores Enrique Alvarez Bonilla y Francisco de P. Barrera. Desde el principio de su trascendental labor la Academia inició relaciones con quienes en esta misma ciudad representaban la competencia y la afición al estudio del pasado: Don Emeterio Moreno, don Oscar Rubio, el doctor Aquilino Niño y don Cayetano Vásquez, cuatro figuras venerandas, representativas de la más noble tradición social, patriótica e intelectual de Boyacá, y nimbadas por el adorno esquivo de la simpatía, que como dice Gracián, el jesuita clásico hoy

tan en boga, "es uno de los prodigios sellados de la naturaleza."

Don Emeterio era el Director del Archivo Histórico, quien desde veinte años antes, (1888) daba clases de Paleografía y con sus pocos discípulos estudiaba los más viejos infolios: con Proto García Medina y Manuel José Reyes inició la primera descifración del acta de fundación y de otros primitivos documentos de la ciudad, que fueron publicados en el semanario "La Unidad". Otras clases de la misma ciencia se dictaron hace poco en el Archivo Nacional de Bogotá, y durante ellas se adelantó la descifración de los primitivos libros del Cabildo de Tunja, obra de gran mérito, publicada por el Cabildo de la capital como homenaje a nuestra ciudad en el cuarto centenario de su fundación.

Los doctores Aquilino Niño y Cayetano Vásquez agregaban a sus méritos la condición de ser descendientes de antiguas familias patricias y principalmente de los mártires de la Patria Joaquín Camacho, Juan Nepomuceno Niño y José Cayetano Vásquez, cuya sangre vertida en los patíbulos levantados por Morillo en 1816, fueron su aporte inmortal a la fundación de la República.

El doctor Oscar Rubio, de austera formación intelectual, fue rector del Colegio de Boyacá, y estimuló con los otros fundadores la labor de elementos nuevos en el campo de la historia: su hijo don Ozías Rubio publicó con Manuel Briceño en 1909 una historia de Tunja, que es obra meritoria e indispensable en la bibliografía nacional.

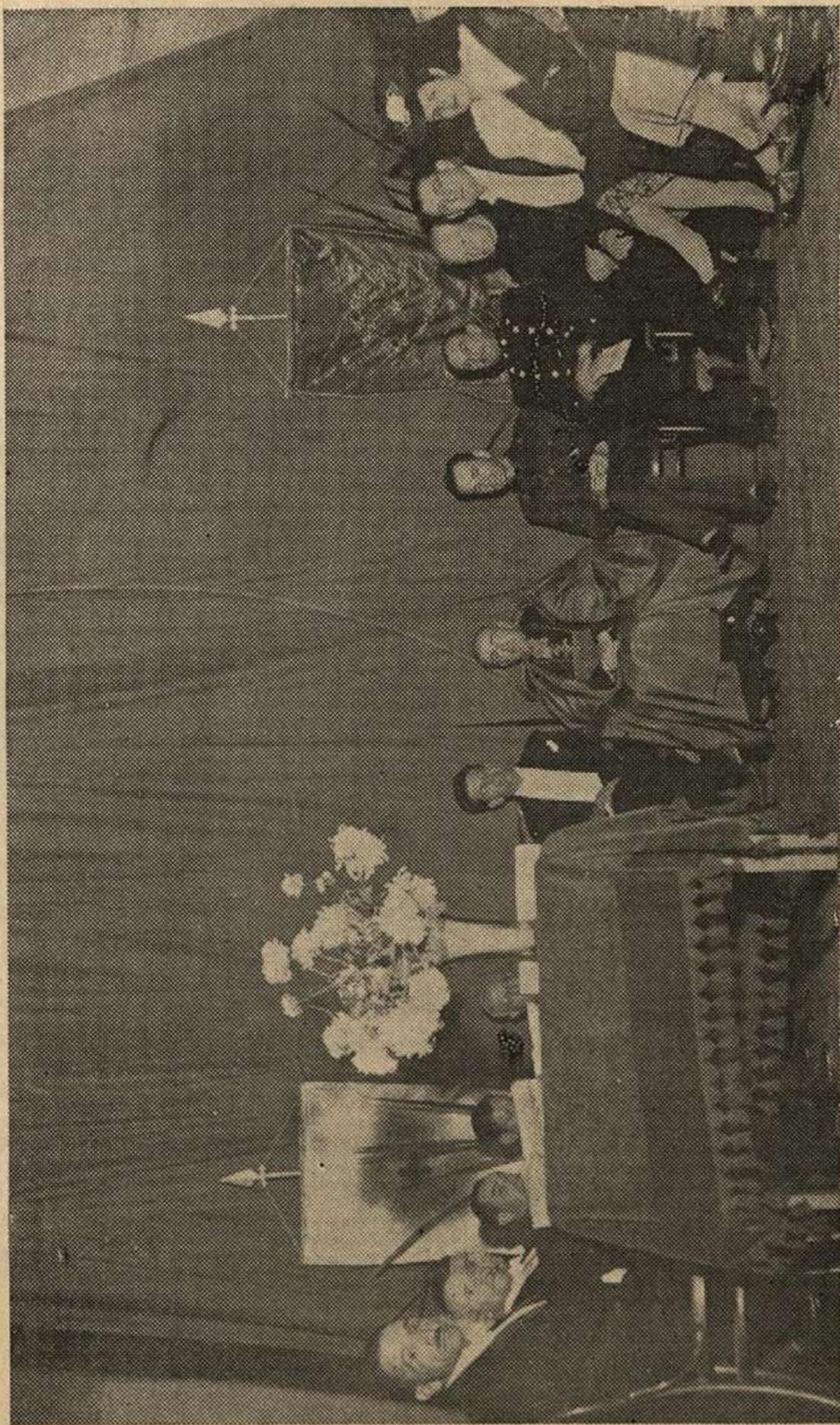
Debemos también consagrar en esta sesión un recuerdo a otras personalidades que han colaborado en la labor histórica y han representado dignamente a este Departamento ante la Nación: Miembros correspondientes de la Academia fueron don Temístocles Abella, de Sogamoso; los doctores Dustano Gómez y Benjamín Reyes Archila y miembro honorario fue el doctor Clímaco Calderón, así como de número de la Academia los doctores Diego Mendoza, Cayetano Vásquez y Manuel M. Fajardo. Y cómo no evocar también ahora la simpática personalidad del doctor Mateo Domínguez, quien sucedió a don Emeterio en el Archivo, y cuya vida original y austera ha de ser materia interesante para un capítulo de la historia social de Tunja.

A tan selecto número de intelectuales y patriotas han sucedido otros no menos meritorios que han continuado la labor iniciada hace cuarenta años con no menor brillo y plausible constancia, digna de fervoroso aplauso, y que constituye un estímulo incesante en favor del prestigio intelectual del país.

En esta memorable fecha debemos también evocar las glorias de la Patria, y principalmente las de nuestra ilustre ciudad; rendir homenaje a la memoria del fundador, Capitán Suárez Rendón, de

Don Joan de Castellanos, de la Madre Josefa del Castillo y de cuantos con su obra cada día más apreciada, han dado brillo a Colombia y a Tunja; a los mártires y próceres fundadores de la Patria y a los grandes boyacenses que en los distintos campos de la actividad nacional han contribuído a la consolidación y progreso de la República. De igual modo debemos renovar los votos de trabajar siempre por el progreso moral y material de Tunja, y de servir con desinterés y patriotismo al glorioso Departamento de Boyacá.

La Academia de Historia, al felicitar al Centro en ese aniversario, formula sus mejores deseos por el constante mejoramiento de tan ilustre entidad, y en su nombre hago entrega del Acuerdo y de la tarjeta de plata que le envía como recuerdo sincero en esta fecha y como prueba de la complacencia con que participa en esta memorable solemnidad.



Sesión Solemne del Centro de Historia en el Teatro Municipal el día 9 de abril de 1945, en conmemoración del 40 aniversario de la fundación del Centro. Aparecen en esta fotografía: De izquierda a derecha: Don Ramón C. Correa, Secretario del Centro, Dr. Nicolás García Samudio, de la Academia de Historia, Sr. Canónigo Dr. Ignacio A. Vargas Torres, Sr. Dr. Don Héctor Moreno Díaz, Gobernador del Departamento, Excmo. Sr. Dr. Crisanto Luque, Obispo de Tunja, General José D. Solano, Coronel Miguel Sanjuan, Sr. Canónigo Dr. Silverio Pineda, Secretario Episcopal, Dr. Ulises Rojas, Presidente del Centro de Historia y Señora Elvira Sarmiento de Quiñones.

DISCURSO

pronunciado por el señor doctor Edmundo Rico en la sesión solemne verificada el 9 de abril de 1945 al recibir la Medalla del Civismo, otorgada al señor doctor Abel J. Rico.

Señor Gobernador, Excmo. Sr Obispo de la Diócesis, Sr. Presidente del Centro de Historia, señores miembros de la Academia Nacional de Historia, señor General José Domingo Solano, señoras, señores:

Seguramente que este muy ilustre, erudito y linajudo Centro de Historia extrañará—y con toda razón—escuchar aquí la voz de un profano a sus labores, máxime si a tan extemporánea actitud se agrega, la majeza de un acto en cuya austeridad se otorga la medalla del civismo a tres destacados ciudadanos de la República.

Pero, a más de que lo absurdo y lo anormal es, por desgracia, casi el ritmo establemente desharmónico de lo humano, el Centro de Historia de Tunja disculpará, con su tradicional bondad, mi presencia exótica y, por ende, fugaz entre sus distinguidos miembros merced a ser yo el hijo de uno de los favorecidos con la medalla del civismo, así como por el honor que me dispensa Eduardo Santos para que lo represente en esta para él tan grata ceremonia, a la que no concurre por emergencias imprevistas, lo que no será óbice para que en ulterior ocasión venga aquí, personalmente, a rendir su agradecimiento.

Los tres varones, a quienes, este Centro de Historia—inmanentemente asistido por la magia ecumenizada del Libertador—concede el altísimo privilegio de la Medalla del Civismo, a fe que son acreedores a tan estupendo galardón patrio.

Esbozar siquiera el elogio del ex-presidente Santos, sutil estadista indoamericano, equivaldría a caer de bruces dentro de la ampulosa mediocridad del pleonismo. Baste con anotar que entre las docenas de condecoraciones e insignias que agobian su casa de diplomático, ninguna otra llevará Eduardo Santos con más orgullo y sinceridad como la Medalla del Civismo. Sobre su pecho, fríamente acostumbrado a todos los honores y quizás algo fatigado con tanto oropel democrático, la Medalla del Civismo sobresaldrá con la egregia nitidez como desde los cuatro puntos cardinales que aprisionan sus estribaciones monásticamente castella-

nas, destaca su nostalgia esta vertebrada ciudad de Suárez Rendón.

Don Antonio Ferro, el Robinson Crusoe y el sibarita de la laguna de Fúquene es el arquetipo del boyacense. Es jugo vernáculo así de la euforia de buen tono como el ingenio picaresco de estos lares queridos; es la antena temperamental lo mismo de la altivez indomable como de la melancolía chibcha de nuestras razas.

Antonio Ferro ha polarizado su existencia huracanada, movidiza y plácida como la vida misma al culto tesorero y efectivo de su tierra boyacense, a laborar por ella y para ella con fervor insomne. Es ágil guardián de nuestro folklore.

En este hedonista integral, en este epicúreo criollo que es el señor Ferro se columpia o exhibe como en algún telón cinematográfico, toda la climatología—a la vez realista, pictórica y emocional—de Boyacá: desde el idílico y ondulado valle de Tenza, pasando por las romerías multicolores de Chiquinquirá hasta el embrujo místico-sensual de Villa de Leyva; desde ese tablero de ajedrez que circunda el recogimiento espléndido del convento e iglesia de Monguí hasta aquel azul de esperanza en que a manera de espejo se mira el cielo en el feraz valle de Sogamoso; desde el quejido lejano de las dulzainas que, al caer de la tarde rasgan el silencio sinfónico de las breñas de Ventaquemada hasta los suspiros bellamente supersticiosos del guatecano bambuco como Emilio Murillo entrara—alma y corazón adentro—en el sentimiento de sus coterráneos. Y si es cierto, al decir de Amiel, que 'el paisaje es un estado de alma', todavía es más verdad que Antonio Ferro es un reflector psicológico del paisaje boyacense.

El otro favorecido por el Centro de Historia de Tunja, con la Medalla del civismo, es mi ilustre progenitor, Abel de J. Rico. No se me escapa, ni por un segundo, de que cuando él se entere que aquí, en esta noche y públicamente hube yo, en breves plumadas filiales de trazar un recuento de su existencia, de su santidad y de su obra, infaliblemente que su modestia y que su amor por el anonimato, van a sentirse cariñosamente lastimados.

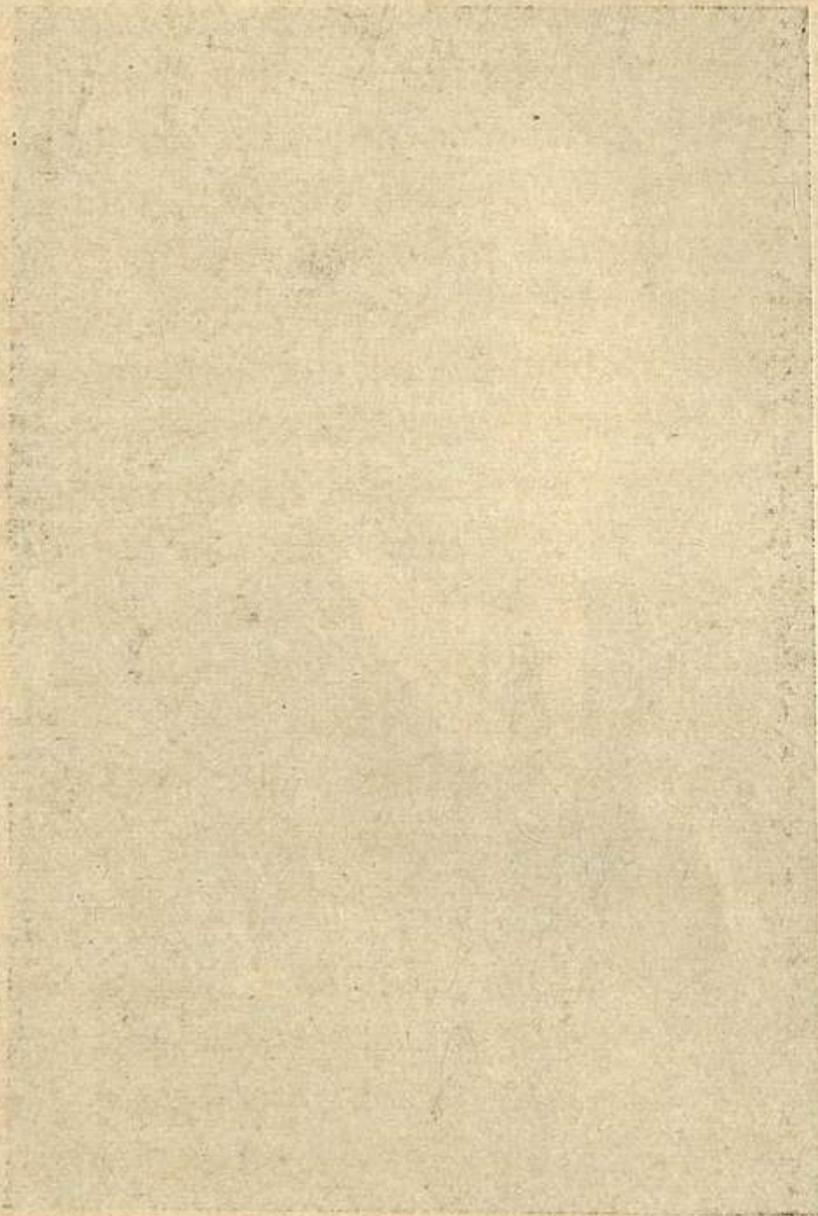
Empero, aunque no está bien que sea un hijo quien haga el elcigio de su padre, estimo que en esta ocasión (en la que por avanzada edad y por el deterioro de su salud, se encuentra ausente) quizás estaría menos bien si yo guardase silencio.

Desde su infancia, Abel de J. Rico tuvo a la virtud por compañera y al deber lo tuvo por guía. Con estos dos preceptores de excepción, privado de recursos pecuniarios y, huérfano de todo apoyo extraño a los suyos, emprendía, en Bogotá, sus estudios de bachillerato y luego los universitarios.

Poseedor de recia y discursiva inteligencia, apuntalada por no



Sr. Dr. Don
ABEL DE J. RICO,
Médico distinguido y grán filántropo, quien
fué condecorado con la Medalla del
Civismo.



NO. 1000
LONDON

menos potente voluntad espartana vino a ser no sólo el vanguardista de los estudiantes de medicina sino el más respetado y querido por sus profesores y condiscípulos.

De aquí que, sin proponérselo, de manera espontánea y apenas por la innata y bondadosa irradiación espiritual de su etismo, fuera el consejero, el buscado mentor de sus amigos. Prudente y tinoso, comprensivo y magnánimo, desde entonces ignoró las corrosivas tarascadas pasionales del odio, de la venganza, de la falacia, del rencor y de la envidia. De aquí, que su serena vida universitaria estuviese exenta del acíbar biológico de los pecados capitales. Para mantener esta inflexible norma de conducta, para respirar—como lo está respirando en sus ochenta y dos años—el oxígeno moral de su pureza austera, Abel de J. Rico contaba y cuenta, junto con el acerbo immaculado de magníficos y muníficos dones ingénitos, con la fe cristiana, con esa gracia sobrenatural, inseparable de su carácter rectilíneo, con cuya esencia orea su alma, con esa fe nunca abatida por los embates crónicos del dolor y que cada día le acerca más a Dios.

Apenas doctorado en Medicina, no faltaron las halagüeñas propuestas de sus maestros—entre ellas la del profesor Josué Gómez—para que ejerciera en la capital de la República.

Pero mi padre, ajeno a las efímeras veleidades del triunfo científico, y obedeciendo al sentido barresiano de la voz de la tierra, vino a Sogamoso, su ciudad natal, en donde desde ha cincuenta y seis años, además del ejercicio de su profesión, practica, a diario—con la natural diafanidad del agua cristalina—el manantial de las virtudes teologales.

El doctor Abel de J. Rico ejerce la caridad al estilo de San Vicente de Paul: callada, silenciosa y profusamente. Su vida longeva puede sintetizarse en estas frases: consolar al triste y aliviar al que lo ha de menester. El templo del dolor en donde oficia este santo laico de Boyacá, es el Hospital de Sogamoso. Cerca de once lustros van transcurridos desde que cotidianamente, y de manera gratuita, el doctor Rico, presta sus servicios así científicos como morales en este emporium de la miseria patológica. Pésele al abandono de los poderes públicos, el Hospital de Sogamoso, débele a la tenacidad eficiente de Abel de J. Rico, y en no mínima parte, su supervivencia en medio de las múltiples vicisitudes y obstáculos de diversa índole con que a diario tropieza el mantenimiento de ese refugio de la angustia humana.

Hay más: de larga data mi padre plasmaba la idea de fundar en Sogamoso una Sociedad de Mejoras Públicas. Contra viento y marea o contra el fosilizante opinar de tirios y troyanos, aquella institución es hoy, un hecho cumplido. Con hermoso edificio pro-

pio—costeado por la comprensiva ciudadanía—la Sociedad de Mejoras Públicas de Sogamoso, es algo de que muy de veras se ufana el Departamento de Boyacá. Abel de J. Rico ha sido escudo y nervio de esta obra y por ello, merece bien de Sogamoso que tanto sabe quererlo, respetarlo y acatarlo.

Cultivador asiduo de su profesión; amante de los libros, de la historia y del sosiego, ajeno a las lides banderizas e imparcial y tolerante con las inevitables flaquezas del prójimo, ha rechazado sistemáticamente—y por temperamento—, algunas prebendas y cargos oficiales que con insistencia se le han ofrecido, tales como la gobernación de Boyacá en administraciones pretéritas.

Y es que este varón pulcro como Marco Aurelio y modesto como San Francisco de Asís, gusta, ante todo y por sobre todo, de aquella exquisita soledad espiritual que es como el colorario obligado de su portentosa vida interior.

El eximio orador sagrado Bossuet, en su "Oración fúnebre sobre María Teresa de Austria", afirma que, "si se quieren conservar las fuerzas del alma, hay que saber procurarse o gustar muchas horas de soledad efectiva." "Fuerzas del alma son (comenta el español Azorín) el gusto por la belleza, el sentido de la justicia, el desdén por las vanidades decorativas."

Y, mordaz paradoja del Destino: Abel de J. Rico, tan justo como bueno; tan humano como caritativo; tan señor como probo, casi nunca ha disfrutado, ni de la tranquilidad, ni de la paz a que tan ampliamente le hacen acreedor, las impecables trayectorias de su larga cuanto meritoria vida.

Quienes tanto le amamos, talvez hemos sido los más tenaces socavadores de ese sosiego y de aquella paz interior a los que en buena lógica afectiva no había derecho para mellearlos.

Pero en la mayoría de las veces, la buena lógica afectiva—por lo mismo de ser afectiva—peca por su base, como en innúmeros casos la herencia de la sangre lejos de legar los atributos dominantes de los progenitores, se empeña en incrustar en la descendencia algún bronco carácter rescetivo del atavismo mendeliano.

Aquel tan manoseado y traído refrán popular de "tal palo tal astilla" es la más mentirosa y necia urdimbre vocal que haya inventado, en su engañosa pedantería fonética, el vesánico solípedo humano.

El hecho escueto, el fenómeno histórico, por así decirlo, estriba, biológicamente, en que se heredan los vicios pero no las virtudes de los progenitores; en que se hereda la maldad pero no la bondad y, — triste es confesarlo, pero ello es así y así será eternamente—en cuando un padre excelso, no posee vicios, pues en-

tonces sus descendientes o los inventan, o los cultivan o los patentizan.

Este, es, por desgracia, el lastre, el sedimento amargo del psiquismo colectivo. Somos una inninterrumpida contradicción de instintos; un caleidoscopio incesante de opuestas tendencias; una antítesis de emociones excitantes y deprimentes.

Sobrada pericia asistía a ese conocedor de los hombres que fue Rafael Núñez cuando escribió que,

“el corazón del hombre es un arcano
inescrutable; imágen del océano,
laberinto sin límites ni fin:
ayer gozó y hoy sufre;
ayer lloraba
y donde el ritmo del dolor buscaba
hoy encuentra un jardín.”

Pues bien: yo que ausculto este flujo y reflujo de sentimientos contrarios, siempre he encontrado un jardín en las virtudes de mi padre, el doctor Abel de J. Rico, un jardín perennemente cultivado con la savia nutricia de mi admiración sin límites. Lo admiro—y cada vez más—cuando lo comparo con la mayoría de sus semejantes; lo admiro por su inteligencia, por su aplomo y por su sabiduría clínica; lo admiro por sus cualidades de abnegado jefe de hogar; lo admiro por su gallardía de amigo integérrimo y por su prestancia de ciudadano ejemplar; lo admiro por su desinteresada filantropía; lo admiro por la manera sagaz y ecuánime como justiprecia la epopeya de nuestros próceres entre los cuales venera a Bolívar y a Nariño; lo admiro por ser él quien acaricia la idea de que algún historiador médico, escriba un buen día, con argumentos científicos el mérito insigne que en el ejército libertador y a través del páramo de Pisva, cupo a los llaneros de Casanare, cundidos sus cuerpos de paludismo pero saturados sus corazones de tal aliento inmarcesible que su rúbrica heroica quedó trazada desde el Pantano de Vargas hasta el puente de Boyacá. Y en esta noche se fortifica (si es que lo eterno puede fortalecerse aún) mi admiración por Abel de J. Rico, cuando veo y palpo que este nobilísimo Centro de Historia de Tunja—presidido por la atrayente e hidalga personalidad de Ulises Rojas, tiene a bien premiar la ignota labor de mi padre, con la honrosa Medalla del Civismo.

**ESTROFAS PRONUNCIADAS POR DON ANTONIO FERRO, AL
RECIBIR LA MEDALLA DEL CIVISMO EN EL TEATRO MUNICIPAL
DE TUNJA.**

Florilegio Simbólico

Ciudad de ilustres blasones
y de prosapia gloriosa,
en esta ocasión hermosa
yo saludo tus pendones;
hoy las congratulaciones
amistosas—no lo dudo—
son el simbólico nudo
de un cariño verdadero,
que espontáneamente quiero
ofrendarlas a tu escudo.

Ciudad galante.. en mis horas
de espiritual alegría,
venero la bizarría
que en tu dominio atesoras:
tus patrióticas auroras
tienen olor de laurel,
y son el orgullo fiel
de la Patria y de la Historia,
que cual águilas de gloria
vuelan sobre Tí en tropel.

Con venia muy reverente
y emoción franca y sincera,
admiro la primavera
de esta Ciudad indulgente;
damas reinas de un oriente
de amor y virtud.. y hermanas
de las orquídeas lozanas,
a cuyo bouquet florido
va mi pensamiento unido
por ser flores colombianas.

con singular complacencia
y una gratitud constante
sé apreciar en este instante,
—único de mi existencia—
la simpática presencia
del Señor Gobernador
quien me confirió el honor
de decretarme este premio,
por ser picante.. bohemio..
y en la LENGUA.. Historiador.

Historió las aventuras
de mis errantes andanzas;
también las desesperanzas
de mis crueles amarguras;
mis ilusiones futuras
—si es que nacen en mi ruta—
las dedica y las enluta
mi amistad, para los fieles
ingenios, nobles laureles
de la SIMBOLICA GRUTA.

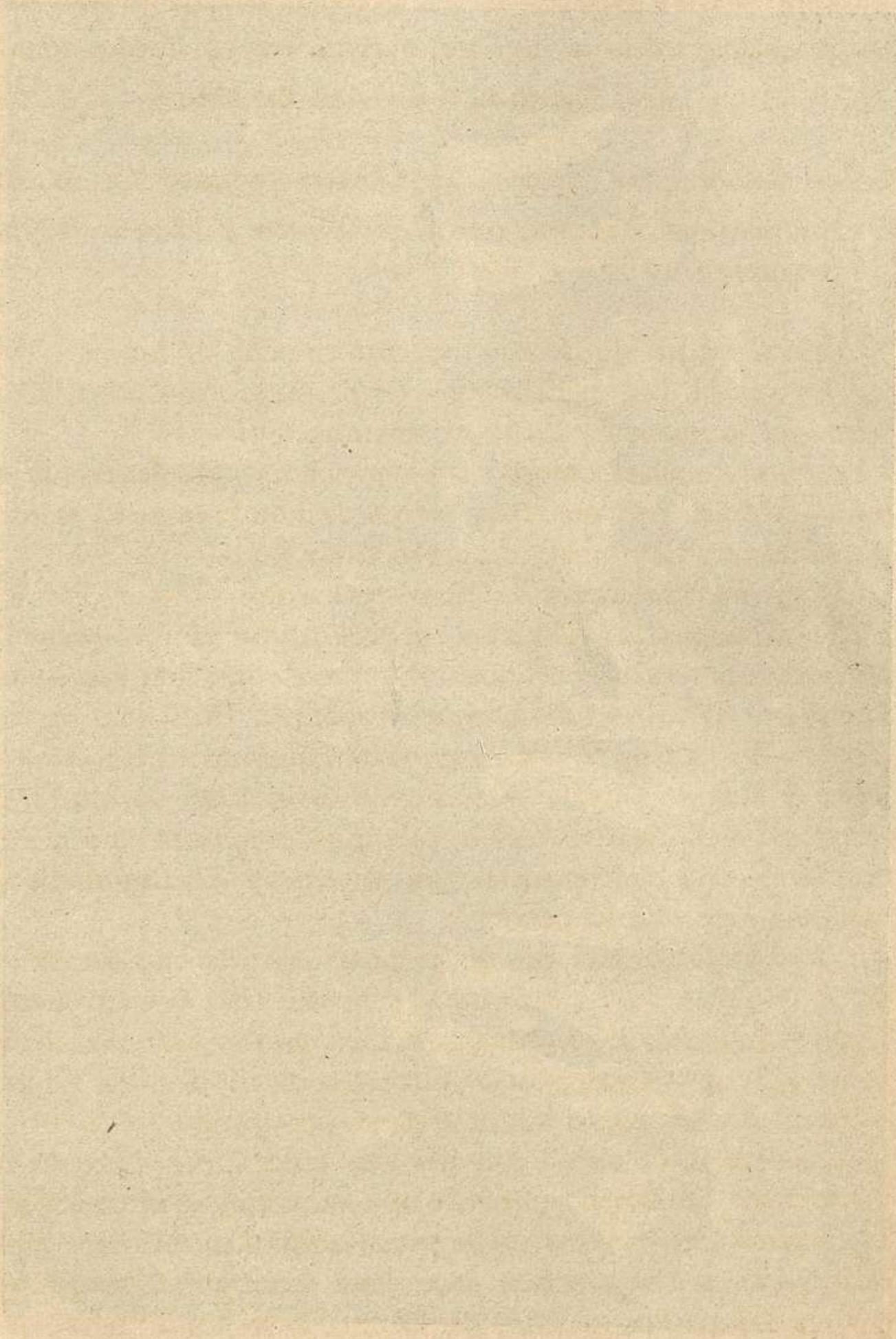
Al ilustre Gobernante,
a la gentil Sociedad,
lo mismo a la Autoridad,
civil, religiosa, amante
de lo bello y lo galante,
mi saludo hoy les presento.
Es justo agradecimiento
por sus corteses finuras,
aunque en aprietos y alturas
han puesto mi pensamiento.

Oh San Lázaro.. Te pido
con reverencia y fervor
un milagro y un favor
que a nadie hayas concedido:
y es que en este edén florido
—antigua Ciudad de Zaques—
no tenga penas ni achaques,
tal como en el propio cielo
pues es mi mayor anhelo
que de aquí jamás me.. saques

De la palabra y la charla
soy eterno admirador,
y con humos dê orador
vengo resuelto.. a llevarla;
como no “quiero” dejarla
porque su ausencia me abruma,
quiero que conmigo asuma
las jornadas de mi lago,
pues soy cazador y mago
de piel y también de.. pluma.



Recepción ofrecida en los salones del «Club Boyacá» por la Comisión del Concejo de Chiquinquirá, a los miembros del Centro de Historia y a las familias de los fundadores de la Corporación.



DISCURSO

pronunciado por el socio Sr. Dr. RAFAEL SALAMANCA AGUILERA en la sesión solemne que se verificó en el Teatro Municipal de Tunja el 9 de abril de 1945.

Señor Gobernador, Excmo. Sr. Obispo, señores de la Academia Nacional de Historia, señor Presidente y Miembros del Centro, Señores:

Nunca podré agradecer suficientemente el honor altísimo que me hiciera el Centro de Historia, al designarme para llevar la palabra en la presente fiesta conmemorativa.

En una noche como esta—hoy hace precisamente cuarenta años—dábase cita un breve grupo de hombres para echar los fundamentos de una vasta empresa de cultura.

Es grato rememorar la típica y cordial escena. Por la amplia sala acogedora, los blasones esparcían una lumbre escasa que daba brillo apenas a la dorada urdimbre de la vieja tapicería y acentuaba la pátina de los cuadros familiares. Un Cristo de Velásquez presidía la paz de la estancia, testimoniando la tradición cristianísima; y sobre un antiguo vargueño incrustado de marfil, derramábanse objetos inestimables y reliquias preciosas que a su vez daban fe de un culto insomne por el arte y una ferviente devoción por las glorias de la patria.

En el centro, alrededor de la mesa labrada con exquisito primor, en la cual, acaso, se firmara el acta de 1811 o escribieran sus últimas voluntades los mártires de 1816, cuatro varones, todos de singular y hermosa apariencia, hundidos en altas sillas frailunas, dialogaban serenamente sobre tópicos peregrinos.

Quiénes eran ellos? Precisa hoy recordarlos para la merecida exaltación. Yo hago su evocación con afecto entrañable, porque sus figuras imborrables están vinculadas a mi primera niñez y mis ojos los siguieron muchas veces con admiración respetuosa a través de las plazas y calles de Tunja, de la cual fueron guía y número, inspiración y paradigma.

Estamos a principios del presente siglo en la rancia mansión del doctor Cayetano Vásquez. El era la rediviva estampa de uno de aquellos viejos hidalgos que ilustraron la crónica de las ciudades coloniales. En el noble marco del rostro, en la varonil prestancia, en el señorío con que llevara la historiada capa española, se adivinaba sin esfuerzo la sangre de aquel don Simón Vás-

quez, su bisabuelo, alcalde y regidor de la ciudad, quien un día abandonara sus huertas andaluzas para venir a anclar, para siempre su corazón, en la roja gleba de Tunja; o también la de aquel otro abuelo suyo por la línea materna, don Jacinto Gallo y Andrade, caballero del hábito de Santiago, quien, cosa extraña, cambiara asimismo por la villa de Suárez Rendón, el prestigio de Burgos, su tierra nativa, que fuera también patria y palenque del Cid. Más al doctor Vásquez no le servían mucho esas ejecutorias. El tenía otras más altas. A su orgullo bastaba ser hijo de un ilustre servidor de la república y por sobre todo ser nieto del doctor José Cayetano Vásquez, varón sin segundo por la abundancia de prendas personales insignes y a quien las generaciones colombianas no podrán pagar el sacrificio de la vida ante el muro trágico del 29 de noviembre, sino por el perenne y ferviente culto que sugiere y reclama su soberana admonición: "ETERNAMENTE VIVE QUIEN MUERE POR LA PATRIA."

Y he aquí por qué el doctor Cayetano Vásquez al promover en esa fecha memorable del 9 de abril de 1905 la formación de un Centro que estimulara los estudios históricos y reivindicara los hechos y los hombres del pasado, no hacía sino prestar fidelidad a una tradición ejemplar de patriotismo.

Pero allí, al lado del doctor Vásquez se encontraba otro varón de ascendencia patricia: el doctor Aquilino Niño, nieto de aquel gran Joaquín Camacho, miembro nada menos que de la Expedición Botánica, prócer y mártir tunjano que comparado fuera a Sócrates, menos por el griego perfil, que por la hombría de bien, el don profundo de la sabiduría y la augusta serenidad ante la muerte.

El doctor Aquilino Niño fue un privilegiado por los excelsos atributos de la mente y del corazón. En la pálida faz ascética, a través de los ojos profundos, se traslucía la llama interior de la inteligencia. Ninguno llevó la dignidad sacerdotal con mayor sencillez y al mismo tiempo con más unciosa magestad como este levita ilustre en cuyo cuello florecía con raro prestigio la muceta de los príncipes de la iglesia boyacense.

Sus primeras disciplinas intelectuales con los Padres de la Compañía de Jesús diéronle desde un principio la vocación humanística; su incursión a la Facultad de Medicina—en esos años gloriosos de la profesión médica en Colombia, hoy por todos añorados—otorgóle el atributo del infalible conocimiento de los hombres; su dilatada preparación en el Seminario Conciliar de Bogotá lo puso en posesión de un brillante tesoro intelectual, que a la manera como el prisma dispersa a todas partes el milagro de la luz solar, él supo proyectar a la sociedad en mil direcciones. Por eso fue orien-

tador de conciencias, maestro de juventudes, sembrador de ideas, pastor de almas. Por eso fue filósofo excelentísimo, y gran matemático, y emprendió ese monumento de saber que es su diccionario etimológico, y tuvo tiempo para cantar a Dios y a sus criaturas humildes, emulando a San Francisco y en el trémulo acento a San Juan de la Cruz.

No era extraño, pues, que la actividad multiforme del señor Niño se encauzase ahora por los senderos anchurosos de la historia.

Dos hombres doctos y benévolos, completaban aquel mínimo areópago. Eran Emeterio Moreno y Oscar Rubio. Al primero, servidor devotísimo de su tierra, se le deben las primicias de la investigación en la dura y paciente faena de los archivos. El segundo era un santo laico; su rostro de dulce y mansa mirada hubiera servido para plasmar la alta virtud de la magnanimidad. Si Tunja alguna vez hubiera tenido necesidad de siete justos, para salvarse de la venganza divina, de seguro los hubiera encontrado pero don Oscar Rubio hubiera sido el primero en ser elegido. Y fue ese núcleo de cuatro voluntades, el núcleo primigenio del instituto que en todo momento y a través de ocho lustros, ha guardado el arca santa de la historia nacional en este rincón de la patria; ha buscado y hecho brillar la verdad en los viejos códices, bajo el polvo de los anaqueles; ha custodiado la tradición procerca y la gloria de los libertadores y ha quemado sin tregua en los altares de Clío, la musa olímpica, el incienso y la mirra de su constante devoción. Honor, recuerdo y gratitud a esos nombres.

Los primeros años de esta institución constituyeron una forzosa etapa preparatoria. No se habían hecho prácticamente en los archivos estudios distintos de los de Emeterio Moreno quien fue paleógrafo acabado; los requerimientos de una difícil etapa de transición hacia la cimentación de la paz pública, llamaba a las mejores inteligencias a otros campos de la administración y de la cultura; faltaban órganos de difusión y publicidad; estaba casi todo por hacer. Pero la semilla iba muy pronto a germinar y a producir; y ya en 1909 bajo los estímulos del Centro, fue publicada la importantísima Historia de Tunja de Ozías Rubio y Manuel Briceño, que tanto contribuyera al conocimiento de la capital boyacense y a tantos sirviera de amplia puerta de entrada para fructíferos estudios de investigación. En 1909 encontramos el personal enriquecido con Ozías Rubio, Dustano Gómez, Mateo Domínguez Espinosa, nombres todos familiares; muy pronto aportarían su entusiasmo Abigaíl Morales, Fernando Torres, Domingo A. Combariza y otros no menos calificados. En ese año y el siguiente el Centro participó dignamente en la preparación y realización del centenario de nuestra emancipación política. Pero fue en 1912 cuando se

abrió el ciclo de la mayor actividad bajo los auspicios de un ilustre hombre, uno de los mejores historiadores con que cuenta el país, quien colaboraba con el Centro desde el mismo año de su fundación. Me refiero al señor Canónigo Dr. Cayo Leonidas Peñuela, último superviviente de aquella promoción ilustre y con el cual este instituto tiene una deuda incancelable.

Fue él quien propuso la fundación del "Repertorio Boyacense" y tras esfuerzos sin cuento logró darle forma para ser luego su director y animador permanente; fue él quien gestionó ante la Academia Nacional la autorización que otorgó a la entidad una entera autonomía en la designación de su personal y la dirección de sus iniciativas; fue él quien agotó el esfuerzo por obtener para el programa que trazara con firme mano, la cooperación pública, la de las entidades particulares y oficiales, la de los hombres representativos y en su afán de difundir el entusiasmo en todo el departamento, propuso la designación de corresponsales en las provincias. En aquella nómina de 1912 se encuentran entre otros, coadyuvando en la labor del Centro, Fray Andrés Mesanza en Chiquinquirá, Benjamín Reyes Archila en Santa Rosa de Viterbo, Aurelio Acosta en Miraflores, José Dámazo Romero en El Cocuy, Abel de J. Rico en Sogamoso. Este último es el mismo gran ciudadano a quien el gobierno del Departamento, en acuerdo con esta entidad, ofrece hoy la medalla del civismo en reconocimiento a una obra de humanidad imponderable y como coronación de una vida de pulcritud y austeridad.

El doctor Peñuela sirvió por dos lustros sin interrupción la rectoría del Centro; éste tenía su eje natural en el eximio canónigo cuyo entusiasmo no tuvo un solo desfallecimiento, cuyo desinterés llegó hasta ofrecer un departamento de sus habitaciones privadas para la administración del Repertorio y de cuya versación y constancia son elocuente y público testimonio las muchas obras de su genio. Pero dos cosas merecen destacarse de su labor de esa época: la preparación del "Album de Boyacá" y sus esfuerzos por formar escuela entre la juventud de entonces. Su idea inicial para la digna celebración de la Batalla de Boyacá, comprendía la publicación de un gran trabajo, cuya primera parte debía contener todo lo relacionado con la campaña libertadora, con sus antecedentes, desarrollo y consecuencias, y cuya segunda parte debía ser formada por las biografías de los principales jefes y oficiales que en ella actuaron, las cuales serían elaboradas por los miembros del Centro. Circunstancias diversas frustraron la segunda etapa de su proyecto; pero la que él reservó a sus dilatadas vigiliadas, fue lograda plenamente y el "Album de Boyacá", fruto precioso de su pluma, fue y seguirá siendo el mejor homenaje que Colombia, por



Doctor EDUARDO SANTOS

Elegido Miembro Honorario
del Centro, a quien se le otorgó
la condecoración de la Meda-
lla del Civismo.



Don EMILIO RAYOS

Excmo. Sr. D. Emilio Rayos
Comandante en Jefe
de la Comandancia de la Plaza
de San Juan de los Rios

medio de uno de sus hijos preclaros, ofreciera en el centenario del glorioso Puente, a los Libertadores de 1819.

La otra realización que a él se debe, de virtualidad incalculable, se refiere a su noble afán por crear en la juventud la preocupación por la investigación histórica para garantizar en el tiempo la continuación de la obra emprendida. Y cuánto logró en este terreno la magnífica previsión de su mente. Nicolás García Zamudio y Ulises Rojas, Leonidas Cely y Jesús Antolínez, Ramón C. Correa y José del Carmen Rodríguez Bermúdez, Luis Alberto Castellanos y Julio Roberto Galindo, Constantino Martínez y muchos más, qué son sino sus discípulos y seguidores a quienes el doctor Peñuela sirviera con toda clase de estímulos iniciales y a quienes inculcara un poco de su fe y un poco de su inspiración? Yo reclamo para él en esta fecha solemne, un voto de gratitud que vaya hasta su discreto retiro a decirle que aquí no se le olvida y que la legión innumerable de sus discípulos, entreteje de continuo una guirnalda de afecto para ceñir a la nieve de su gloriosa ancianidad.

Lo demás es historia contemporánea. El Centro ha sorteado con fortuna los escollos que a toda empresa cultural se presentan de modo ineluctable: los del desvío y la inercia, los de la incompreensión y el escepticismo; y superándolo todo, puede decirse, que ha llegado a una etapa victoriosa de cristalización. No en vano supo conservar en todos sus debates el docto ademán académico, y hacer una cita social de cada uno de sus actos solemnes, y promover en encuestas y concursos, de mil modos, el interés público, y estimular todo pensamiento que fuera hacia la exaltación de nuestras riquezas, de nuestras tradiciones, de nuestras artes y leyendas, de nuestros valores espirituales. En este intento ha llevado su iniciativa a los archivos públicos y privados, en esclarecimiento de hechos históricos, a las demás Academias en busca de mutua cooperación, a los sitios y monumentos de épica remembranza, para velar por su decoro, a las esferas oficiales en demanda de un mayor apoyo para sus programas de acción.

Y a fe que sus iniciativas no han sido perdidas; algunas, acaso, se habrán deferido, pero tarde o temprano habrá de llegar su cumplimiento.

De esta suerte el Centro se ha creado una entidad, se ha conquistado un sólido prestigio y tiene ya un acervo que conserva y exhibe con legítimo orgullo.

Desde 1917 la Asamblea de Boyacá dio a la corporación carácter oficial y la constituyó como cuerpo consultivo del gobierno del Departamento. Disposiciones posteriores colocaron bajo su dependencia el archivo, la biblioteca y el museo históricos. Hoy a favor de la Ley 5.ª de 1940, se ha podido gestionar con éxito la de-

claratoria de utilidad pública de varios sitios históricos. Los Cojines y el Pozo de Donato ya lo son con el autorizado concepto previo exigido por la ley misma, de la Academia Nacional de Historia. El nuevo empeño, que ahora se encuentra en marcha, consiste en conseguir análoga situación para la casa del fundador con proyecto de destinarla al funcionamiento del Centro y sus dependencias. Qué hermosa realización habrá de obtenerse cuando bajo el alero hospitalario de la antigua casa del capitán Suárez, en los vastos salones en donde el fundador vivió, amó, sufrió, soñó para su ciudad un futuro de venturanza, se inaugure la Casa de la Cultura como la ha bautizado ya el optimismo de Gabriel Camargo Pérez, en donde hayan de reunirse para su prosperidad y florecimiento, todas las instituciones que forman la fisonomía espiritual de Tunja.

El Centro puede en esta fecha presentar una valiosa contribución a la historia nacional. Ella está dispersa en libros, periódicos y revistas; buena parte se encuentra en las páginas del "Repertorio Boyacense", otra se halla inédita, en espera de mejores circunstancias para su publicación. Enumerar las iniciativas del Instituto, sus éxitos y avatares, no es cosa fácil dentro de un simple discurso de forzosa brevedad; tampoco es posible hacer alusión siquiera a los centenares de discursos, artículos, memorias, folletos, conferencias, producidos por los miembros de número y correspondientes, en su ya largo lapso de funcionamiento. Pero si alguno quisiera conocer en detalle la vida del fundador de Tunja, éntrese por las páginas de la fundamental biografía de García Samudio a quien es necesario nombrar siempre porque desde su adolescencia ha sido un permanente y entusiasta animador de esta entidad quizá porque ella naciera bajo los auspicios del entonces gobernador de Boyacá, doctor Narciso García Medina, su progenitor, quizá también porque ha derivado hacia ella el fervoroso interés que siempre ha demostrado por su ciudad y por su departamento. Si alguno quisiera descifrar las inscripciones antiguas y desentrañar el sentido de escudos y blasones, tome en sus manos el precioso libro de quien ahora preside con singular eficacia las deliberaciones de esta corporación. Quien deseé saber el esfuerzo de las Ordenes regulares en la árdua etapa de colonización y también en la independencia y la república, consulte al P. Humberto Molano o al agustino Eugenio Ayape. Si prefiere la geografía histórica, la incursión a la prehistoria, la reivindicación de las modalidades autóctonas, lea a Raza y Patria o a Hunza de Juan C. Hernández o consulte los documentados estudios de Camargo Pérez. Tiempo le quedará todavía para hojear los discursos históricos de Monseñor Vargas Torres, para ilustrarse en la crítica histó-

rica del doctor Pablo E. Cárdenas Acosta, para consultar el Diccionario Etimológico del doctor Carlos Reyes Archila y para viajar por los ciento veinte municipios de Boyacá llevando bajo el brazo las Monografías de Ramón C. Correa, el abnegado y paciente secretario perpetuo quien ha puesto toda su vida en los archivos y para cuya laboriosidad no es mucho solicitar el público aplauso.

Quisiera aprovechar esta solemne ocasión para hacer, sin más título que el de una desinteresada preocupación por los destinos patrios, un llamamiento a la juventud de esta tierra, hacia una mayor dedicación de la inteligencia a disciplinas de investigación histórica y social. En la juventud está latente el porvenir; éste será lo que aquélla quiera que sea. Pero no todo ha de ser aspirar a los cargos de comando, a las posiciones representativas, a las situaciones brillantes de la democracia. La investigación en los gabinetes, los laboratorios, los archivos, los libros, en las horas de concentración meditativa, de serena observación de los hechos y de las cosas, de desapasionado sopesar de las ideas, reclama su fuero inalienable y de ella se ha ocupado en todas partes la porción más noble, valiosa y fecunda de la humanidad. Alexis Carrel en su magnífico libro plantea el actual desvío de los hombres. La civilización contemporánea caracterizada por el rápido desarrollo de la industria aplicada a crear comodidades a la vida, vino a transformar totalmente el ambiente del mundo. El confort ha sido erigido como supremo ideal que se realiza en las habitaciones espléndidas, en la facilidad de comunicaciones, en las satisfacciones que proporcionan ese maravilloso conjunto de grandes y pequeños inventos que el ingenio moderno estrujado por la ambición ha creado para el goce de todos, en los mismos placeres de la mesa, tan viejos como el mundo, más refinados hoy, cuando una vasta serie de estudios sobre metabolismo ha permitido llevar el cachet científico al banquete de Trimalción. Y todo esto ha torcido los ideales intelectuales, ha quebrantado la esencia pura de la moral. Sería la misión excelsa de la presente generación juvenil volver sobre los pasos hacia las zonas de equilibrio y lanzarse con denuedo a la reivindicación del hombre consciente, de la vida espiritual, de la parte bella de la civilización, contra la materia, el inveterado lucro y el vértigo de codicia que ha venido envenenando la vida de los hombres. Y para eso qué cosa mejor que velar las armas en el grandioso estadio de la historia en donde vigilan las sombras patricias de quienes nos legaron herencia inapreciable y son para aquellos que sepan invocar su recuerdo, fuentes vivas de inspiración y de fortaleza.

El Centro sigue ahora su trayectoria con más fervor y con un mayor sentido de su responsabilidad y de su destino. Y sigue sien-

do fiel a su pasado, a su consigna y a su escudo. No en vano en el escudo que ha adoptado se reúnen los más preclaros símbolos: En campo de azur destácase en el cuartel de honor la clásica representación de la historia: una mujer meditativa que escribe en un largo papiro inacabable. Una blanca luz de serenidad baña su rostro perfecto en el cual volcaron todas las gracias la maravillosa urna de sus dones. Como ha de registrar la tragedia de las guerras y cataclismos y la apacible alegría de los días primaverales y la abundancia que Diana propicia y el eco de las cítaras y los laúdes, el peregrino mito de las nueve musas en ella se realiza y se compendia. Dijérase la grandiosa imagen de Palas Atenea a quien se hubiese desprendido el épico casco, para ceñir solamente el halo impalpable de la verdad y de la justicia.

En el dorado ídolo del cuartel derecho se ve representada la tradición pre-colombiana, la escondida riqueza de la entraña de América, la dura raza de pintores y mercaderes, artífices y guerreros que esgrimieron la fiera macana y la flecha mortífera en los combates por el predominio y la independencia: aquellos que afirmaron el cetro de Hunzahúa en la edad de oro de los zaques, aquellos librados bajo los pendones siempre victoriosos del gran Tomaghata, aquellos contra los sutagaos y los panches y los conquistadores de España. A través de sus gules se perfila hasta hacerse sensible el cortejo alucinante de los viejos dioses protectores: Bachúe, madre del género humano, nacida como Venus del seno recóndito de las aguas; Bochica, sereno y bienhechor, de lengua y blanca barba como un profeta antiguo; el lúbrico Nencatacoa y el sapiente Idacanzas, y Chibchacum y Chaquen y los númenes todos de la justicia y de la guerra, de la embriaguez y del amor.

Y en el cuartel gemelo de la izquierda, toda la epopeya libertadora significada en el Puente inmortal de Boyacá. Allí la titánica reorganización del ejército en Casanare; allí el paso de los Andes en que fuera emulado Aníbal; allí los reñidos combates de Gámeza consagrados por el sacrificio del gran Arredondo; allí Rondón el hijo mimado del León de Apure; allí Pantano de Vargas en cuya carga homérica el aire se erizó de lanzas como en el verso de Esquilo; y por fin el Puente, pináculo de la gloria, pórtico de la libertad, lugar sagrado por donde pasara un día el meridiano de la historia.

Y envolviéndolo todo, en ademán de protección y de caricia, como imperativo de fe, de idioma y de raza, el águila bicéfala que volara un día desde un rincón de Castilla para venir a incubar bajo los cielos del trópico el vigoroso renuevo de los pueblos de América.

Señores:

El Centro de Historia de Tunja se detiene un momento para honrar a sus muertos y señalar esta fecha con la piedra blanca de las consagraciones. Y vuelve a emprender el largo camino en trance de lucha y renovado impulso de triunfo, a la manera de aquella Legión de los Inmortales que en la antigua Grecia iba siempre adelante de los ejércitos y si alguno sucumbía en la refriega era reemplazado en el instante, presentándose siempre fuerte e íntegra y siempre victoriosa y renaciente.

DOCTOR AQUILINO NIÑO CAMACHO

Biografía leída por el Ilmo. Sr. Dean de la Catedral de Tunja y Miembro de Número del Centro de Historia, Dr. Dn. Ignacio A. Vargas Torres en la sesión solemne verificada en el Teatro Municipal de Tunja el 9 de abril del presente año, fecha en que se cumplió el cuadragésimo aniversario de la fundación del Centro.

Excmo. Sr. Obispo, Sr. Gobernador, Sr. Presidente del Centro de Historia, señores Académicos, señoras, señores:

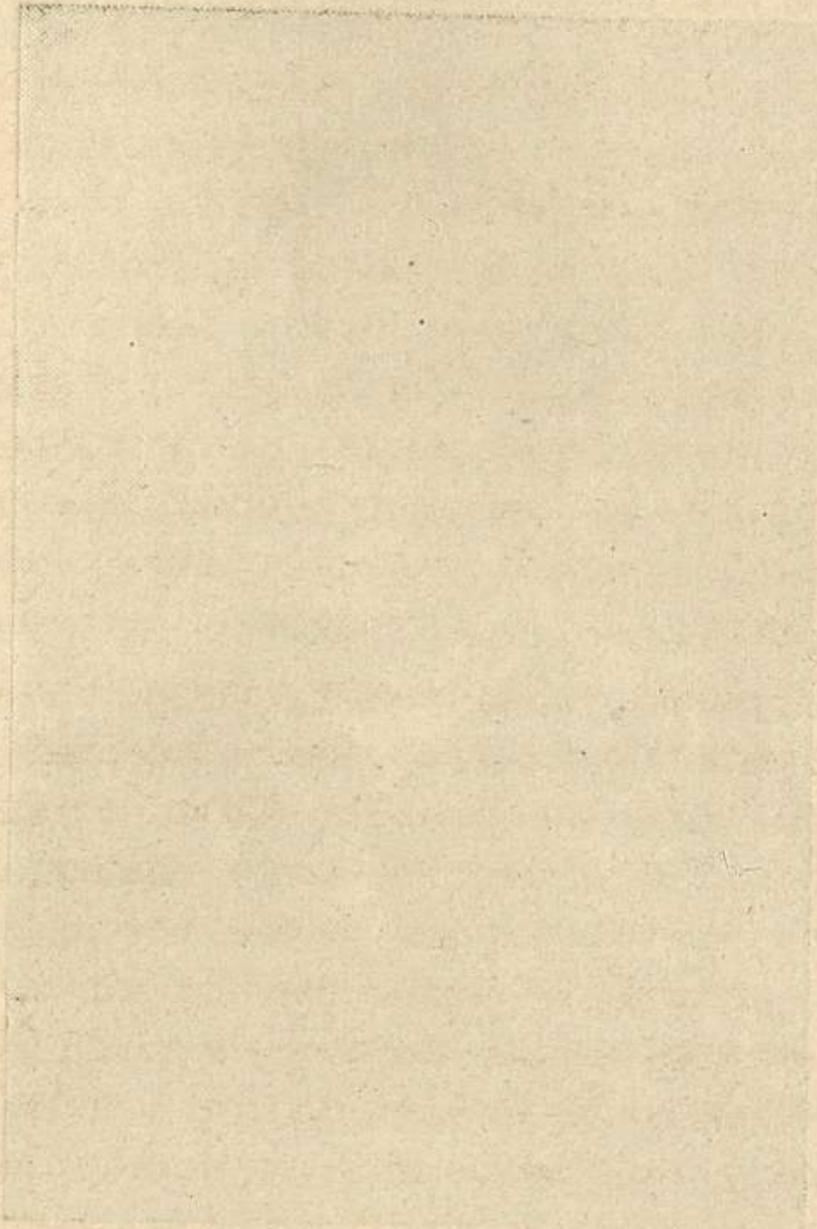
No podía faltar al tratarse de la fundación de un Centro Cultural, bien fuera de carácter científico, artístico, filosófico o histórico, el que figurara en primera línea un sacerdote católico, ya que, a despecho de cuanto pretenda la ignorancia, hay que convenir en que la iglesia de Cristo ha sido es y será el alma mater del progreso y adelanto de los pueblos, su más activa propulsora, y sus ministros y representantes factores indispensables en cuanto se refiere a la civilización universal.

Por eso cuando hace 40 años, se vio la conveniencia de crear el Centro de Historia de Boyacá en su capital Tunja, el primer nombre que surgió fue el del virtuoso e ilustre canónigo doctor Aquilino Niño Camacho, de imborrable y gratísima memoria, de cuyos talentos, virtudes y merecimientos todavía existen testigos presenciales y elocuentes testimonios. Y si me exigís la prueba del aporte del clero en todo cuanto se relaciona con el cultivo de las ciencias, artes, etc., decidme para concretarme al tema en referencia: qué sabríamos hoy de los principales acontecimientos de nuestra historia, si prescindiéramos de los riquísimos e inapreciables tesoros de un Pbro. Juan de Castellanos, de un Padre Gumilla, de un Piedrahita, de un P. Zamora, de un Simón Aguado y de otros eruditos eclesiásticos que forman la plana mayor, la más brillante costelación en el cielo de la historia y que al suprimirlos apagaríamos los mejores luminares para quedar sumidos en las más densas tinieblas?

Nada de extraño es por consiguiente que entre el selecto grupo de intelectuales que estimulados por el noble anhelo de sacar a flote del fondo de los mares ignotos el arca sagrada que encerraba las tradiciones venerandas de nuestra vida nacional, en sus diversas etapas a través de los tiempos, se relieves como figura central, aureoladas sus sienes con la triple diadema de la virtud, del talento y la nobleza, la aristocrática silueta del doctor Aquili-



Señor Canónigo doctor don
AQUILINO NIÑO CAMACHO
Fundador y Primer Presidente del
Centro de Historia.



no Niño, miembro prestantísimo del Capítulo Catedralicio de Tunja.

No sería fácil analizar en pocas palabras la vida fecunda del señor doctor Niño, porque habría que considerarlo en sus múltiples aspectos de apóstol, de maestro, de educador, de periodista, de orador, de filósofo, de literato, de poeta, de filólogo, de historiador, en cada una de cuyas actividades dejó marcada huella luminosa de imperecedero recuerdo.

Empero, comisionado por el Centro de Historia, para trazar siquiera sea a grandes rasgos la brillante trayectoria de este varón preclaro, que con patriótico entusiasmo, unido a otros tres ilustres patricios, hoy hace 40 años puso todo su talento, su vasto saber y su generosa voluntad al servicio de esta meritoria Institución, voy a ensayar un ligero bosquejo incluyendo algunos conceptos ya expresados en la oración gratulatoria que me correspondió pronunciar en la Catedral de esta su amada ciudad que meció su cuna y guarda sus cenizas cuando con espontáneo y unánime cariño celebramos sus bodas de oro sacerdotales:

'Un día, decía entonces, valiéndome de las palabras de un célebre orador, un distinguido joven de ilustre abolengo y elevada posición, sintió en su alma ese atractivo misterioso de la gracia que se llama la vocación sacerdotal; esa repentina iluminación, que, revela a un alma grande el vacío de una existencia toda mundana y le presenta en gloriosa perspectiva los santos trabajos de un ministerio que hace del hombre un cooperador de la Redención; y correspondiendo lleno de fe, de generosidad y entusiasmo a este divino llamamiento, renuncia los halagos que en áurea copa le brindaba el mundo, y pasado algún tiempo bajo la augusta sombra del santuario, postrado de hinojos ante el Pontífice representante del Sumo Sacerdote, pronunció, más con el corazón que con los labios, aquellas hermosas palabras del salmista: "Dominus pars hae redivitatis meae et calicis mei. El Señor es la porción de mi herencia y de mi caliz." Ese joven apuesto en quien se daban cita la virtud y el talento, de rostro clásicamente aquilino y de corazón verdaderamente de niño se llamaba Aquilino Niño.

* * *

Guárdense otros, dijo entonces el joven levita, los honores de que se alimenta el orgullo del siglo; guárdense los bienes frívolos que excitan las envidias, engendran inquietudes y materializan la vida; guárdense el goce de las afecciones humanas y los placeres de la carne y de la sangre; mi alma aspira a más grandiosos y sublimes ideales; mi heredad es el Señor y su perfección infinita el caliz en que beberé los sagrados dones que sobre las al-

mas quiero derramar: "Dominus pars haereditatis meae et calicis mei."

Y hélo ya convertido, no sólo en heraldo de la ciencia humana, sino en eco de la ciencia divina; en luz del mundo y sal de la tierra; luz por su sabiduría, luz por su virtud, luz por su fe, luz por su palabra, luz por sus escritos, doquiera lo colocó la Providencia, supo cumplir el precepto del Maestro: "Sic luceat lux vestra coram hominibus. Así brille vuestra luz ante los hombres, que glorifiquen a Dios que está en los cielos."

Y por su sólida e ilustrada piedad, por el ejemplo de sus acrisoladas virtudes, por su exquisito don de gentes, por su trato cariñoso y afable, por su acendrada caridad, por sus relevantes cualidades y atractivos, se hizo también el condimento de las almas que se pusieron en contacto con él. "Vos estis sal terrae."

Uno de los más autorizados escritores de que bien puede ufanarse la América Latina, el doctor Marco Fidel Suárez, refiriéndose a la ilustre personalidad del benemérito sacerdote en cuyo honor entusiastas nos congregamos para rendir pleito homenaje a sus grandes merecimientos, emitió entre otros los siguientes conceptos: "Hace muchos años que su nombre me es conocido como cifra de virtud y de ciencia. En los Anales de la Universidad ese nombre se lee como eximio entre los alumnos distinguidos y desde entonces y en edad muy temprana brillaban el talento sesudo y la inteligencia luminosa de doctor de Tunja. Y el público sabe muy bien que es joya del sacerdocio, lumbrera de la sociedad, ejemplar de virtudes y destello de nombres gloriosos en nuestra historia."

Bastarían esas solas palabras de uno de los más auténticos voceros de la ciencia, cada una de las cuales valdría por un discurso, para hacer de una persona la más brillante apología y para presentarla como acreedora a la admiración, al cariño, a la gratitud y al recuerdo imperecedero de las presentes y futuras generaciones.

Admirador como el que más por haber tenido la fortuna de tratarlo muy de cerca, de sus privilegiados talentos, de su amplia y sólida ilustración, de sus universales conocimientos como filósofo, orador, teólogo, poeta, escritor y filólogo, de todo lo cual dio felices y abundantes muestras, en la cátedra y en la prensa, en la tribuna y en las aulas, en las academias y ateneos en donde puso muy alto el prestigio de su palabra y de su pluma, no es todo esto sin embargo lo que más provoca mi admiración y mi entusiasmo; ni tampoco el saber que llevó con honor en sus venas la sangre de los héroes y mártires de nuestra independencia que en más de una ocasión le inspiraron las más elocuentes vo-

ces de sincero patriotismo y arrancaron a su lira las más dulces y sentidas estrofas en homenaje a la que después de Dios constituyó el más fervoroso de sus cultos: la Patria.

Más que las relevantes dotes de su ingenio, me atraían y cautivaban las bellas prendas de su corazón; más que su linajudo abolengo y su rara inteligencia y su vasta ilustración me encantó y subyugó con las virtudes de su alma apostólica, en una palabra, con la singular belleza de su espíritu esencialmente cristiano y sacerdotal.

* * *

Cuando el manso y divino Predicador de la Judea recorría las ciudades y los pueblos cumpliendo su misión de regenerar el mundo, las multitudes entusiasmadas le seguían con fascinación embriagadora, no tanto por la elocuencia de sus discursos sencillos y fáciles como los diáfanos y cristalinos arroyuelos, que brotan de sus puros manantiales, sino por esa suavidad y ternura inefable en que a través de sus palabras, de la placidez de su rostro, de sus dulces y expresivas miradas, se revelaba el océano de ternura, de bondad y de amor que se ocultaba en el fondo de su alma.

La humildad, la mansedumbre, la generosidad, el amor, eran los rasgos característicos de su encantadora fisonomía y cuando quiso ponerse por modelo y recomendarnos lo que más deseaba que imitásemos en El, no nos dijo, como hace notar San Agustín: Aprended de mí que soy la eterna sabiduría, la ciencia increada, la suma inteligencia, sino más que todo aprended de mí la mansedumbre y la humildad en que rebosa mi corazón: "Discite a me quia mitis sum."

Aprovechadísimo discípulo del más perfecto de los maestros el señor doctor Niño, se supo conquistar por el cariño el dominio de todos los corazones; lo mismo del rico que del pobre; lo mismo del sabio que del ignorante, y aunque nacido con alas como las del cóndor hechas para remontar el vuelo a las más innaccesibles alturas, su sencillez fue como la de la paloma, conforme al precepto divino, y lo mismo se cernía triunfante y majestuoso en las encumbradas regiones de la filosofía o teología, como se hacía ameno y agradable en el trato familiar con el más rústico morador de nuestras sencillas aldeas.

No le preguntéis por honores, riquezas ni placeres mundanales; él no buscaba su gloria sino la de Dios; su mayor placer era hacer el bien, cooperar a la salvación de las almas; su riqueza, atesorar méritos para la eternidad.

Escuchadme, para terminar, un bello rasgo de la nobleza de su alma: Demasiado sensible su corazón para compadecer las mi-

serias ajenas, no pudo convenir con que mientras él vivía en una habitación modestamente cómoda, estuvieran quizás muchas huérfanas y desamparadas de la suerte sin techo y sin abrigo, expuestas a los rigores e inclemencias de la adversa fortuna, a los peligros de las enfermedades para el cuerpo y de la muerte definitiva para el alma; se despoja de su casa, última posesión que le quedaba, y gustoso la entrega para que allí encuentren seguro refugio las inocentes doncellas que fuera de aquella arca salvadora no tendrían donde posar sus plantas sin contaminarse con el lodazal en que la humanidad se hunde.

Si como luz del mundo supo esparcir los destellos de su sabiduría en los diversos campos donde le cupo actuar, como sal y condimento de la tierra, fecundizó las almas con la sabia generosidad de su magnánimo corazón y con la eficacia irresistible de sus altos ejemplos y eminentes virtudes. Y hoy después de haber traspasado los umbrales de esta vida terrena, aún perduran las obras realizadas en su fecundo apostolado.

El Centro de Historia de Tunja, del cual fue su primer presidente, que tanto ha contribuido con sus trabajos y sus luces al acervo histórico de nuestra patria, la generosa cimiento de virtud y de ciencia que en la cátedra sagrada y en las aulas de los colegios y academias supo esparcir de las abundantes trojes de sus vastos conocimientos, sus luminosos escritos que en libros, revistas y periódicos vieron la luz pública con entusiasta beneplácito de los intelectuales y eruditos, sus bellas composiciones en prosa y en verso que todavía se recitan con fruición y con aplauso en los actos lírico literarios, y sobre todo, las obras de cristiana caridad, en donde como en el Asilo de San Antonio, aún resuenan los cánticos de alabanza y los himnos de gratitud que centenares de niñas otrora huérfanas y desamparadas elevan al Todopoderoso para bendecir la memoria de su ilustre y magnánimo benefactor, hé aquí algunos de los rasgos que perfilan la fisonomía moral de la distinguida personalidad del egregio ministro de Cristo a quien hoy venimos a recordar como a uno de los fundadores del Centro de Historia de Tunja, y cuyos talentos, virtudes e ilustración, iluminaron por más de media centuria el cielo de la patria colombiana. De él si que podría decirse, y nó como una simple fórmula, que su vida es recomendable como un ejemplar de patriotismo y como un paradigma de virtudes ciudadanas a las presentes y a las futuras generaciones.

DOCTOR CAYETANO VÁSQUEZ ELIZALDE

Por ULISES ROJAS

Si quisiéramos escribir la vida de un personaje, como es costumbre entre nosotros, haciendo la enumeración meticulosa y cronológica, de los cargos públicos en que le tocó actuar, el doctor Cayetano Vásquez Elizalde no podría ser biografiado. Hombre de hogar, alejado del Gobierno y de la política, dedicado al estudio de la historia, vivió como todos aquellos que se entregan en brazos de la diosa Clío, respirando otras edades y siendo ciudadano de generaciones pretéritas.

Sin embargo, su vida y su personalidad fueron tan destacadas en la época y en la sociedad en donde actuó, que su recuerdo perdura a través de los años y hace evocar aquellos mejores días de la República, en que los hombres eminentes de la vida nacional, se movían en una atmósfera pura e idealista, en que el mejor timbre de orgullo era el estudio ordenado, profundo y paciente, el amor al bien público, el trabajo honrado y el cultivo de las virtudes hogareñas. Época feliz, en que la primera ciudad de Colombia, fue honrada, en honor de sus hijos ilustres, con el pomposo nombre de la "Atenas Suramericana."

El 7 de agosto de 1833 nació en Bogotá el doctor don Cayetano Vásquez Elizalde, vástago de linajuda estirpe española "de cristianos viejos, limpios de sangre, sin mezcla de moros, judíos, berberiscos, negros, mulatos, gitanos, ni otra mala raza, ni son, como lo dicen del apellido Vásquez las viejas genealogías ibéricas, de los recién convertidos a nuestra Santa Fé Católica, ni han sido castigados, ni penitenciados por el Santo Tribunal de la Inquisición, ni otro alguno, ni han ejercido oficios viles, ni les está prohibido obtener los honoríficos, que así es público y notorio, pública voz y fama sin cosa contraria."

Sus padres, don Antonio María Cayetano de la Cruz Vásquez y Neira y doña Ignacia Elizalde, trajeron a su primogénito de muy corta edad a su hacienda de Ciénega en el Departamento de Boyacá, en donde pasó los primeros años de su infancia respirando los puros aires del campo, en medio de los mimos de sus padres y de la numerosa servidumbre.

Muy joven aún, su madre doña Ignacia, quien aspiraba, como era natural, a un brillante porvenir para su hijo, contrariando sus naturales sentimientos, resolvió desprenderse de él, e instó a su padre para que lo llevara al Colegio de San Bartolomé, a fin de

darle una educación apropiada a su categoría social. En tan afamado plantel capitalino hizo el doctor Vásquez con gran lucimiento sus estudios literarios y profesionales hasta obtener el título de doctor en derecho y ciencias políticas.

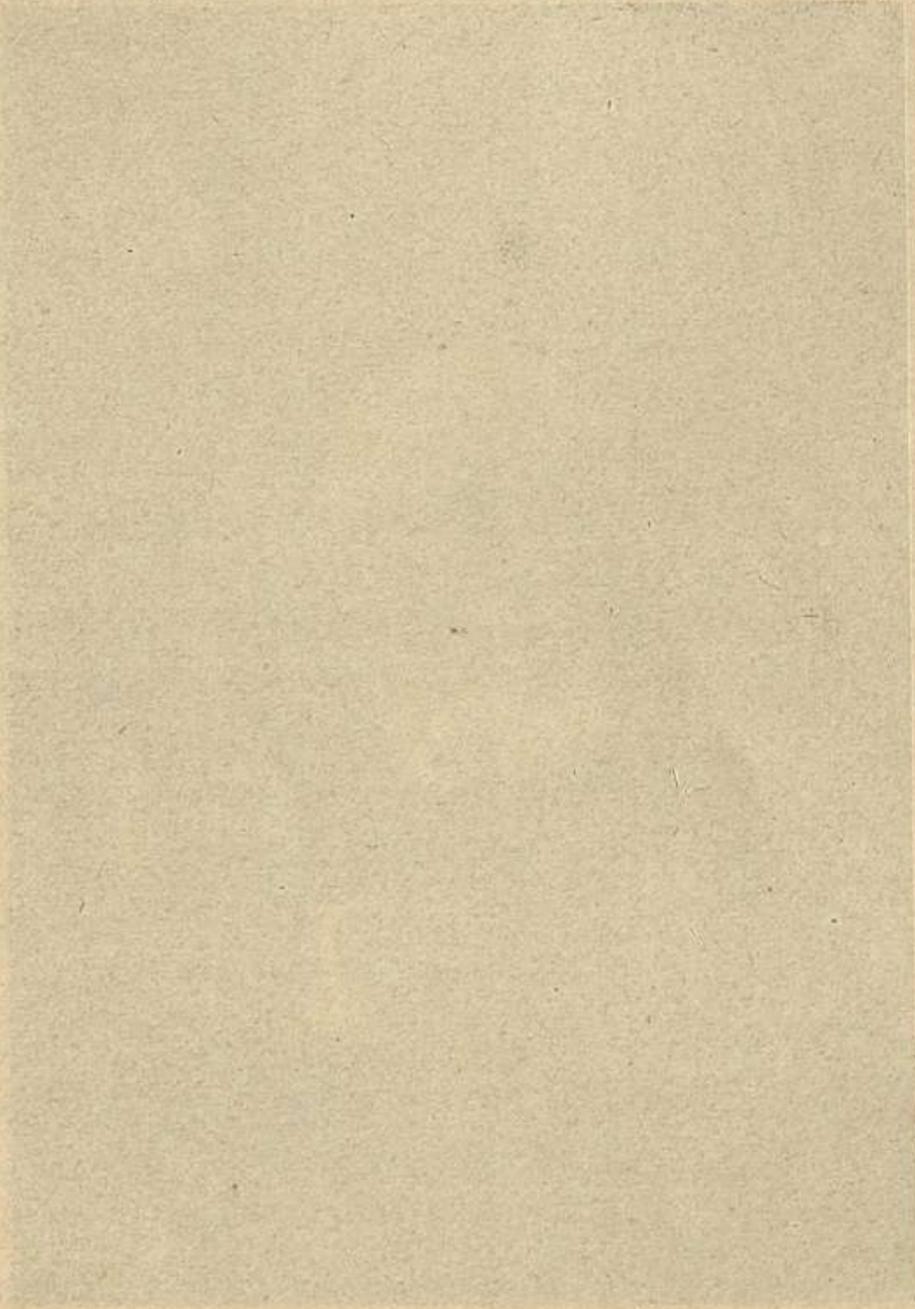
Terminados sus estudios volvió a Tunja, en donde desempeñó por algún tiempo la judicatura, dedicándose luego en unión de su familia, de que era excelente miembro, a la administración de sus tierras situadas en jurisdicción de Ciénega, alternando la vida del campo con la lectura de libros serios de que era muy aficionado. Mimado de la sociedad de Tunja, frecuentaba mucho sus salones y en las fiestas sociales, sus grandes prendas de caballero, su varonil arrogancia, su porte afable y simpático, hacían del joven abogado una de las figuras más atrayentes de su tiempo.

Por esa época conoció a doña Elisa Flórez del Castillo, radiante de juventud y belleza, orgullo y prez de la sociedad tunjana, cuyo linaje de rancio abolengo hundía sus raíces en el Marquesado de Surba, y a ella unió su vida. En la mañana del 27 de febrero del año de 1870, la mansión señorial que antes fuera de su ilustre abuelo, abría jubilosa sus amplios portales para recibir a esta feliz pareja, que en hora afortunada fundaba un nuevo hogar, que había de continuar la noble trayectoria de dos familias ilustres por mil títulos. (1)

(1) Pocos años después del matrimonio del doctor Vásquez, la casa de sus mayores que está situada en la Carrera 5.a N.º 7-63, pasó a propiedad de las Reverendas Monjas Clarisas, quienes hoy la ocupan. En lejana época se habló mucho de un espanto en esa casa, que consistía en que a ciertas horas de la noche, el pesado golpeador de la ancha puerta era agitado por mano invisible, luego se sentía entrar a una persona a caballo, que después de amarrar la cabalgadura a una argolla que había en una de las columnas de patio, subía la escalera haciendo sonar sus espuelas hasta el descanso de la misma, en donde había pintado en la pared un militar mostrando con su índice un sitio del descanso. La familia Vásquez hizo demoler la antigua escalera que era de piedra, en la esperanza de encontrar allí algún tesoro, sin resultado alguno. Más tarde, cuando la casa fue ocupada por la comunidad de Monjas Clarisas, no queriendo éstas tener dentro de su ascética morada a un militar de centinela permanente, resolvieron hacer quitar de allí la tabla en que estaba pintado y que no resultó ser otra cosa, que la tapa de una alacena, dentro de la cual estaba escondido el tesoro tan buscado por la familia Vásquez y que consistía en alguna cantidad de oro, vajillas de plata y arreos militares valiosos, de que muy poco se aprovecharon las buenas monjas y sí mucho uno de sus sacristanes, quien vendió en Bogotá casi todo lo encontrado. A este tesoro se le llamó el tesoro de Barreiro, pues



Sr. Dr. Don Cayetano Vásquez Elizalde,
Fundador del Centro de Historia.



El doctor Vásquez y su noble esposa vivieron por algún tiempo en Tunja, pasando largas temporadas en su hacienda de Ciénega, para fijar más tarde su residencia definitivamente en Bogotá, en el barrio de Chapinero.

Esposo cariñoso y padre amantísimo, el doctor Vásquez se consagró por completo a su hogar, viviendo de la renta que le producían sus propiedades de Ciénega. Amante de la buena lectura, poseía una excelente biblioteca, especialmente de obras históricas y se le veía siempre en las librerías de Bogotá en busca de sus mejores amigos que fueron los libros. Su tiempo lo repartía entre los cuidados del hogar y la lectura. Completamente alejado de los ajetreos políticos, limpio de odios banderizos, viviendo siempre en un plano elevado, rendía culto perenne a nuestros grandes patricios, especialmente a los próceres de la guerra magna, entre los cuales contaba a su ilustre abuelo, el mártir de la patria, doctor don José Cayetano Vásquez, de quien escribió una interesante biografía en la cual relata minuciosamente el fusilamiento del prócer; gracias a ella, se conocen hoy los dolorosos incidentes de aquel luctuoso acontecimiento y el sitio en donde rindiera su vida, junto con los no menos ilustres patricios doctor don Juan Nepomuceno Niño y coronel don José Ramón Lineros. Meditando en esos dolorosos hechos, el doctor Vásquez, debió repetir con emoción en el silencio de su estudio y en medio de sus libros, el último mensaje de su noble abuelo, testamento de amor patrio, preciosa herencia de sus sucesores y patrimonio moral de todos los buenos colombianos: "Eternamente vive quien muere por la Patria."

Su afición a los estudios históricos le abrió las puertas de la Academia Colombiana de la Historia, y con la venia del Ministerio de Instrucción Pública, en diciembre de 1903 ocupó, al lado de eminentes historiadores, un sillón de aquella docta Corporación.

Algunos de sus importantes escritos fueron publicados en el "Boletín de Historia y Antigüedades" de la Academia, y en el año de 1905 se le comisionó por la misma entidad para fundar en Tunja un Centro de Historia correspondiente de la corporación capitalina.

El doctor Velásquez se trasladó entonces a la amada ciudad de sus mayores y el día 9 de abril de 1905 a invitación suya, se reunieron en su casa, situada entonces en la esquina noroeste de la calle 7.ª con carrera 2.ª, los señores canónigo doctor don Aquilino Niño, don Emeterio Moreno, archivero histórico del Departam-

se dice que había sido dado a guardar por el Coronel José María Barreiro antes de emprender la campaña de 1919 a un su amigo de la familia Vásquez que vivió en aquella casa.

mento, y don Oscar Rubio, distinguidos intelectuales amantes de la historia a quienes se les había nombrado miembros correspondientes de la Academia Colombiana.

En aquella fecha memorable, después de explicar el motivo de la reunión y de exponer la necesidad de fundar en Tunja, una corporación histórica filial de la de Bogotá, oídos los conceptos de los asistentes y su voluntad decidida de colaborar en la obra emprendida por la Academia Colombiana de Historia, procedieron a instalarse y se convino en esa primera sesión, que las subsiguientes se verificarían el primer domingo de cada mes. Se eligió presidente al doctor Niño y Secretario al señor Rubio. Al doctor Vásquez se le encargó de dar cuenta a la Academia de la fundación del nuevo centro; de proponer ante aquella corporación los nombres de los doctores Cayo Leonidas Peñuela y Benjamín Reyes Archila, residentes en la ciudad y quienes también habían sido invitados a la primera sesión, como candidatos para miembros correspondientes; así como de procurar el envío del Boletín de Historia y Antigüedades al nuevo Instituto.

Desde aquél día el doctor Vásquez, siguió siendo desde Bogotá, impulsador y animador infatigable de la entidad que con su fecunda labor de cuarenta años de existencia ha hecho célebre la fecha de su iniciación a la cual vivirá siempre unido, el nombre de su fundador ilustre, cuya memoria se conservará y abrillantaré al paso de los años, en la misma proporción en que crezca y se amerite el Centro que él fundara hace ya ocho lustros.

Los conocimientos literarios e históricos que adornaban al doctor Vásquez, hacían que su atrayente personalidad fuera admirada y respetada en los altos círculos intelectuales de la capital; su agradable conversación y su exquisito don de gentes, que es proverbial en la familia Vásquez, le atraían admiradores y amigos y su casa era siempre amable y acogedora manción de la sociedad capitalina.

El 23 de junio de 1915, a los 82 años de edad, dejó de existir en la ciudad de Bogotá. Su muerte constituyó un verdadero duelo social; la Academia Colombiana de Historia y el Centro de Historia de Tunja que él fundara, aprobaron sentidas mociones de pesar e hicieron el póstumo elogio de su ilustre miembro y fundador.

(2).

(2) Una curiosa coincidencia atrajo por aquellos días la atención de los bogotanos. El doctor Vásquez tenía en el barrio de Chapinero amistad muy cordial con una distinguida familia de apellido Díaz Díaz. Como en alguna ocasión las señoras de la casa le contaran entristecidas la rotura de un antiguo espejo que para ellas tenía gran valor de afecto, el

El doctor Vásquez que amaba entrañablemente la tierra de sus mayores, dispuso en su testamento que sus restos descansaran en la iglesia parroquial de Ciénega. Allí fueron trasladados posteriormente y se hallan sepultados en la nave izquierda del templo, bajo preciosa lápida de mármol, al pie del sitial del Santo Cristo y cerca a la Capilla de San José, que él había dotado y dedicado al Patriarca de que era muy devoto.

De su matrimonio hubo cuatro hijos que fueron: doña Luz Vásquez y Flórez, quien casó con don Santiago Dávila Manrique; doña María Vásquez y Flórez quien contrajo matrimonio con don Eustaquio Saravia y Espinosa de los Monteros; doña Elvira Vásquez y Flórez casada con don Alfredo Perea y don Rafael Vásquez y Florez, pintor y poeta distinguido. Todos ellos, como sus descendientes, que son numerosos, conservan las normas de pulcritud y de hidalguía que guiaron siempre los actos de su progenitor.

GENEALOGIA DE LA FAMILIA VASQUEZ

Simón Vásquez casado con Francisca Manforf bisabuelos de don Simón Vásquez y Peña.

Simón Vásquez y Manforf casado con doña María Bravo y Flórez, abuelos de don Simón Vásquez y Peña.

Juan Vásquez y Bravo, casado con doña Leonor de la Peña y Lozano, abuelos maternos de don Simón Vásquez y Peña.

Abuelos don José de la Peña y doña María Lozano.

Don Pedro Bravo y doña Ana Flórez.

Bisabuelos: don Juan Manuel de la Peña y Ana María de la Parra, Don Juan Lozano y doña Anamaría de la Parra.

Don Simón Vásquez y Peña, natural de la ciudad de Jerez de la Frontera, vino a establecerse en el Nuevo Reyno de Granada por los años de 1760. Fue el tronco de la familia Vásquez en este país. Casó con doña María Francisca Gallo y Sánchez. Tuvieron los siguientes hijos:

doctor Vásquez usando de su proverbial galantería y para consolar en algo a sus amigas, les obsequió un hermoso espejo de tres lunas, que fue colocado en el mismo sitio que ocupaba el que se había roto; a poco de morir el doctor Vásquez, notaron las dueñas de casa, con gran sorpresa, que en una de las lunas del espejo se retrataba en forma nítida y perfecta el aquilino perfil del doctor Vásquez. El hecho fue muy comentado por la prensa y muchas personas pudieron constatar la evidencia de tan rara aparición.

Don José Cayetano nacido el 7 de abril de 1771. Casado con doña Luz de Neira y Neyra. Sacrificado por Morillo en la ciudad de Tunja el 29 de noviembre de 1816.

Don Juan Francisco, nacido el 10 de diciembre de 1772.

Doña María Ynes, nacida el 8 de enero de 1774.

Doña Josepha Bruna, nacida el 20 de marzo de 1776.

Dr. Manuel José, nacido el 14 de mayo de 1778. Estudió en el Colegio del Rosario, Latinidad, Filosofía y Teología y obtuvo el título de doctor. En 1802 recibió el presbiterado desempeñando importante papel en la Independencia y ocupó cargos de significación. En 1827 fue nombrado Obispo de Panamá, cargo que no aceptó. Murió en 1847 en Tunja. El historiador José M. Restrepo Sáenz dice de él en su importante libro "Constituyentes de Tunja" en 1811. Los habitantes de la ciudad de Tunja con motivo del fallecimiento del benemérito sacerdote enlutaron los frentes de sus casas y pintaron de negro las puertas y ventanas demostrando así el cariño de que había sido merecedor por sus grandes virtudes y sus patrióticos esfuerzos en favor de la población, como también del profundo sentimiento causado por tan irreparable pérdida.

La señora Elisa Flórez de Castillo, esposa de don Cayetano Vásquez Elizalde, era hija de don Manuel Flórez de Castillo y de doña Benita de Castillo.

Don Manuel era hijo de don Juan Agustín Flórez y Rojas, (nacido en Tunja en 1780 y educado en el Colegio del Rosario), y de doña Bárbara de Castillo.

Doña Bárbara era hija de don Joaquín de Castillo Santamaría y de doña María Josefa de Mendoza y Alvarez, todas personas descendientes de antiguas e ilustres familias vecindadas en Tunja y Santa Fe.

Don Agustín Flórez y Rojas era hijo del doctor Bartolomé Rojas y Castillo, graduado en el Colegio del Rosario, y de doña María Luz de Rojas.

Doña Benita de Castillo (prima de don Manuel), hija de don Ignacio de Castillo y de doña Mónica Pabón.

Y doña María del Carmen Josepha, nacida el 16 de julio de 1781.

(Datos tomados de "Genealogías de Santa Fé y Bogotá", por J. M. Restrepo Sáenz y Raimundo Rivas).

Hijos del doctor José Cayetano Vásquez y Gallo y de doña Luz Neira y Neira:

Doña María Josepha Antonia, nacida el 29 de diciembre de 1796.

Don José María Cayetano Martín, nacido el 13 de noviembre de 1793 Casó con doña Ana Francisca Durán. De este matrimonio son hijos:

Don José María, casado con doña Hortensia Antommarchi y García Herreros.

Doña Virginia, casada con don Jenaro Moya.

Doña Elvira, soltera.

Doña Primitiva, soltera.

Don Ildefonso, soltero.

Don Alejandro, soltero.

Doña María Francisca Josepha Damiana, nacida el 24 de septiembre de 1804.

Don Antonio María Cayetano de la Cruz, nacido el 9 de noviembre de 1806. Casado con doña Ignacia Elizalde. De este matrimonio son hijos:

Don CAYETANO, casado con doña Elisa Flórez y del Castillo.

Doña Mercedes, casada con don Aniceto Medina. Sin descendencia.

Doña Gabriela, casada con don Belisario Sánchez. Sin descendencia, y

Don Manuel, soltero.

—

Doña María Josepha Nepomucena, nacida el 11 de septiembre de 1808.

Don Juan Nepomuceno María, nacido el 15 de noviembre de 1810.

Doña Josepha Gabriela de la Cruz, nacida el 19 de mayo de 1812. Casó con don Valerio Ricaurte, y

Don Manuel María Juan Nepomuceno, nacido el 17 de junio de 1815.

—

Biznietos del doctor JOSE CAYETANO VASQUEZ:

Luz Vásquez y Florez casada con don Santiago Dávila Manrique.

María Vásquez y Flórez, casada con don Eustaquio Saravia y Espinosa de los Monteros.

Elvira Vásquez y Flórez, casada con don Alfredo Perea y Sanclemente.

Rafael Vásquez y Flórez, soltero.

Ana Vásquez y Antommarchi, casada con don Juan Manuel Carrasquilla y Hernández.

Don Jenaro Moya y Vásquez, casado con doña Bárbara Tovar.

Don Jorge Moya y Vásquez, casado con doña Adelia Padilla.

Don Aurelio Moya y Vásquez, casado con doña Isabel Villaveces.

Doña Gabrielina Moya y Vásquez, casada con don Aurelio Camacho.

Don Alejandro Moya y Vásquez, soltero.

DON OSCAR RUBIO**(Datos biográficos)**

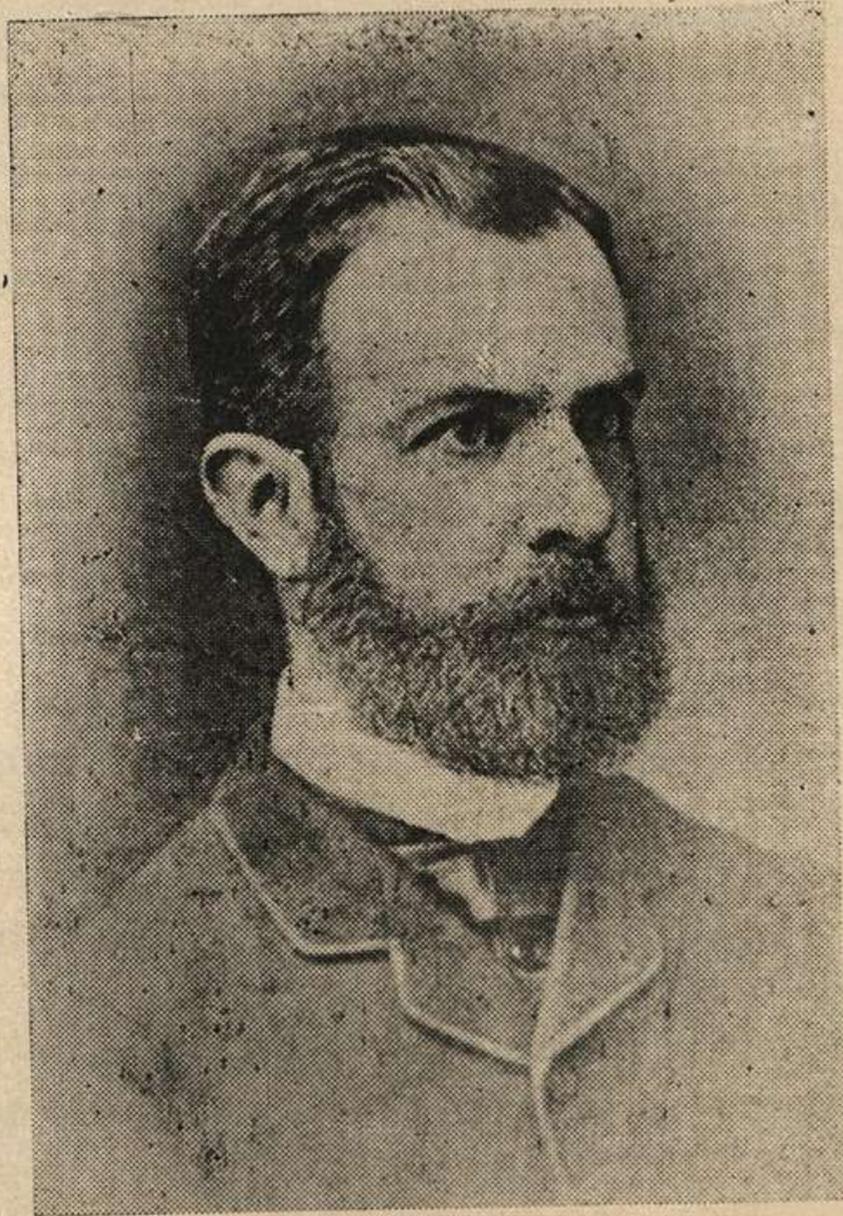
Por OSCAR CELIO RUBIO

Institutor de segunda enseñanza, profesor de humanidades, su esmerada educación y el ejercicio de la virtud, su habilidad y acrisolada honradez lo llevaron a ocupar puestos distinguidos de diverso orden. Enemigo de la política sólo se preocupó de su propia cultura para difundirla en la sociedad. La enseñanza verdaderamente práctica en lo más útil fue su lema.

Sólida preparación recibió en su hogar y en los mejores colegios de Bogotá para la campaña que contra la ignorancia había de emprender. De catorce años, en una revolución, hubo de abrir su primer plantel de enseñanza (Garagoa - 1859).

Era vicerrector del Colegio de Boyacá en 1873 cuando concertó matrimonio con la señorita Eloísa González Alvarez del Pino, distinguida dama tunjana. Llamado a Miraflores por ilustres personalidades estableció colegio allí (1874-75 y 77). En 1876 lo trasladó a Tibaná y en 1878 a Ramiriquí. Ya antes había coadyuvado en la dirección de un colegio en Tunja con don Francisco Mendoza Pérez (1872) en el edificio de Santa Clara, luego hospital. En 1882 desempeñó la Inspección de Instrucción Pública del entonces departamento de Oriente (provincias de Guateque y Garagoa).

La educación de sus hijos lo llevó a Bogotá, donde ejerció el profesorado y la contabilidad mercantil. En lo oficial cooperó con su amigo don Enrique Alvarez Bonilla a la redacción del plan de enseñanza oficial desarrollado desde que empezó a regir la constitución de 1886. Su conocida capacidad educativa lo hizo figurar en importante puesto del Ministerio del ramo, en la Dirección de la Biblioteca Nacional (suplente de don Miguel Antonio Caro) - 1886. Nombrado director del "Instituto Nacional de Obreros de Boyacá" en 1890 se trasladó a Tunja, donde le correspondió la fundación del plantel que él había soñado para la cultura práctica del pueblo, educándolo en lo esencial para la plenitud de su misión en la sociedad y proporcionando a la juventud de las clases elevadas el aprendizaje de artes y oficios junto con el de humanidades. El entonces gobernador del departamento, doctor Próspero Pinzón, prestó a la benéfica institución todo el apoyo de su entusiasta decisión por la cultura popular, pero el gobierno nacional ya en 1894 no supo sostener su magnífica obra—fundamental de la paz—co-



Señor Don OSCAR RUBIO,
otro de los fundadores del Centro de His-
toria y Primer Secretario de la Corporación.

mo la llamó su autor el estadista Núñez. Así mismo tocó a don Oscar Rubio la fundación del Instituto Nacional de Artesanos que como **escuela nocturna** empezó a funcionar en Bogotá desde 1887. Fue su primer secretario. Y, desde 1885, secundando el nobilesimo propósito de su amigo el excelente caballero bogotano don Agustín Maza, estimulado por el ardiente celo apostólico del ilustre canónigo doctor Francisco Javier Zaldúa, fue cofundador de la "Sociedad de Hijos de la Santísima Trinidad", que para la sólida preparación moral del obrerismo bogotano fue establecida, y presidida por él varias veces.

En la organización de la Intendencia Nacional de Casanare tomó parte activa dirigiendo el colegio oficial (1894) que luego (1896) tomó carácter normalista. En 1895 desempeñó la Secretaría General de la Intendencia. Los primeros intendentes, señores don Elisio Medina y don Marco Antonio Torres Elicechea, de grata memoria, así como los primeros obispos vicarios apostólicos de Casanare, Ilmos. P. P. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz y Fr. Nicolás Casas y Conde, beneméritos misioneros, le dispensaron el más efectivo apoyo moral en la educación.

Invitado y comprometido por el inolvidable sacerdote—gran moralista educador—entonces párroco de Santa Rosa de Viterbo—doctor Nicolás T. Pedraza para la dirección del colegio que con el nombre de "San Luis Gonzaga" había fundado, acompañado de sus hijos (Oscar Celio y Ozías) prestó su contingente en esa tarea educacional por dos años (1897-98). En este último año quedó viudo. La ejemplar sociedad de aquella ciudad testimonió su aprecio por la dama modelo de esposas y madres cristianas. Con la misma fidelidad en un cuarto de siglo sobrevivió don Oscar Rubio treinta años a su excelente compañera.

Su manifiesta competencia en la labor docente lo obligaron a aceptar primero la Secretaría de Instrucción Pública llamado por el gobernador doctor Aristides Rodríguez y luego la Rectoría del Colegio de Boyacá, que le encomendó el sucesor doctor Mendoza Pérez. Con el subsecretario, profesor D. Miguel Rodríguez A. había trazado su plan educativo para hacer más efectiva la instrucción popular en la suficiente preparación para la vida práctica. Por inconsecuente intromisión oficial no continuó el señor Rubio su rectorado y a mediados del año (1904) se retiró de los cargos júblicos. La autonomía por la creación de la Consiliatura le fue concedida después al Colegio de Boyacá.

Don Oscar Rubio contribuyó al establecimiento de las Escuelas Normales; fue subdirector de la de Institutores y profesor de la misma y de la de Institutoras. Tuvo la satisfacción de haber ayudado a los ilustres pedagogos señores Ernesto Hotchick y señorita

Inocencia Ramírez en la fundación de los mencionados planteles.

El inolvidable doctor José Eusebio Otálora, como Presidente del Estado Soberano de Boyacá y luego de la República distinguió siempre al señor Rubio, así como sus otros buenos amigos el doctor Juan de Dios Tavera Barriga (el sabio) en Tunja, fuera de otros y don Ruperto S. Gómez, don Wenceslao Montenegro, don Víctor Mallarino en sus colegios lo ocuparon como profesor. El Colegio Militar y el Instituto Agrícola de don Juan de Dios Carrasquilla también prohicieron su concurso didáctico, amén de renombradas institutrices como las señoras Taveras en Tunja y la señora Carmen Corena de Barrera en Bogotá. Numerosas familias en ambas ciudades le confiaron la educación intelectual y social de sus hijos.

En el ramo judicial actuó el señor Rubio como secretario del Tribunal Superior de Tunja de 1879 a 1881. Nombrado Juez Superior del Distrito Judicial de Santa Rosa (1899) iba a hacerse cargo (comprobada su idoneidad) cuando fue comprometido por destacadas personalidades a desempeñar la Prefectura de Tundama.

En el ramo legislativo fue diputado a la Asamblea de 1903 por el círculo de Miraflores y ocupó la presidencia.

El señor Rubio cultivó con especialidad las lenguas francesa, inglesa e italiana, que enseñó y tradujo, la gramática castellana, que igualmente enseñó y practicó siempre con la mayor propiedad, la etimología, la contabilidad, las artes gráficas (dibujo y caligrafía), la higiene y medicina doméstica y la urbanidad como práctica de la caridad, que siempre ejercitó. Sus familiares conservan innumerables escritos, apuntes y anotaciones que dejó; entre otros un texto de Economía Doméstica y cuidado de enfermos. Acogió todos los sistemas terapéuticos. Elaboró la contabilidad de diversas instituciones como la del Banco de Boyacá, cuyas cuentas corrientes llevó en sus últimos años, la Compañía Boyacense de Licores, la Unión Comercial Boyacense. En Bogotá llevó por un año la complicada contabilidad de la casa de comercio de Zapata & Cía., con sucursales en ciudades de Europa y América. Adversas condiciones del local le impidieron continuar.

Como miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia envió a Bogotá once biografías de otros tantos colombianos distinguidos que él conoció y trató.

Enemigo de toda exageración trató siempre de hacer prevalecer el orden y la correcta cultura. Aprendió y enseñó la gimnasia y la esgrima del florete. Vivió sano en todo sentido, a lo cual debió su longevidad.

Hijo del doctor Valerio Rubio Araújo—bogotano—Ministro Togado del Tribunal Unitario de Tunja) y de la señora Trinidad Gu-

tiérrez Alvarado—garagoense—, nació en Guateque el 25 de julio de 1845, fue uno de los cuatro fundadores del Centro de Historia de Tunja en 1905. (Su primer secretario).

En el periodismo también figuró el señor Rubio: entre otras publicaciones colaboró en "El Empresario", "El Norte", "El Sugamuxi", "El Album de los Niños" y muchos semanarios y revistas de Tunja y en algunos otros periódicos de Bogotá. En su casa se le veía siempre leyendo obras interesantes y escribiendo obras sobre asuntos de utilidad práctica, moral, intelectual y científica. Publicó un "Sistema Métrico Colombiano" y conferencias que dictaba especialmente a los obreros.

En lo religioso fue cofundador del Consejo Superior del Apostolado de la Oración, en Bogotá (1887), y presidió el Discretorio de los Terciarios Franciscanos de Tunja.

Una hija suya (María Luisa), fue religiosa de La Presentación (hermana de la Caridad). 28 años enseñando a la niñez y sirviendo a la comunidad en los departamentos de Boyacá (Támara), Antioquia, Caldas y Cundinamarca (Hna. Bertilda -|- Bogotá. 1938). Un hijo suyo (Ozías) fue también profesor, publicista, diputado, representante, Magistrado del Tribunal de Cuentas y desempeñó otros cargos públicos de importancia. Fue secretario del Centro de Historia y murió siendo secretario del Banco de Boyacá en Tunja, de 41 años, en 1919.

En la beneficencia fue miembro activo de la Sociedad de San Vicente de Paúl y presidió los centros de Santa Rosa y de Tunja. Visitaba las cárceles enseñando la moral cristiana.

Hijo, hermano, esposo, padre y ciudadano modelo, como cristiano a carta cabal.

Murió de 82 años cumplidos en Tunja, el 21 de noviembre de 1927. Sus restos reposan en el osario de la iglesia de San Francisco desde 1935. Una hemiplegia vino a poner fin a sus días.

DON EMETERIO MORENO

Por Julio Roberto GALINDO

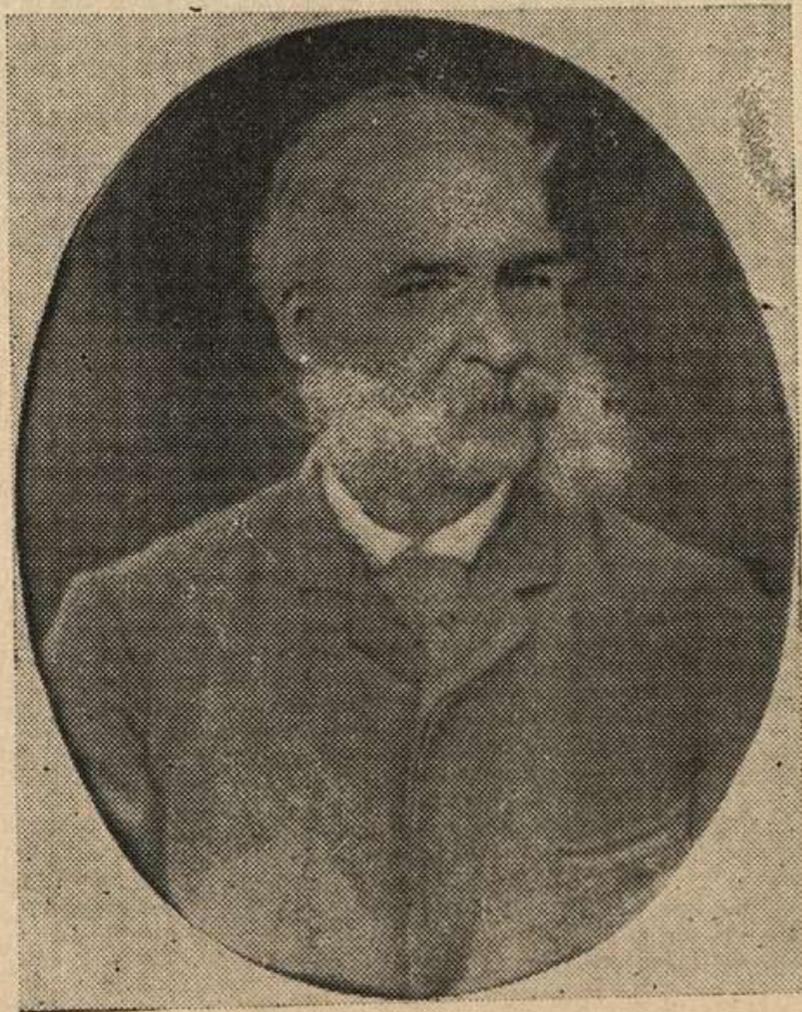
En el perfeccionamiento cultural de los pueblos se presenta con mucha frecuencia el ejemplo de ciudadanos meritorios que consagran su vida a esta labor de esfuerzo y de paciencia, pero que al rendir la jornada, sus nombres permanecen si nó del todo olvidados, al menos casi desconocidos. Es el mismo caso de los soldados que entregan su vida en el furor de los combates, y sin embargo la victoria corona de honor a los Jefes y glorifica a los sobrevivientes.

Tal ha sucedido en Boyacá con don Emeterio Moreno, hijo prestante de la ciudad de Tunja, quien al morir a los 81 años de edad en la misma ciudad, el 4 de julio de 1907, dejaba al Departamento, y especialmente a su capital, el más soberbio monumento documental histórico que pueda exhibir ciudad alguna en Colombia: El Archivo Histórico.

Muchos años de constancia y de paciencia empleó don Emeterio Moreno desde su puesto de archivero del Departamento, en separar, ordenar y legajar cronológicamente millares y millares de documentos y papeles antiguos, que hoy constituyen no solamente una verdadera riqueza de Boyacá sino un positivo orgullo histórico de Tunja. 595 voluminosos tomos ordenó empastar en forma especial y apropiada el ex-gobernador del Departamento doctor Nicolás García Samudio, de los legajos de papeles seleccionados por don Emeterio Moreno, y sea esta la ocasión de declarar enfáticamente, que sólo el ex-gobernador García Samudio dio a esos papeles su merecido valor, y solamente él hizo la apropiación en el presupuesto de partidas destinadas para el empaste y colección de documentos históricos.

Si consideramos que don Emeterio Moreno no hizo estudios de Paleografía y que sin embargo llegó a ser no solamente profesor de esa materia en el Colegio de Boyacá, sino uno de los pocos verdaderos técnicos con que contaba el país en esa difícil ciencia de traducir documentos antiguos, podremos comprender mejor cuánto esfuerzo y consagración representa el archivo del Centro de Historia de Tunja, y cuán meritoria fue a labor del señor Moreno en favor de la cultura boyacense y del acervo histórico de Colombia.

Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Historia y uno de los fundadores del Centro de Historia de Tunja, la



Sr. Dn. EMETERIO MORENO,
Fundador del Centro de Historia.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

avanzada edad del señor Moreno no fue sin embargo obstáculo para que en los dos últimos años de su vida dedicara toda su ciencia y su energía al servicio de la nueva Institución. Sesionara o nó la Corporación, don Emeterio, sin miedo a los peligros que a su edad pudiera traer el oficio de revolver y coleccionar papeles, dejaba pasar, inclinado sobre esas páginas, incomprensibles para la mayoría de los ciudadanos, las últimas horas de su vida, con el sincero anhelo de que al apagarse su existencia, quedara su obra como una perpetua lumbre para la inteligencia, la curiosidad y la investigación histórica de muchas generaciones.

Por eso el nombre de don Emeterio Moreno quedará siempre vinculado a la cultura de Boyacá, y por eso el Centro de Historia de Tunja, al cumplir cuarenta años de vida, dedica a tan benemérito ciudadano el homenaje de recuerdo y gratitud que bien merece tan insigne benefactor de la inteligencia boyacense.

PROGRAMA DE LOS ACTOS CON LOS CUALES CELEBRO EL CENTRO DE HISTORIA DE TUNJA EL CUADRAGESIMO ANIVERSARIO DE SU FUNDACION.

Día lunes 9 de abril de 1945.

2 p. m.—Peregrinación y ofrenda floral a las tumbas de los socios del Centro de Historia fallecidos en Tunja, doctor Aquilino Niño, don Oscar Rubio, don Emeterio Moreno, doctor Mateo Domínguez Espinosa, doctor Fernando Torres, General Próspero Márquez, don Ozías S. Rubio, doctor Nebardo Rojas, doctor Olegario Albarracín, Reverendo Padre Fray Gregorio R. Celis y don José Alejandro Ruiz. Llevará la palabra el vicepresidente del Centro don Constantino Martínez.

4 p. m. Retreta en la plaza de Bolívar, en homenaje a los fundadores del Centro de Historia.

9 p. m.—SESION SOLEMNE en el Teatro Municipal, con asistencia de las altas autoridades Civiles y Eclesiásticas, los Miembros del Centro de Historia y las familias de los socios fundadores de la Institución, doctor Cayetano Vásquez, doctor Aquilino Niño, don Oscar Rubio y don Emeterio Moreno, de acuerdo con el siguiente programa:

- I—Himno Nacional.
- II—Obertura —Caballería Ligera—F. V. Suppé.
- III—Lectura del Acta de Fundación del Centro y de los Decretos que aprueban el otorgamiento de las Medallas del Civismo.
- IV—Patinadores—Vals—Waldteufel.
- V—Biografía del doctor Aquilino Niño por S. S. Dr. don Ignacio A. Vargas Torres.
- VI—Idilio Las Luciérnagas—Paul Lincke.
- VII—Entrega de la “Medalla del Civismo” por el señor Gobernador, como Presidente Honorario del Centro, a los doctores Eduardo Santos, Abel de J. Rico y don Antonio Ferro.
- VIII—Selección de la Opera “El Trovador”—Verdi.
- XI—Discurso del socio doctor Rafael Salamanca Aguilera, en representación del Centro y en homenaje a los fundadores de la Corporación.
- X—Entrada Triunfal—Marcha—Meyer.

Día 11 de abril

8 a. m.—Misa solemne de Requiem en la iglesia de San Ignacio por las almas de los fundadores del Centro y los Socios fallecidos, oficiada por el Ilustrísimo señor Dean del Capítulo Catedral señor doctor don Ignacio A. Vargas Torres.

TEXTO DEL ACUERDO Y DE LA TARJETA DE PLATA OBSEQUIADA
POR LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA AL CENTRO DE
HISTORIA DE TUNJA

ACUERDO NUMERO 3 DE 1945

La Academia Colombiana de Historia

Considerando:

Que el día nueve del presente mes se cumple el cuadragésimo aniversario de la fundación del Centro de Historia de Tunja;

Que desde su fundación se ha distinguido dicha entidad por su constante laboriosidad en la investigación histórica, principalmente de los archivos de la ciudad de Tunja y de los gloriosos anales del Departamento de Boyacá;

Que el Centro de Historia de Tunja ha estado siempre integrado por selecto personal; ha publicado el "Repertorio Boyacense" como su órgano de divulgación, y ha dado a luz numerosas obras de verdadera importancia para la historia nacional, y

Que ha sido además foco de permanente actividad para la celebración de las fiestas patrias,

Acuerda:

Enviar efusivo saludo al Centro de Historia de Tunja al cumplirse el cuadragésimo aniversario de su fundación, rindiendo al propio tiempo sincero homenaje a sus miembros fundadores, doctor Cayetano Vásquez, doctor Aquilino Niño, don Emeterio Moreno y don Oscar Rubio;

Ofrecer al Centro una tarjeta de plata como recuerdo especial de tan señalada fecha, y

Designar una comisión que represente a la Academia en los actos con que el Centro de Historia de Tunja celebrará dicho aniversario.

Comuníquese al mismo Centro y publíquese.

Dado en Bogotá, a 1.º de abril de 1945.

Academia Colombiana de Historia-Bogotá.

El presidente,

JORGE R. VEJARANO

El secretario,

Roberto Cortázar

—
Timbrada con el bello escudo de la Academia y en rico estuche, la tarjeta de plata dice así:

"La Academia Colombiana de Historia al Centro de Historia de Tunja en el Cuadragésimo año de su fundación.

MXMV—MXMXLV"

DECRETO NUMERO 72 DE 1945

(febrero 19)

por el cual se aprueba la adjudicación de la Medalla del Civismo al señor doctor don Eduardo Santos y se ordena un gasto.

El Gobernador del Departamento,

en uso de sus atribuciones legales,

DECRETA:

Artículo 1.º De conformidad con lo dispuesto en el artículo 3.º del Decreto 469 de 20 de noviembre de 1942 de la Gobernación de Boyacá apruébase la adjudicación de la Medalla del Civismo que el Centro de Historia de Tunja ha otorgado al señor doctor don Eduardo Santos.

Artículo 2.º Con cargo a la apropiación correspondiente páguese los gastos que ocasione la ejecución de la medalla respectiva y la celebración del acto solemne en que se hará la entrega de la condecoración

Comuníquese y publíquese.

Santiago Rivas C., gobernador.

El secretario de hacienda,

Alberto Hernández Mora

El director de educación,

L. G. Granados M.

Tunja, marzo 22 de 1945.

Señor Gobernador del Departamento—E. S. D.

Para los fines de que trata el artículo 3.º del Decreto número 469 de 20 de noviembre de 1942 de la Gobernación de Boyacá, tengo el honor de transcribir a usted la Resolución número 6 de esta misma fecha, por medio de la cual el Centro que me honro en presidir ha señalado como dignos de que se les otorgue la "MEDALLA DEL CIVISMO" a los señores doctor don Abel de J. Rico y don Antonio Ferro:

RESOLUCION NUMERO 6 DE 1945 (marzo 22)

por la cual se adjudica la "Medalla del Civismo" a dos distinguidos ciudadanos.

El Centro de Historia de Tunja,

de acuerdo con la facultad que le confiere el Decreto número 469 de 1942 (noviembre 20), de la Gobernación de Boyacá,

RESUELVE:

1.º Señalar como dignos de que sean honrados con la "Medalla del Civismo" a los señores doctor don Abel de J. Rico y don Antonio Ferro, al primero por su fecunda labor de largos años en beneficio del progreso de Sogamoso y del prestigio del Departamento, por su espíritu altamente caritativo en el noble ejercicio de su profesión y por su patriótica labor

en la Sociedad de Mejoras Públicas de la ciudad del Sol, y al segundo por ser el organizador del primer hotel de turismo del país, en su propiedad de la Isla del Santuario en la Laguna de Fúquene que debido a sus desvelados esfuerzos se ha constituido en sitio de reposo e inspiración preferido por intelectuales y artistas, y por sus campañas en pro de la conservación de la flora y la fauna de las regiones que el Gobierno Nacional ha puesto bajo su cuidado.

2.º Las condecoraciones a que se refiere el numeral anterior serán entregadas por el señor Gobernador del Departamento, Presidente honorario del Centro, en la sesión pública y solemne que para celebrar el 40 aniversario de su fundación, verificará la Corporación el día 9 de abril del presente año. Comuníquese al señor Gobernador para los fines consiguientes. Dada en Tunja, a 22 de marzo de 1945. El Presidente, Ulises Rojas.—El secretario, Ramón C. Correa.”

Soy del señor Gobernador con toda consideración y respeto, muy atento y seguro servidor,

Ulises Rojas

DECRETO NUMERO 145 DE 1945 (abril 2)

por el cual se aprueba la adjudicación de dos medallas del civismo.

El Gobernador del Departamento,

en uso de sus atribuciones legales,

DECRETA:

Artículo único. De conformidad con lo dispuesto en el artículo tercero del decreto número 469 del 20 de noviembre de 1942 dictado por la Gobernación de Boyacá, apruébase la adjudicación de la “Medalla del Civismo” que el Centro de Historia de Tunja otorgó a los señores doctor Abel de J. Rico y Antonio Ferro en resolución número 6 del 22 de los corrientes.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Tunja a abril dos de mil novecientos cuarenta y cinco.

HECTOR MORENO DIAZ
Gobernador.

El director de educación,

Ernesto Meléndez S.

COMUNICACIONES RECIBIDAS

Villavicencio, abril 9 de 1945.

Centro Historia—Tunja.

Atenta cariñosamente felicítolos por sus cuarenta años fecunda, alta labor en torno nuestras glorias patrias. Cuánto deseara estar con ustedes en afectuosa camaradería y estimulante entusiasmo. Amigo y colega,

Jorge Ricardo Vejarano, presidente Academia.

Bogotá, abril 8 de 1945.

Ulises Rojas, Presidente Centro Historia—Tunja.

Lamento sinceramente no poder aceptar gentilísima invitación a sesión conmemorativa cuarenta años labores ese centro acompañolos de corazón en esta festividad que exalta la obra realizada de auténtico patriotismo y de admirable constancia. Amigo y colega,

Luis Augusto Cuervo

Bogotá, abril 9 de 1945.

Ulises Rojas, Presidente Centro Historia—Tunja.

Salúdo ciudad ilustre, historiadores custodios de sus glorias.

José Joaquín Casas

Bogotá, abril 9 de 1945.

Centro Historia—Tunja.

Atenta congratulación en grato aniversario.

Raimundo Rivas

Medellín, abril 10 de 1945.

Presidente Centro Historia—Tunja.

Aunque carecemos aviso oficial por prensa hémonos informado ese ilustre Centro está conmemorando cuadragésimo aniversario su fundación. En nombre Academia Antioqueña Historia asóciome justo regocijo y hago votos prosperidad esa meritoria corporación. Compatriota.

Emilio Robledo, presidente.

Bogotá, abril 6 de 1945.

Ulises Rojas—Presidente Centro Historia—Tunja.

Profundamente he agradecido a ese Centro la distinción honrosísima que quiere hacerme y que es recompensa sobrada por lo que yo haya podido hacer en defensa del patrimonio histórico de la Nación. Ruego a usted aceptar y presentar al Centro la expresión de mi más vivo reconocimiento por tan destancado honor. Deploro que me sea imposible por ahora salir de Bogotá y expresarles personalmente estos sentimientos el lunes próximo como lo hubiera deseado. Haciendo votos por la prosperidad del Centro y de sus dignísimos miembros soy de usted amigo afectísimo.

Eduardo Santos

Sogamoso, marzo 31 de 1945.

Señor Dr. D.

Ulises Rojas, Presidente del Centro de Historia de Tunja.

Muy apreciado doctor y buen amigo:

Estoy abrumado con el alto honor que ese Centro de Historia, con la

aprobación del gobierno de Boyacá, quiere discernirme, otorgándome la MEDALLA DEL CIVISMO, por títulos que—no por falsa modestia—los estimo de valor escaso, para merecerla. Es baldío decirle a ese muy valioso Centro—honra de Boyacá—el reconocimiento cordial que experimento, lo mismo que al Gobierno de nuestro Departamento tan dignamente hoy regido, por tan señalada distinción.

Con sincera pena, con gran contrariedad, tengo que declinar la invitación honrosa que se me hace para trasladarme a esa muy noble ciudad, más mi edad avanzada con sus inherentes quebrantos de salud forman barrera que no puedo salvar.

Reitero mi gratitud para todos, los que pletóricos de bondad, han intervenido para la distinción que se me ha querido honrar, y quedo aquí haciendo votos porque el brillo de su camino nunca merme.

Amigo y S. S.,

Abel de J. Rico

Chiquinquirá, abril 5 de 1945.

Señores Presidente y demás miembros del Centro de Historia—Tunja.

Tengo el honor de transcribir a esa respetable entidad, la Resolución aprobada por este Cabildo en su sesión del día de la fecha:

El Concejo Municipal de Chiquinquirá,

RESUELVE:

Presentar un atento y efusivo saludo de felicitación al dilecto hijo de esta ciudad señor don ANTONIO FERRO, con motivo del merecido honor de que lo hará objeto el CENTRO DE HISTORIA DE TUNJA, al distinguirlo con la imposición de la medalla del civismo, el día nueve de los corrientes;

Y, nombrar una comisión para que lo represente en dicho acto, como testimonio de la satisfacción que experimenta por el merecidísimo honor discernido.

Transcribese, etc.”

Integran la comisión: Doctores Julio Roberto Salazar Ferro, Carlos Téllez F., Alberto Ferro Peña, Rafael Vargas Páez, Clemente Quiroga Sarmiento, Jorge Arturo Salazar P., Napoleón Ignacio Sáenz, Fabián Forero Morales y señores Octavio Quiñones Pardo, Narciso Vargas Peña, Bernardo González Casas, Nereo Matallana N., Carlos Quiñones Neira, Alejandro Páez O., Luis E. González Casas y Antonio Guerrero Franco.

Soy de ustedes att. s.,

Ignacio Rodríguez Cortés, secretario del Concejo.

Sogamoso, abril 9 de 1945.

Gobernador, Presidente Centro de Historia—Tunja.

Sociedad Mejoras Públicas esta ciudad, asóciase complacida justo ho-

menaje tributan ustedes hoy ilustre patricio doctor Abel de J. Rico, notable miembro nuestra institución. Atento servidor,

José Ramón Leiva, presidente.

Bogotá, (Chapinero) abril 6 de 1945.

Ulises Rojas—Tunja.

Agradecido honrosa invitación. Gustoso Iré.

Plinio Cifuentes

Bogotá, abril 9 de 1945.

Doctor Ulises Rojas—Tunja.

Motivos de salud de última hora impídenme ir como lo deseaba presenciar homenaje memoria doctor Aquilino Niño a quien le debo todo en la vida. Ruégole representarme. Abrázolo,

Plinio Cifuentes

Bogotá, abril 9 de 1945.

Monseñor Vargas Torres—Tunja.

Solamente motivos salud impídenme asistir homenaje memoria doctor Niño, mi generoso Mecenaz. Doy a su señoría mis expresivas gracias por su oración y le pido representarme en el acto al cual lamento en el alma no poder asistir. Abrázolo.

Plinio Cifuentes

Medellín, abril 12 de 1945.

Secretario Centro Historia—Tunja.

Cordialmente acompañalos, felicítolos fausta conmemoración cuadragésimo aniversario fundación esa docta benemérita corporación hónrome pertenecer. Afectísimo colega,

Luis Sierra

Bogotá, abril 12 de 1945.

Dr. Ulises Rojas—Tunja.

Una vez más reiterámosle nuestro sincero agradecimiento atenciones recibidas unidas muy grato recuerdo lucidísima velada. Saludámoslo atentamente,

Ana de Carrasquilla, María de Saravia, Helena de Coronado, Ana de Wills.

Bogotá, abril 17 de 1945.

Dr. Ulises Rojas, Presidente Centro Historia—Tunja.

Señores Nicolás García Samudio y Roberto Cortázar anoche en sesión Academia Historia entregáronme por conducto presidente Corporación el diploma de miembro honorario de ese Centro y la bellísima medalla de

oro con que el Centro y Boyacá han querido honrarme. Acepten una vez más ustedes y el Centro la seguridad de mi pleno reconocimiento por distinciones que tanto aprecio y por la manera como se ha querido recompensar espléndidamente mi interés por las glorias patrias y por el bienestar y progreso de Boyacá. Amigo y compatriota afectísimo,

Eduardo Santos

Bogotá, 8 de abril de 1945.

Señor Presidente y demás miembros del Centro de Historia de Tunja.

Beneméritos anticuarios e historiadores:

El agregio boyacense doctor Nicolás García Samudio me honrará llevando mi representación en la solemnidad conmemorativa de la fundación, en hora feliz, hace cuarenta años, del Centro de Historia de Tunja. El doctor García Samudio expresará mucho mejor que yo supiera hacerlo, mis sentimientos de gratitud para con esa doctísima institución que en la procera capital boyacense vela con religioso culto sobre la cuna de la libertad de Colombia y sobre las tumbas de Suárez Rendón y Juan de Castellanos. Me complazco en hacer especial recuerdo de cuatro de los fundadores: el docto y venerable doctor Aquilino Niño, el señor don Oscar Rubio, digno padre de Osías, historiador de Tunja en colaboración de Manuel Briceño, el gallardo vástago de próceres don Cayetano Vásquez y el patriarca de nuestros paleógrafos don Emeterio Moreno, fénix de nuestros archivos coloniales. Ni sería explicable que callara yo hoy el nombre del sabio e infatigable canónigo doctor Cayo Leonidas Peñuela, de raza de patriotas.

El laurel de oro que una noche inolvidable me ciñó la cabeza por mano de una dama ilustre y que yo guardo reverente como precioso legado para mis hijos, es prenda que debo a la iniciativa y diligencia del Centro de Historia de Tunja, a cada uno de cuyos miembros hoy vivos quisiera nombrar con el aplauso que merece.

Ese Centro de Historia, el segundo de los que en la República se fundaron como correspondientes de la procera Academia Colombiana de Historia, rinde hoy a la Patria su labor de cuarenta años. Yo comparto su satisfacción dando gracias a Dios, que me hizo nacer boyacense y colombiano.

Hónrome en ser del señor Presidente y de sus consocios muy atento servidor, amigo y colega,

José Joaquín Casas

Bogotá, abril de 1945.

Señor Dr. D. Ulises Rojas, Presidente del Centro de Historia de Tunja.

Señor Presidente:

Ningún acto es más justo y elevado que tributar un homenaje espiri-

tual a quien se haya señalado por sus servicios a las ideas puras y por sus esfuerzos en provecho de la república.

Tal es el caso en lo tocante al Centro de Historia de Tunja, institución laboriosa y noble que ha realizado largas faenas en beneficio de la cultura de Colombia; y que hoy mira los años transcurridos, como un punto de apoyo para nuevas empresas.

Ruego a usted, señor Presidente, recibir mi felicitación más cordial, y trasladarla a quienes—presididos por el ilustre historiador Cayo Leonidas Peñuela—han formado durante tantos años ese núcleo que es orgullo de la ciudad y de Colombia.

Y quedo de usted servidor y amigo,

Manuel José Forero

Miembro correspondiente del Centro de Historia de Tunja; y de Número de la Academia Colombiana de Historia.

Bogotá, 9 de abril de 1945.

Señor doctor don ULISES ROJAS, Presidente del Centro de Historia.
Tunja—Boyacá.

Por el muy respetable conducto de usted me permito enviar a todos los colegas de esa ilustre Corporación de la que es usted muy digno Presidente, mi cordial y efusiva felicitación por cumplir hoy el Centro de Historia de la muy noble y leal ciudad de Tunja, el décimo cuarto aniversario de una no interrumpida labor de cultura patria que ha colocado a tan meritoria institución a la vanguardia de los más celosos defensores de nuestro glorioso pasado.

Sírvase, señor Presidente, aceptar los votos que hace por su ventura personal y por el creciente progreso de ese benemérito Centro, su atento servidor, amigo y colega,

José Manuel Rojas Rueda

Envigado, abril 1.º de 1945.

Sr. Dr. D. ULISES ROJAS—Presidente del Centro de Historia—Tunja.

Muy distinguido y honorable señor Presidente:

Es para mí motivo muy grato presentar a esa docta y eminente Corporación de Boyacá, mi respetuoso y atento saludo en la fecha del nueve de abril de este año, día clásico de las Bodas de Rubí, en la cual se cumplen los cuarenta años de la fundación del Centro.

Esa culta y digna sociedad de inteligentes y dinámicos investigadores en los fecundos campos de la diosa Clío, ha contribuído meritoriamente al engrandecimiento de la Patria, ha cimentado bases de bello patriotismo, ha cosechado notables laureles por sus valiosos estudios y por sus empresas intelectuales.

Tengo el alto honor de pertenecer al Centro de Historia de Tunja, desde el mes de marzo del año de 1942. He leído con verdadero entusiasmo los importantes estudios publicados en el "Repertorio Boyacense", una de las revistas más sustantivas de Colombia.

Por estas lógicas y justas razones, con todo respeto, admiración y comedimento anhelo que consten mis sinceras y cordiales felicitaciones en esta gloriosa fecha del muy ilustre Centro de Historia de la muy noble y leal ciudad de Tunja.

Soy del señor Presidente y de los señores socios, obsecuente servidor y amigo,

Samuel Arturo Meza y Posada

Bogotá, abril 7 de 1945.

Señor don Ramón C. Correa, Secretario del Centro de Historia de Tunja. Tunja.

Colega y amigo:

Muy atentamente me permito rogar a su bondad se sirva presentar en mi nombre una muy cordial felicitación a los señores miembros del Centro por el glorioso aniversario de su fundación, y de significarles los votos sinceros que hago por el mayor prestigio y gloria de una corporación que si es legítimo orgullo de Boyacá, es una presea de honor de la historiografía colombiana. El próximo día nueve del presente, estaré en espíritu con todos ustedes celebrando tan fausta efemérides.

Consérvese bien y reciba un cariñoso saludo de su apreciador y amigo,

R. Matos - Hurtado

Santa Sofía, marzo 9 de 1945.

Señor don Ramón C. Correa, Secretario Perpetuo del "Centro de Historia de Tunja. Tunja.

Por medio de usted, que ha sabido atender fecunda e inteligentemente las labores de la Secretaría de nuestro importante Centro Histórico de Boyacá, me permito asociarme devotamente a la celebración del cuadragésimo aniversario de la fundación del Centro, modelo en la república por su magnífica organización, su empuje, su trabajo asiduo por escudriñar los archivos coloniales y elaborar interesantes biografías y monografías, su constancia en la conmemoración y brillo de nuestras fiestas patrias y por el gran equipo de sus socios, que han descollado en todas las actividades del país.

En este aniversario desfilan por mi memoria las figuras ilustres de los socios desaparecidos, tales como los Niño, Vásquez, Rubio, Moreno, Valencia, Olaya, Peñuela, Archila, Domínguez Espinosa, Gómez, Márquez, Rojas, Morales, Barrera, Torres, Pinto, Páez, Albarracín, Vélez, Aceve-

do, Galindo, Medina, Combariza, Posada, Marroquín, Guerra, Arciniegas, Ruíz, Camacho, Cháves, Tarazona y otros, quienes como fundadores, de número, correspondientes y honorarios, muchos de ellos de estirpe o raigambre procera, colaboraron en el "Repertorio Boyacense" y a quienes en esta fecha memorable que marcará época en los anales culturales de Tunja y de la Historia, debemos rendir un tributo emocionado de veneración y gratitud.

Al terminar estas someras líneas, felicito cordialmente a los dignatarios del Centro por su brillante actuación y hago votos porque mis insignes colegas continúen prestando el venero inagotable de sus inteligencias a este Centro Histórico que enorgullece a la Patria y especialmente a esta tierra augusta donde fulguró el sacrosanto sol de la Libertad.

Peregrino Sáenz de San Pelayo
Del Centro de Historia de
Tunja.

Sogamoso, abril 11 de 1945.

Señor D.
Alejandro E. Josephthal R.
Tunja.

Muy apreciado y benévolo amigo:

Me apresuro a expresarle mi sincero reconocimiento por su gentileza manifestada en su carta de felicitación por haberseme favorecido con una distinción que no alcanzo a merecer. Empero cada cual da de lo que tiene y así su aplauso corresponde a sus sentimientos llenos de benevolencia y sinceridad. Acepte, pues, la gratitud que le ofrezco complacido.

Conservo siempre recuerdos de sus cualidades y de todo corazón formulo votos por su prosperidad y su ventura y quedo aquí a sus órdenes como amigo que mucho lo estima,

Abel de J. Rico

COMENTARIOS DE LA PRENSA

De "El Radical" periódico que dirige el doctor Julio Roberto Salazar Ferrero, tomamos la siguiente nota:

"Fue solemne la ceremonia en el Centro de Historia de Tunja.

Con algunas ligeras variaciones impuestas por circunstancias imprevistas, el programa elaborado por el Centro de Historia de Tunja y el gobierno departamental para celebrar el cuadragésimo aniversario de la fundación de ese Centro, se cumplió satisfactoriamente. Los actos resultaron espléndidos y dejaron en el público muy gratas impresiones. El discurso del socio Constantino Martínez en la peregrinación a las tumbas

de los socios fundadores, fue una pieza que estuvo a la altura de las exigencias, teniendo en cuenta la grandiosa solemnidad de la ceremonia y la nutrida concurrencia que en homenaje a los ilustres muertos acudió al cementerio. La sesión del Centro en el Teatro Municipal, realizada en las horas de la noche, con asistencia de las altas autoridades civiles, militares y eclesiásticas; del doctor Nicolás García Samudio miembro de la institución; de los señores Roberto Cortázar, Jorge Ricardo Bejarano, Luis Augusto Cuervo, Plinio Cifuentes; de doña Luz Vásquez Dávila, de doña María Vásquez v. de Saravia y sus hijas; de don Rafael Vásquez y de otros familiares de los socios fundadores del centro constituyó un brillantísimo certamen que hará época en los anales culturales de Tunja. La biografía del canónigo Aquilino Niño, deán de la catedral de Tunja, leída por el canónigo Ignacio Vargas Torres, cautivó la atención del auditorio por su elevado y castizo estilo y particularmente por los rasgos, para muchos desconocidos, de la vida del señor Niño.

Vino luego la entrega de la Medalla del Civismo, hecha por el gobernador Moreno Díaz en su carácter de presidente honorario del Centro de Historia de Tunja, a los señores doctor Abel de J. Rico y don Antonio Ferro, acto que revistió una singular imponencia y que difundió en los espectadores la profunda emoción que se trasparentaba en los rostros de los homenajeados. Por causas lamentables y ajenas a la voluntad del doctor Eduardo Santos, quien también debía recibir idéntico homenaje además de su diploma como miembro honorario de la institución histórica, el ilustre ex-presidente no pudo concurrir a estos actos y en su representación actuó un destacado personaje de la capital.

El discurso del doctor Rafael Salamanca Aquilera en representación del Centro de Historia y en homenaje a los fundadores de la asociación, correspondió exactamente a la expectativa del auditorio, que sabe muy bien de las altas dotes intelectuales y literarias del distinguido profesional.

A la ceremonia concurrió monseñor Crisanto Luque, obispo de Tunja, quien felicitó muy efusivamente al doctor Rico y a don Antonio Ferro.

Del semanario "La Verdad", que dirige en Tunja don Arturo Cuéllar M. (Armando Castillos), tomamos la siguiente relación, que agradecemos.

LAS COSAS QUE VAN PASANDO.

El 40 aniversario de la fundación del Centro de Historia.— Varios discursos, y todos buenos.—Recepción del Cabildo de Chiquinquirá—Certamen de cultura que dejará grato recuerdo.

Crónicas de Armando Castillos

Abundó la semana en ocurrencias buenas. La conmemoración del cuadragésimo aniversario de la fundación del Centro de Historia de Tunja,

fue una ceremonia brillante y precedida, lo mismo que finalizada, por actos sociales de magníficos quilates. A las 7 de la noche del 9, el señor gobernador ofreció en el salón de su despacho una copa de champaña a numeroso y distinguido grupo de la sociedad, a los miembros del Centro de Historia y a ilustres visitantes que con su presencia quisieron honrar la ciudad. Recuerda Armando Castillos, entre las personas que visitaron la villa, a las distinguidas damas señoras Luz Vásquez de Dávila, María Vásquez v. de Saravia, Helena Saravia de Coronado, Elisa Dávila de Lecaros, Carmina Lecaros de García, don Santiago Dávila y su señora doña Leonor Reyes de Dávila, el doctor Nicolás García Samudio, el señor secretario de la Academia Colombiana de Historia, y el doctor Edmundo Rico, quienes vinieron de Bogotá. De Chiquinquirá concurrieron, en representación del Cabildo de aquella ciudad, los caballeros Napoleón Ignacio Sáenz, Clemente Quiroga Sarmiento, Luis Enrique González Casas, José Miguel Arteaga y Alejandro Velásquez. Y claro, con ellos, el inmejorable "Jetón" Ferro, señor de la gracia y abanderado de la gentileza. Armando Castillos quisiera que el "Jetón" no hubiera venido... para que volviera a llegar. Nos hizo la promesa de retornar un día de estos a la ciudad de los zaques, y pensamos cobrársela, porque las ofertas son deudas. La gentileza derrochada por el señor gobernador doctor Moreno Díaz y su señora la gran dama doña Isabel Reyes de Moreno, sumada a la de sus colaboradores doctores Rafael Humberto Bernal y señora, Diego Rivadeneira y Ernesto Meléndez, imprimió a la recepción un sello de cordial elegancia.

* * *

A las 9 de la noche, el Teatro Municipal estaba colmado. Aprestigiada con la principesca figura del Ilustrísimo señor Obispo Luque y presidido por el señor gobernador, el Centro de Historia apareció en el escenario. Abierta la sesión solemne, el secretario perpetuo don Ramón C. Correa, leyó el acta de fundación, suscrita el 9 de abril de 1905 por el doctor Cayetano Vásquez, el canónigo Aquilino Niño, el doctor Oscar Rubio y don Emeterio Moreno. Luego, como cuestión ya rara, el auditorio se deleitó escuchando buenos discursos. No hubo uno malo. Las breves oraciones con que el gobernador del departamento hizo entrega de las Medallas del Civismo concedidas a los doctores Eduardo Santos, doctor Abel de J. Rico y don Antonio Ferro, fueron tres discursos de elegante corte. Las oraciones del doctor García Samudio en representación de la Academia Colombiana de Historia, del doctor Edmundo Rico en representación del doctor Santos y del doctor Abel de J. Rico, de S. S. Vargas Torres, quien esbozó una biografía del doctor Aquilino Niño, y las décimas del chispeante "Jetón" Ferro, arrancaron aplausos sinceros, espontáneos y calurosos. Verdadero torneo de inteligencia.

* * *

Párrafo aparte merece el discurso del doctor Rafael Salamanca Agui-

lera, en representación del Centro de Historia. La prosa de Salamanca Aguilera, es sencillamente maravillosa. Salamanca es un orfebre de la pluma que acierta a tejer magníficos períodos, donde no se sabe qué admirar más: si el corte de clásica elegancia, de léxico abundante y armonioso, o la erudición del escritor que toma por la mano a sus oyentes y los pasea deliciosamente por entre los senderos de la historia, los lleva ávidos de interés a las estupendas leyendas de la mitología griega y a medida que habla los abisma más y más entre las bellezas que de sus labios brotan como cascada mágica de primorosos arabescos literarios, que unas veces imponen el silencio anhelante, y otras hacen estallar el aplauso que son como un brote de admiración unánime. El discurso del doctor Salamanca Aguilera, fue broche de platino lujosamente colocado a la sesión solemne del Centro de Historia.

Los descendientes de algunos fundadores, allí presentes, tuvieron que sentirse orgullosamente emocionados al ver que la iniciativa de sus progenitores se halla religiosamente conservada en Tunja.

* * *

Después de la sesión solemne en el Teatro Municipal, el ayuntamiento de Chiquinquirá, por intermedio de una comisión compuesta por los caballeros Napoleón Ignacio Sáenz, Clemente Quiroga Sarmiento, Luis Enrique y Bernardo González Casas, José Miguel Arteaga, Alejandro Velásquez, Antonio Guerrero Franco, Nereo Matallana, Héctor Parra y otros cuyos nombres se escapan al autor de esta breve crónica, ofreció una recepción en los salones del Club Boyacá, como agradecimiento por la distinción concedida a don Antonio Ferro, hijo de aquella ciudad. Ofreció el homenaje, en corto y muy bien pronunciado discurso, el doctor Saenz. La fiesta, aprestigiada por las altas autoridades civiles y militares y por numeroso grupo de damas y caballeros, se prolongó, dentro de cordial elegancia, hasta las horas de la madrugada del 10. Grato recuerdo dejará en los asistentes a la conmemoración del 40 aniversario de la fundación del Centro de Historia de Tunja, la manera como ésta se celebró. Elegante severidad, derroche de buen decir, cordialidad de buena ley y alegría sincera. Armando Castillos felicita efusivamente a los organizadores de este certamen de cultura.

LA ILUSTRE FAMILIA CUERVO

DISCURSO pronunciado por el señor don Ramón C. Correa en el Concejo Municipal de Oicatá, el primero de julio de 1945, en la inauguración del retrato del prócer de la independencia y canónigo de la Catedral de Bogotá, señor doctor don Nicolás Cuervo y Rojas.

Señores Presidente y Vicepresidente del Centro de Historia, señores Presidente y demás miembros del Concejo Municipal, señor Alcalde, señores:

El señor doctor don Antonio Ezequiel Correa, joven que se ha distinguido por su entusiasmo en pro del adelanto de Boyacá, como lo demostró desde una curul de la Asamblea del departamento, corporación que se clausuró hace pocos días, y el que habla, ambos amantes de las glorias de los excelsos varones que brillan en la historia de Colombia con caracteres diamantinos, vienen hoy a este poblado a obsequiar al Concejo Municipal el retrato de un ilustre levita que figura en puesto prominente en los anales patrios, ya como eclesiástico de elevados conocimientos intelectuales, ya como preclaro prócer, ora como miembro de una familia de rancia estirpe castellana. Ese dechado de la Iglesia y de la República que se contempla en esta ampliación es el señor canónigo doctor don Nicolás Cuervo y Rojas.

Las personas que permanecen alejadas del estudio de la historia jamás se podrán imaginar que este pequeño y humilde pueblo de Oicatá sea el centro principal de donde brotó la fuente de aguas cristalinas de patriotismo, de ilustración, de hidalguía, de gran prestigio, cualidades que brillaron con lucidez en muchos eximios varones que llevaron en vida con lujo el prestigioso apellido de Cuervo, prendas que todavía ostentan sobre sus pechos prestantes caballeros de este epónimo apelativo, ciudadanos que con su sólida versación en letras, con su exquisito dón de gentes, han continuado dando lustre al inmortal legado que les dejaron de herencia sus antepasados, legado rodeado de aureola de luz purísima.

El apellido Cuervo que tanta gloria ha conquistado para Colombia tanto de países de aquende como de allende los mares, vino a la Patria de la Madre España.

Don Isidro Cuervo, el tronco más antiguo de la familia Cuervo, abrazó en España la carrera de las armas y en Madrid fue Teniente General. Después se trasladó al Nuevo Reino de Granada. Luego pasó a Tunja. Pertenecía a la rama de los patriarcas por su vida honorable, por su honradez, por sus sinceras prácticas cristianas y por su amor al trabajo.

De Tunja se trasladó don Isidro a este pueblo de Oicatá y se estableció en la estancia llamada Tunaneca. Allí durante largo tiempo se dedicó a la siembra del trigo, de la papa, del maíz, de la cebada, y a la cría de ganado vacuno, caballar, mular, asnar y lanar.

Don Isidro contrajo matrimonio tres veces: la primera con doña Francisca Merchán. No hubo descendencia. La segunda con doña María Rosalía de Monasterios. De este enlace nacieron cinco hijos: tres hombres y dos mujeres; y la tercera con doña María Josefa Angel y Rojas, el matrimonio afortunado, enlace que con el andar de los tiempos fue tronco de eminentes ciudadanos que son prez y orgullo de Colombia.

Del matrimonio de don Isidro Cuervo con doña María Josefa Angel y Rojas hubo cuatro hijos. Tres hombres y una mujer.

El mayor se llamó Nicolás Cuervo y Rojas, el mismo preclaro varón que hoy venimos a traer a la tierra que lo vio nacer estampado en esa ampliación.

A los nueve años del tercer enlace de don Isidro, este murió en Tunaneca en 1756 y fue sepultado en Oicatá. Los cuatro huérfanos quedaron muy pequeños.

La señora Rojas viuda de Cuervo continuó en las labores de campo en la finca de Tunaneca con el fin de arrancar de la tierra ópimos frutos y dedicar una parte al sustento del hogar y el resto para convertirlo en dinero y emplearlo en vestidos y en educación de sus hijos.

Envió a Nicolás al Colegio de San Bartolomé. Más tarde se ordenó de sacerdote. En la carrera eclesiástica sobresalió por su ilustración y por su espíritu evangélico. De cura de varios pueblos ascendió a distinciones honrosas hasta llegar a los altos cargos de Examinador Sinodal, Director de la Escuela de Cristo, Catedrático, Vicerrector y Rector del Colegio de San Bartolomé, canónigo de la Catedral Metropolitana, Provisor y Vicario General del Arzobispado.

El doctor Cuervo tomó parte en el glorioso movimiento del 20 de julio de 1810. Varios sacerdotes seculares y regulares de Santa Fé se adhirieron a este trascendental hecho patrio. El doctor Cuervo concurrió a la memorable junta del 20 julio y firmó el acta de independencia de aquel excelso día. Fue un prócer esclarecido.

Nueve años después los valientes ejércitos del Libertador Simón Bolívar ganaron la batalla del 7 de agosto de 1819 sobre las armas españolas. En el Puente de Boyacá las huestes del Rey quedaron despedazadas, las nubes de la opresión se eclipsaron y el sol de la dicha apareció en el firmamento nacional con todo su resplandor.

El Libertador al día siguiente de la Batalla del Puente de Boyacá partió de Ventaquemada para Santa Fé. Entró a esta ciudad el 10 de agosto cuando ya el sol moría en occidente. El júbilo de los habitantes fue enorme ante la presencia de Bolívar. La ciudad estaba engalanada con flores

y los balcones exhibían banderas tricolores. Un escritor pinta así este acto:

“Fue indecible el entusiasmo que se apoderó de todos los habitantes de la ciudad al ver al Libertador. El mismo júbilo hacía derramar lágrimas, y todos, hombres, mujeres, viejos y niños, corrían a abrazarlo, a echarse a sus pies sin saber cómo manifestar su reconocimiento. El Libertador, con aquella alma tan grande y con su habitual elocuencia, a todos contestaba, a todos atendía lleno de ternura y profundamente conmovido con aquellas demostraciones de amor y reconocimiento que explicaban muy bien los largos sufrimientos y profunda pena de que acababan de salir los espíritus como por encanto.”

El 18 de septiembre fue el día señalado por una junta de notables para festejar de modo grandioso el triunfo del 7 de agosto de 1819. El historiador señor Grot dice:

“Cuatro clarines rompieron la marcha anunciándola con sus toques. Seguían ocho batidores despejando el tránsito; luego los maceros del ilustre cabildo y alta corte de justicia; y después en dos hileras todos los empleados, corporaciones y particulares. Al fin de este lujoso cortejo veíase al Libertador en medio de los dos generales Anzoátegui y Santander. Seguían los secretarios, estado mayor general, ayudantes de campo y al fin la tropa. La marcha lenta y majestuosa, al són de la música guerrera, daba una animación extraordinaria al cuadro, y la vista de los soldados vencedores en Gámeza, Vargas y Boyacá llenaba de orgullo y entusiasmo a los granadinos.

Desde que el Libertador comenzó su entrada en la ciudad no cesó un instante la multitud espectadora de repetir mil vivas gloriosos al héroe y ejército libertador. Una lluvia incesante de flores descendía de los balcones y ventanas sobre las cabezas de los libertadores, al propio tiempo que un vivísimo repique de campanas en todas las torres hería los aires y con el golpe de música marcial aumentaba el gozo y el contento. Ya no era la campanilla de La Veracruz, ni el tambor con sordina del ángel de la muerte lo que se oía por la calle real.”

El ilustre historiador nacional señor doctor don Luis Augusto Cuervo, de la familia del doctor Nicolás Cuervo, dice en su interesante estudio titulado “Los emigrados de 1819”:

“El paseo triunfal recorrió el camellón de Las Nieves, la calle de la Carrera hasta la plazuela de San Agustín y regresó por la calle de Santa Clara a la Plaza Mayor. Allí fueron recibidos por el gobernador del arzobispado, doctor Nicolás Cuervo, quien con el cabildo metropolitano, el clero regular y secular, los universitarios y los colegios, introdujo al Libertador y a sus generales a la catedral, en donde se cantó un solemne

Te-Deum. La iglesia estaba adornada con los damascos y festones que había hecho preparar Sámano para las honras fúnebres de la reina doña María Isabel de Braganza, de modo que hasta la muy ilustre señora "participó de la derrota de Boyacá."

En la naciente república el doctor Nicolás Cuervo y Rojas tomó asiento en los cuerpos colegiados. Fue senador en el Congreso de 1823. Allí se distinguió por su palabra ilustrada y elocuente.

Después a 1823 continuó desempeñando altos cargos en la catedral de Bogotá hasta su muerte acaecida el 5 de enero de 1832.

Después del doctor Nicolás Cuervo y Rojas nació en Oicatá Mateo Miguel Cuervo y Rojas. Se ordenó en Santa Fe de religioso de la orden de San Agustín. En la comunidad conquistó ascensos hasta llegar al alto cargo de Provincial de esta benemérita comunidad.

Dios quiso en sus inexcrutables designios que del hijo de don Isidro Cuervo, llamado José Antonio Cuervo y Rojas, nacido en Oicatá, descendiera una pléyade de varones que es ornamento lujoso de la república, ya como eximios mandatarios de la Patria, ya como sabios filólogos, ya como literatos de pulcros períodos, ya como diplomáticos expertos, ya como doctos catedráticos, ya como oradores y parlamentarios de elocuente palabra, ya como valientes generales, ora como autores de brillantísimas obras científicas e históricas.

Don José Antonio Cuervo y Rojas obtuvo el título de Licenciado. Contrajo matrimonio con doña Nicolasa Barreto. Se estableció en la población que entonces hacía parte de la Provincia de Tunja llamada Tibirita. De esta afortunada unión nacieron tres hijos; José Antonio que vistió la beca en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; el segundo recibió el nombre de Rufino, quien más tarde se graduó de doctor en derecho. Se distinguió como varón de amplios conocimientos, como escritor de pluma ilustrada y como pedagogo erudito. Desempeñó importantes cargos públicos hasta llegar al solio del Libertador Simón Bolívar, en su carácter de Vicepresidente de la Nueva Granada; y el tercero, Francisco de Sales Cuervo Barreto, fue prócer de la independencia.

Cuando el doctor Rufino Cuervo nació en 1801, la población de Tibirita, pertenecía a la Provincia de Tunja. El nombre del doctor Cuervo debe agregarse a la lista de los Presidentes de Colombia nacidos en territorio de Boyacá. Ese glorioso nombre no debe figurar entre los hijos de Cundinamarca que ciñeron la banda tricolor y ocuparon el sillón del Padre de la Patria Simón Bolívar. Según lo anterior, diez son los eminentes varones de Boyacá que han manejado el timón de la nave del Estado.

El doctor Rufino Cuervo se unió por los vínculos del matrimonio con la distinguida señorita doña María Francisca Urisarri. De este enlace hubo varios hijos. Sobresalieron los siguientes: Luis María que se hizo notar como militar y como pedagogo. Fue padre de los ilustres ciudadanos y brillantes escritores general don Carlos Cuervo Márquez, doctor Luis

Cuervo Márquez y doctor Emilio Cuervo Márquez. Ocuparon elevados cargos públicos en Colombia y en el exterior como ministros de Estado y ministros plenipotenciarios y fueron nietos por la línea materna del eminente repúblico doctor don José Ignacio de Márquez, ex-presidente de la nación y de la linajuda señora doña María Antonia del Castillo y Vargas Machuca, del Marquesado de Surba.

Antonio Basilio. Por su valor en los campos de batalla alcanzó el alto grado de General. Fue también doctor en derecho. Figuró entre los políticos más hábiles de la república. Desempeñó los cargos de ministro de Estado y ministro plenipotenciario ante el gobierno de España. Fue historiador erudito. Dio a la publicidad en cinco tomos la interesante obra titulada "Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia."

Angel. Sobresalió como literato de elegante y amena frase, como novelista y como historiador. En colaboración con su hermano don Rufino José dio a la luz "La vida de Rufino Cuervo y noticias de su época." Fue autor del libro "Como se evapora un ejército", obra que encierra recuerdos personales del señor Cuervo en la campaña de 1860.

El historiador doctor Gustavo Otero Muñoz dice de don Angel:

"El 24 de abril de 1896 cerró los ojos en el ósculo del Señor aquel noble espíritu, cuya inteligencia "estuvo siembre abierta a toda luz, y cuyo corazón palpitaba al recuerdo de la patria, de la familia y de los amigos, abierto a todo bien, a toda belleza y a toda justicia.

Los hijos del doctor Rufino Cuervo fueron ilustres por mil títulos, pero entre todos sobresalió uno por su clarísimo talento. Este se llamó Rufino José Cuervo Urisarri, nombre que brilla como astro de primera magnitud en el firmamento de Colombia y en el de todas las naciones civilizadas del mundo, como insigne conocedor de muchos idiomas extranjeros, como consumado literato, como autor de monumentales obras científicas que han causado la admiración a los sabios de países de Europa, como varón de relevantes virtudes, de excelsos méritos y como columna poderosa de la religión católica. La estatua de bronce que se levanta en Bogotá, inmortalizó la grandiosa vida del luminoso cerebro que albergó para orgullo de la República, tanta sabiduría y tanta gloria.

Los escritores más atildados de la nación y del exterior han trazado magistrales estudios sobre don Rufino José Cuervo y le han rendido alto homenaje como a uno de los sabios más preclaros del mundo. El eximio literato y orgullo de las letras colombianas don Marco Fidel Suárez, dijo del señor Cuervo:

"Rufino José Cuervo fue un hombre íntegro y cabal, un sabio y a la vez un ejemplar de virtudes, una estatua modelada por la bondad y el saber en el mármol de la fama; y personificando del modo más exacto y más feliz las buenas cualidades que más distinguen nuestro genio nacio-

nal, destelló en el centro de la civilización universal, luz para las letras y la ciencia y honra para su patria.”

En el anterior bosquejo histórico quedó sintetizado el ilustre apellido Cuervo, familia que tiene hondas raíces en este pueblo de Oicatá. Es timbre de orgullo para esta población que de aquí hubieran salido los varones que dieron vida a excelsos ciudadanos que son ornato de la nación por su sabiduría y por sus méritos eclesiásticos.

A Boyacá le pertenecen el doctor Rufino Cuervo, el General Antonio Basilio Cuervo, don Angel Cuervo y el gran sabio don Rufino José Cuervo, porque de aquí fueron los antepasados de tan agresias figuras. Si Bogotá tiene como suyos a los prestigiosos hijos del doctor Rufino Cuervo por haber nacido en esta ciudad, Boyacá también los cuenta como hijos de este departamento porque en la tierra de las epopeyas históricas se mecieron las cunas de los mayores de esta noble familia.

Que de hoy en adelante presida las sesiones del Concejo Municipal de Oicatá el retrato del eximio prócer de la independencia y excelsa lumbrera de la iglesia nacional señor canónigo doctor don Nicolás Cuervo y Rojas, honra y prez de este poblado.

He dicho.

LA VILLA DE LEIVA y el Convento de Monjas Carmelitas

DISCURSO

pronunciado por el socio Ramón C. Correa en la inauguración solemne de la placa conmemorativa del tercer centenario del arribo a Villa de Leiva de las primeras religiosas carmelitas, acto que se verificó el 15 de julio de 1945.

Reverendos padres, señoras y señores:

Esta ciudad, ilustre por muchos títulos, figura en puesto de alto honor en las páginas de la historia nacional, por los rancios abolengos de nobleza española de sus pirimitivos habitantes; por los trascendentales acontecimientos patrios que aquí se llevaron a cabo en tiempos antiguos; por el advenimiento a la vida y pérdida de ella de eminentes ciudadanos que brillan en el firmamento como astros de primera magnitud, héroes que pelearon con valor sin igual en los campos de batalla movidos por el enorme deseo de legar a las generaciones venideras el tesoro sagrado de la libertad.

Esta ciudad de gran prestigio en tiempos idos, se enorgullece al llevar por nombre el linajudo apellido del excelso Presidente del Nuevo Reino de Granada don Andrés Díaz Venero de Leiva, mandatario de no-

ble abolengo español, de sólidos conocimientos literarios, de muchos méritos, de reconocida prudencia y de esclarecido talento en el manejo del amplio territorio que el Monarca de España le encomendó en las comarcas de aquende el océano.

Como fue ilustre el fundador de Leiva, así también ha sido ilustre la localidad que exhibe en sus templos, en sus conventos, en sus edificaciones, en sus calles, en sus huertas, un ambiente de pura sepa castellana.

La nación española nos legó la sublime religión católica, la rica lengua de Castilla y los tesoros de arquitectura que hoy día constituyen la admiración de los turistas que visitan nuestros templos, joyas de altísimo valor que hace ya siglos sacerdotes seculares y regulares hicieron construir en las iglesias para admiración de los amantes de las grandezas místicas.

A los insignes religiosos agustinos cupo el alto honor de ser los primeros padres que levantaron en Leiva templo y convento con el fin de rendir homenaje a Dios y coadyuvar con sus esfuerzos al pronto progreso de la población que acababa de venir al mundo. Parece ver la silueta del padre Fray Vicente de Requejada pasar durante tres años por el predio que hoy forma la localidad de Leiva, en compañía de preclaros varones que vinieron a la Villa a establecer sus moradas atraídos por el buen clima y por las saludables aguas de este sitio.

Gran parte del renombre que Leiva obtuvo en épocas idas se debe al establecimiento en este municipio de las comunidades de padres agustinos, franciscanos, hospitalarios, religiosos que conquistaron fama para la población que se había fundado por orden de un notable mandatario, hijo de España.

Pero Dios no determinó en sus sagrados designios que únicamente fundaran en Leiva conventos los religiosos citados, padres que siglos después tuvieron que abandonar sus residencias y dejar tristes y solitarios los claustros que esos frailes amaron tanto. Creó en su mente poderosa iluminar a un eximio sacerdote español donara todos sus haberes en bien de la fundación del convento de la bella comunidad de monjas carmelitas. El loable pensamiento del venerable levita doctor Francisco Rincón Ronquillo llegó al trono del Rey don Felipe IV y el Monarca expidió el último de diciembre de 1642 una Real Cédula creando en Leiva el convento de las flores del carmelo, comunidad que tiene puesto preferente de aprecio en todo el mundo católico.

Leiva debe guardar con cariño dentro de su recinto, como se conserva rica joya en cofre precioso, la Real Cédula que fundó el convento de religiosas carmelitas, comunidad que venera la excelsa advocación de Nuestra Señora del Carmen.

El Convento de Monjas Carmelitas de Leiva no se fundó inmediatamente después de la expedición de la Real Cédula. Ese mandato se cum-

plió a los dos años, tres meses y ocho días de dictado el documento por don Felipe IV.

El 8 de abril de 1645 fue el día destinado para la fundación dentro de este edificio, que todavía ostenta aspecto colonial, del convento de religiosas carmelitas. Seis virtuosas damas salvaron para siempre los umbrales de esta santa mansión y constituyeron el monasterio que tanto buen nombre ha atraído a Leiva de muchas regiones de Colombia y de Venezuela. Dentro de estos vetustos muros se internaron eternamente seis vírgenes que gustosas abandonaron el mundo; que despreciaron su belleza, su juventud, su posición social, sus lujosos vestidos, a cambio de un tosco hábito y de cilicios, todo por amor a Jesucristo.

Dicen las crónicas del convento del Carmen que las madres fundadoras trajeron al monasterio la estatua de la Virgen del Carmen, llamada la antigua, la estatua del Niño Maestro y el retablo del Patriarca San José.

La estatua de la Virgen del Carmen que guardan con amor las flores del Carmelo, efigie que es recibida cada año en medio del júbilo de la piedad católica a las puertas de este santuario de oración y penitencia, que recorre el 16 de julio las principales calles de Leiva, acompañada de centenares de fieles que vienen aquí a tributar a tan excelsa Señora sus dádivas en plegarias, en ofrendas florales, goza de profunda veneración en muchos lugares de la república por los múltiples favores que alcanza de Dios para todos los que invocamos por fervor su sagrada imagen.

Crecidas caravanas de gentes desde lugares apartados vienen a este municipio el 15 y el 16 de julio a colocar a los pies de una de las advocaciones más populares de la religión católica sus preces sinceras, sus cánticos sencillos y sus mandas en salvas y misas. Las armoniosas gargantas de damas, niñas y niños lanzan a los espacios las dulzuras de sus pechos en himnos de amor a María; los artistas en dulces notas le ofrendan suaves partituras; las flores más bellas y más aromáticas de los jardines son depositadas a las sagradas plantas de la amable Señora y los oradores místicos de palabra luminosa dedican sermones de magistrales períodos a la que es dueña de los cielos y de la tierra.

El egregio Padre de la Patria Libertador Simón Bolívar después de las brillantes batallas de Pantano de Vargas y Puente de Boyacá continuó luchando en pro de la redención completa de las naciones que todavía se hallaban bajo el gobierno extranjero.

El 20 de septiembre de 1819 montó sobre su brioso corcel y salió de Bogotá en dirección al norte con el propósito de encaminarse a Venezuela. Pasó por pueblos del hoy departamento de Cundinamarca; visitó a Ventaquemada, al Puente de Boyacá y el 23 de septiembre llegó a Tunja. Aquí permaneció hasta el 24. El 25 partió para la Villa de Leiva pasando por Sora y Chíquiza y en la fecha indicada entró a este histórico municipio. Venía en busca de hombres para aumentar los ejércitos patriotas que tenían que ir a pelear a los campos de Marte contra las huestes españo-

las con el anhelo de hacer brillar en los espacios de cinco repúblicas los rayos purpurinos del sol de la libertad.

El 25 de septiembre de 1819 el Libertador visitó las oficinas públicas de Leiva, la fábrica de aguardientes; fue al templo de Nuestra Señora del Carmen y oró ante esta sagrada imagen. Después entró en este convento y saludó a las religiosas carmelitas. El genio militar se impuso de la pobreza en que se encontraban las monjas y desde aquí envió la siguiente nota al Vicepresidente de la República General Francisco de Paula Santander:

“Cuartel General de Leiva, a 25 de septiembre de 1819.—9.º Al señor Vicepresidente de las Provincias libres de Nueva Granada. He visitado en mi tránsito por esta Villa el Convento de Nuestra Señora del Carmen, y me he informado de la escasez y miseria a que están reducidas estas pobres religiosas por falta de fondos. Para aliviarlas he dispuesto que de la renta de aguardientes de esta Villa se les contribuya mensualmente con 100 pesos, entretanto restablecen sus rentas a un pie que les pueda proveer la subsistencia. Y lo participo a V. E. para su inteligencia y cumplimiento. Dios guarde a V. E. muchos años.—Bolívar.”

El Centro de Historia de Tunja, corporación que rinde homenaje a los hechos importantes de la historia civil y eclesiástica del departamento y del país en general, al aproximarse la fecha del tercer centenario del arribo a Leiva de las primeras religiosas que vinieron de Santa Fé a este municipio a fundar el Monasterio de Carmelitas, por medio de una proposición se asoció cordialmente a tan magno acontecimiento cristiano.

El Centro de Historia resolvió hacerse representar en la inauguración solemne de la placa conmemorativa de los tres siglos de la llegada a Leiva de las primeras religiosas carmelitas. Designó a dos socios para que en nombre del Instituto tributen homenaje de admiración y respeto a las insignes comunidades de religiosos y monjas de hábito carmelito residentes en Leiva, en las festividades que recuerdan un trascendental acto místico, de enorme cariño no solo para los que se hallan investidos de autoridad eclesiástica sino también para los seculares que llevamos sobre nuestros pechos con sincera fe católica el adorado escapulario de la Virgen del Carmen.

¡Salve perínclita ciudad de Leiva!

Tú que recogiste la primera sonrisa de un niño que en las fuentes cristalinas del bautismo recibió el nombre de Antonio Ricaurte, nombre que brilla en la historia de Colombia y de Venezuela con luz diamantina por el sensacional acto de heroísmo de quitarse la vida en San Mateo el 25 de marzo de 1814 de homenaje a la futura libertad de la Patria; tú que el 4 de octubre de 1812 presenciaste la instalación del Congreso de las Provincias Unidas, corporación integrada por eminentes ciudadanos que varios años después algunos exhalaban sus vidas en los patíbulos por su amor a la fundación de la república; tú que viste en 1816 desfilar por las

calles del poblado a tres esclarecidos varones que marchaban arrogantes camino del cadalso anhelosos de la libertad; tú que recogiste en 1823 el último aliento del Precursor de la Independencia, General don Antonio Nariño; tú el asiento en la colonia de familias de rancios pergaminos; tú la cantada por los poetas, la ensalzada magníficamente en elegantes estudios literarios y la historiada por eruditos amantes de las añejas tradiciones, debes enorgullecerte al contar dentro de tu recinto con las beneméritas comunidades de padres y de monjas carmelitas; conventos que de día en día atraerán para tu poblado más renombre como lugar de inmortales hechos históricos en la Nación.

He dicho.

DISCURSO

pronunciado por el socio correspondiente del Centro de Historia de Tunja señor Peregrino Sáenz de San Pelayo, en representación del vicepresidente señor Constantino Martínez V., al colocarse una placa conmemorativa del tercer centenario de fundación de Convento de Monjas Carmelitas de la ciudad de Leiva.

Venerables sacerdotes, señoras, señores:

Designado gentilmente por el respetable Presidente del Centro de Historia de la ciudad del águila de dos cabezas coronadas, a participar en este rito de gratitud, de admiración y amor, a colaborar en él, parezco aquí con la voluntad pronta de quien se siente atraído por el más dulce halago y por un vivo deseo ineludible y compulsivo. Solo que el encargo que se ha colocado sobre mis hombros es superior a mis escasas fuerzas.

Por la gracia de Dios Nuestro Señor, el Rey D. Felipe IV, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Portugal, y de muchos otros lugares, islas y tierra firme, expidió la Provisión Real sobre la fundación del Convento de Monjas de Nuestra Señora del Carmen y de Santa Teresa, de esta ilustre Villa de Leiva, en Madrid el 31 de diciembre de 1642, concediendo licencia al presbítero Francisco Rincón Ronquillo y a doña Isabel de Fuentes, quien completó la donación que de todos sus bienes y haciendas hizo el primero, con la suma de \$ 10.000-00.

Al año siguiente de 1643 se organizó en firme la fundación del convento, con dos hijas legítimas de su fundador doña Inés y doña María y otras tres monjas "que él señaláse del convento de Nuestra Señora del Carmen de Santa Fé."

En el trascurso de estos tres largos siglos las blancas manos de las humildes esposas del Señor, tiempo interrumpido solamente por una corta época de extravío de los hombres, se han alzado diariamente en oración implorando las bendiciones del dador y dispensador de todos los bienes y carismas sobre la humanidad doliente, necesitada en todas las épocas de la gracia divina, para perseverar en la virtud, adquirir nuevas fuerzas para proseguir la lucha contra los tres mortales enemigos del alma y poder llegar al término de esta vida perecedera con el acervo de méritos que haya de servirle de pasaporte para penetrar en el reino de los inmortales, único puerto de felicidad, segura, verdadera y eterna.

Y qué sacrificio más plausible que el de todas las santas mujeres que un día, dejando a la espalda los halagos del mundo y el dorado y risueño porvenir que a muchas sonreía, diciendo adiós en esta vida a seres

caros a su corazón, pidieron entrada a las puertas de este apacible cenobio, en donde solamente reinan la paz del alma y la sana alegría del corazón como vehículos indispensables para llegar a la completa perfección cristiana.

Ellas han sido también unas heroínas en el sentido místico del vocablo, porque heroísmo es contención, es silencio, es humildad, es paciencia, es cumplimiento asiduo del deber, es voluntad de sacrificio sin aspiración al premio humano, es servicio vigilante, es don de siembra, es amor sin reproche y sin mengua a nuestros semejantes. Si esto no se llama heroísmo borremos de nuestro léxico esa palabra reservada por algunos a los segadores de vidas.

De todas estas prendas ha sido viviente paradigma el legendario e histórico convento de monjas Carmelitas de la Villa de Leiva, durante estas tres largas centurias que corren a eslabonar en la noche de los tiempos el perdurable recuerdo de la humanidad y que nos ligan a la madre España, a la España de Teresa Sánchez de Cepeda Dávila y Ahumada, de Beatriz de Silva y Catalina Silva de los Ríos, en cuanto ella supo transmitir a sus colonias de quende los mares su ecuménico y triple espíritu caballeresco, noble y religioso.

He dicho que este es un monasterio legendario e histórico y por eso evoco también aquí el heroico espíritu de esta Villa blasonada, cuna inmortal de Ricaurte, patíbulo de Joaquín Umaña y Manuel José Sánchez, ocaso del Precursor de nuestra independencia y grato albergue del héroe máximo de América, cuando en 1819, el 25 de septiembre, dictaba su célebre decreto por el cual ordenaba reconstruir la iglesia del Carmen de esta Villa, y en vista de los escasos fondos con que por esa época contaba el convento, ordenaba acrecentarlos con dinero del erario.

Y... circunstancia admirable y misteriosa: el 25 de septiembre de 1828, noveno aniversario del célebre decreto, la preciosa vida del Libertador se ponía a salvo bajo las arcadas del Puente del Carmen, en medio de las siniestras sombras a que lo condujo la mente afiebrada de los septembristas que pretendieron ser parricidas, pero a quienes Dios desarmó su brazo para evitarnos el mayor baldón que hubiera caído como pesada losa sobre la ingratitud de sus libertos.

Pero es que, señores, en esta antigua, hermosa y callada ciudad de los monasterios, tan propicia a las elaciones del alma, las augustas sombras de los congresistas federativos de 1812, parecen vagar por sus calles y casonas, por cuyas ojivas gloriosas y olvidadas se asoma el alma del pasado, recordándonos que la santidad y el heroísmo han tenido en esta noble Villa su más perfecta hermandad.

Loor a los piadosos fundadores de este escondido cenobio, presbítero Francisco Rincón Ronquillo, sus hijas Iés y Juana e Isabel de Fuentes, quienes en un arranque de místico arrobamiento concibieron la sublime idea de abrir una mansión a los deliquios del espíritu, hacer brotar una

fuelle purísima de raudales eternos, a donde han venido a beber la divina inspiración que alimenta la vida interior, tantas almas selectas que solo desearon consagrarse por entero como místicas esposas de Cristo e implorar para la humanidad el divino rocío de la gracia del Cielo, y a quienes su místico esposo ha recompensado con creces esta gigantesca obra espiritual, "lugar de grande edificación y seminario de santidad", haciéndola perdurar en el tiempo por espacio de tres centurias, al final de las cuales, la portentosa obra parece cada año rejuvenecer, bajo la égida y maternal protección de la misericordiosa Virgen nuestra madre del Carmelo, quien por permisión de su hijo el Cordero Inmolado, parece haberla tocado de eternidad.

Villa de Leiva, julio 15 de 1945.

EN EL PANTANO DE VARGAS

DISCURSO

pronunciado en Pantano de Vargas, el 25 de julio, por el señor Director de Educación, doctor Ernesto Meléndez Sandoval.

Señor Gobernador, señores Miembros del Centro de Historia de Tunja, señoras, señores:

Muy bella y muy laudable esta costumbre de reunirse los pueblos a recordar con emoción las fechas históricas que marcaron jalones decisivos en la epopeya de su libertad. Ocurre entre nosotros con peligrosa frecuencia que con el correr del tiempo, las generaciones preocupadas por los problemas de su presente y los proyectos para el porvenir, van descuidándose poco a poco y llegan hasta olvidar casi por completo aún los acontecimientos protuberantes y definitivos de un pasado glorioso, en el cual es necesario encender cada día un sentimiento de intenso y profundo patriotismo que haga experimentar en lo más íntimo de la conciencia, la jubilosa alegría y el imponderable orgullo de ser colombianos.

Fue un día como éste, en este mismo campo y bajo este mismo cielo, cuando un puñado de centauros pudo en admirable acción, inexplicable por las rígidas leyes de la guerra, poner en derrota a los soberbios ejércitos del imperialismo hispano, simplemente porque iban armados de un ardiente patriotismo y guiados por una encendida ambición de libertad; pero si en un momento dado esa docena de hombres realizó acción heroica en defensa de su Patria, ello fue porque estaban inundados de un sano y puro sentimiento de nacionalidad; ellos eran Americanos del Sur y luchaban no solamente por Colombia (Nueva Granada), sino por una Gran Colombia y más aún, por todo el continente.

Esta amada Colombia de nuestros días no es pues sino la hija legítima del patriotismo fervoroso y de las aspiraciones liberales de nuestros antepasados; por eso es necesario hoy más que nunca, que cada uno de nosotros labore con todo entusiasmo y empeño en la tarea de su propio perfeccionamiento, pues ha llegado la hora de que nuestra Nación entre a la vida del mundo como un gran núcleo humano, responsable y consciente de sus destinos y de su misión histórica, y el importante papel que Colombia debe desempeñar en el mundo actual y en el futuro, exige que todos y cada uno de los colombianos tenga las virtudes y la responsabilidad que implica su condición de ciudadanos de un país libre, pues ya dijo

Ingenieros que "No es posible hacer patria grande con hombres medianos."

Pero si tan importante en esta obra es el esfuerzo individual, no puede serlo menos la acción de los Gobiernos cuyo único y primordial interés debe constituirlo el mejoramiento de la colectividad, tanto en lo físico como en lo espiritual; los Gobiernos son los encargados de mantener permanentemente encendido y renovado el fuego del patriotismo y cuentan para ello con medios diversos, entre los cuales ocupan puesto destacado, la educación y las vías de comunicación.

Con la primera, a tiempo que instruye a los futuros ciudadanos y les dá los elementos necesarios para la lucha por la vida, les inculca sentimientos de dignidad y de cooperación, les enseña reglas para el sano vivir y les crea necesidades que han de servir para su propio estímulo, haciéndolos así aptos para ejercer y disfrutar del don precioso de la Libertad, que no es un derecho dado por la simple condición humana, sino adquirido mediante la aceptación de responsabilidades que no por ser inherentes a la misma condición de ciudadanos, dejan de formarse o se olvidan con lamentable frecuencia.

Gracias a las vías de comunicación, al mismo tiempo que favorecen aspectos económicos, los Gobiernos facilitan el conocimiento directo entre las gentes de apartadas regiones de la patria, estimulando así el sentimiento de unidad y la fraternidad que debe ligar a todos los individuos de una misma Nación.

Por coincidencia que no es rara en el régimen actual, tócame hoy a nombre del Gobierno del Departamento inaugurar simultáneamente, en memorable fecha y en histórico sitio, una preciosa escuela para la enseñanza primaria y una carretera que permitirá en lo futuro a todos los colombianos venir con frecuencia a este lugar donde se regocija el patriotismo y se renueva la fe de los destinos grandes de Colombia.

Esta escuela que es para los niños, y de ellos, ha de ser necesariamente, por estar aquí situada, fábrica de buenos colombianos, orgullo de la Patria y de su departamento.

Detengamos ahora unos momentos nuestro grato recuerdo en cada uno de los Jefes y soldados del ejército patriota de 1819, y dignificados por su memoria reafirmemos hoy nuestro propósito de engrandecer la Patria y defender en todo momento las instituciones legítimas de la República.

¡Viva Colombia!

Julio 25 de 1945.

DISCURSO

pronunciado en Pantano de Vargas el 25 de julio de 1945, por Ramón C. Correa.

Señor Gobernador, señores Secretarios de Educación y de Obras Públicas, señor Mayor del Ejército Nacional, Reverendos Padres, señoras, señores:

Con el corazón colmado de sincero amor patriótico venimos los representantes del Centro de Historia de Tunja a rendir en este campo glorioso un ferviente homenaje a todos los egregios próceres que aquí lucharon con bravura el 25 de julio de 1819 por romper las cadenas de la esclavitud y hacer brillar en el firmamento los purpurinos rayos del sol de libertad.

Todos los boyacenses que sintamos arder en nuestras almas la llama del cariño en pro de la independencia, debemos celebrar con júbilo las fechas inmarcesibles en que perdieron la vida miles de valientes por legar a las generaciones futuras una patria grande. Debemos cantar a voz en cuello en calles, plazas, caminos y veredas los bellos himnos a los excelsos genios que se batieron con arrojo contra un enemigo superior en número, armamento, vestido, alimentos, valor que los llevó no solo a derrotar gloriosamente a sus contendores sino hasta enarbolar la bandera republicana en la parte más elevada de estas benditas colinas, donde antes flotaba airoso el lábaro del Rey de España.

Los hijos de Paipa deben dar gracias a la Providencia por haber escogido la vereda de este municipio llamada Pantano de Vargas para que aquí se desarrollara una acción militar de gran brillo en los anales patrios. Las autoridades de Paipa y los habitantes del poblado están en la obligación de venir cada 25 de julio y festejar con pompa el aniversario en que estos valles, estas hondonadas, estas colinas, estos montes y aquel pantano, observaron que numerosos ejércitos extranjeros pelearon con furor contra las huestes del Libertador por no dejar arrebatarse el poderío que la Madre España tenía en estas tierras andinas. Son santos los parajes donde se lucha por conquistar la libertad para los esclavos y como aquí se peleó con coraje por conquistar la libertad que tanto anhelaban las generaciones de 1819, luego el territorio de Pantano de Vargas es santo y debemos pisar el suelo descalzos y en actitud de profunda reverencia.

El Centro de Historia de Tunja, que estudia con entusiasmo las grandezas de Boyacá, tiene preferente atención en pro del brillo de los sitios que presenciaron hechos bélicos en la independencia. Boyacá fue esco-

gido por Dios con el fin de realizar bajo este claro firmamento trascendentales acontecimientos patrios, jornadas que esplenden luz diamantina en la historia no sólo de Colombia sino en la de las restantes naciones redimidas por la fulgente espada del Libertador Simón Bolívar.

El Centro de Historia guarda cariño hacia el inmortal campo de Pantano de Vargas porque en esta estancia se desarrolló una contienda armada de enormes proporciones entre españoles y republicanos, batalla de considerable duración, de encuentros terribles, hecho de armas que si lo hubieran perdido las fuerzas patriotas, habría sido causa del aplazamiento por un tiempo largo de la libertad de la Nueva Granada.

Porque la batalla llevada a cabo el 25 de julio de 1819 fue de resultados gigantescos para la futura suerte de la Patria, la Corporación Histórica de Tunja puso sus influencias ante varios gobiernos de Boyacá y ante el señor Ministro de Obras Públicas con el propósito de que se empezara la construcción de la carretera desde los balnearios hasta el pie del monumento del Coronel Juan José Rondón. Con la carretera, que ya casi es una feliz realidad, adornada de lado y lado con árboles de laureles, árboles que simbolizan la gloria, los turistas ilustrados de fuera de Boyacá y de países extranjeros vendrán a conocer el teatro donde las suerte republicana estuvo en inminente peligro de ser derrotada por el poderío de allende los mares.

El señor Ministro de Obras Públicas doctor Alvaro Díaz, que tanto bien ha desarrollado en favor del progreso de Boyacá, los gobernadores don Rafael Vargas Páez, don Santiago Rivas y doctor Héctor Moreno Díaz y varios secretarios de Obras Públicas, hasta el actual distinguido señor que dirige esta sección departamental, han trabajado con magnífica buena voluntad por la construcción de la carretera, vía que atraerá más renombre a este perínclito paraje de Vargas.

A estos ilustres ciudadanos rindo mi homenaje de agradecimiento por el interés que han desplegado en pro del adelanto de la carretera a esta sagrada vereda de Boyacá.

No sería justo dejar pasar el presente acto patriótico sin dedicar una palabra de agradecimiento y de felicitación al competente ingeniero señor doctor don Luis Abdón Mojica por el modo activo e inteligente como está llevando a cabo la construcción de la carretera a este sitio de gran renombre en la historia nacional.

El municipio de Paipa, que ha dado hombres eximios en la medicina, en el derecho, en la milicia, en la oratoria, en la literatura, en la poesía, en el parlamento, en la política nacional, está en el deber de prestar apoyo a Vargas, ya coadyuvando para que se levanten aquí buenos edificios públicos, ya para que se construya un bonito parque dedicado a los héroes, ya para que se lleve a término la siembra de laureles a un lado y otro de la carretera, ora para que esta vía tenga feliz culminación.

El Centro de Historia lanzó la idea de que esta estatua pedestre del Coronel Juan José Rondón sea reemplazada por una estatua ecuestre, bronce que represente al héroe montado sobre brioso corcel y en actitud de la rápida carrerera que emprendió Rondón desde el pie del cerro de Bolívar a la cabeza de los catorce llaneros hasta este sitio donde los patriotas estaban casi derrotados. El héroe debe llevar en la mano derecha la terrible lanza que aniquiló muchas vidas españolas y la cabeza debe ostentar sombrero de paja como el que ostentaba Rondón el 25 de julio de 1819, sostenido a la garganta con barboquejo. Ese monumento sí recordará al Juan José Rondón que en Vargas luchó con bravura por la Patria. El bronce que contemplamos exhibe a Rondón vestido de levita como para asistir a un baile, prenda que yo creo jamás usó el prócer, pero nó al Rondón batiéndose corajudamente aquí en este paraje de "El Cangrejo" en favor del triunfo de los ejércitos republicanos.

Si algún día se levanta la estatua ecuestre del Coronel Rondón en este glorioso punto, en una de las caras del pedestal debe grabarse el relieve de mármol o de bronce que represente el momento de la feroz acometida de los catorce llaneros que dieron con Rondón la terrible carga, acto de enorme valor que destruyó al gobierno entonces reinante en nuestra patria.

El Centro de Historia no compartió la idea de que en el Puente de Boyacá se hubiera erigido el busto de bronce del Coronel Jaime Rooke, prócer que en Vargas peleó con valentía, que recibió una herida en un brazo, herida que le causó la muerte. El Coronel Rooke no conoció el Puente porque de Vargas no siguió, ni menos combatió en Boyacá para que allí se hubiera levantado el monumento a este bravo héroe que adoptó ya exangüe a nuestra patria por patria suya. El Centro pidió a Bogotá que el busto se trasladara a Pantano de Vargas con el fin de inaugurarlos hoy solemnemente, pero nada favorable se consiguió. Los monumentos se deben alzar en los propios sitios en donde los grandes genios se inmortalizaron por sus excelsas dotes militares, donde perdieron la vida y no en otros campos que no visitaron ni en espíritu siquiera.

Desde adolescente he recorrido estas vegas, escas colinas, estos prados, estos montes y aquel pantano, parajes aromatizados con el aire perfumado de la libertad, en unión de varios camaradas de infancia que hoy son vecinos de distinción de Vargas, ciudadanos que aman este jirón patrio, vereda que les recogió la primera sonrisa y que anhelan ver llena de progreso para el futuro. Porque desde hace ya largos años conozco el inmortal sitio de Vargas, vengo hoy una vez más a rendir al campo ilustre mi saludo entusiasmado en la fecha en que Dios lo inmortalizó y colocó en puesto de relieve al lado de los lugares de más gloria de Colombia, nación cantada por eximios vates, como el aeda coronado maestro Alfredo Gómez Jaime, bardo que un día pulsó su sonora lira y obtuvo de ella bellas estrofas como las siguientes:

¡MADRE COLOMBIA!

Si yo fuese un gigante cuya fiera
mano, al alzarse en ímpetu iracundo,
sobre las cimas, al chocar, pudiera
con rudo golpe estremecer al mundo:

Si fuera ese coloso, y tú, severa,
negaras a mi labio sitibundo
la savia de la vida, y altanera
mi orgullo hirieras en lo más profundo;

¡Entonces, palpitante de osadía,
de Nerón parodiando las hazañas,
un abismo en tus montes abriría!

¡Sí! ¡Yo hiciera una fosa en tus montañas;
mas nó para ofenderte, madre mía!
¡sino para morir en tus entrañas!

He dicho.

BELLEZAS NATURALES DE COLOMBIA

FURATENA

El doctor Manuel Ancizar en su obra "Peregrinación de Alpha" hace la siguiente descripción de los cerros de Furatena, una de las más grandiosas maravillas de la naturaleza en Boyacá.

Al Noroeste del pueblo (Pauna) y a distancia directa de dos leguas y media, en el último término de una serie de colinas decrecientes que desde Canipauna bajan hasta el pie de la majestuosa serranía del Tambrial, divisamos los vértices blanquecinos y erectos de Furatena. Para llegar allá era preciso dar un rodeo de casi cinco leguas, yendo por el camino que conduce a Otromundo, circunstancia de que nos alegramos, puesto que de alguna cumbre sería fácil determinar la posición de aquel vecindario singular, y en las cercanías de Furatena debíamos hallar quienes nos dieran todos los informes apetecibles, visto que ir personalmente a Otromundo, era empresa homérica, no siendo fácil atravesar las selvas y desiertos que de él nos separaban.

A la mañana siguiente partimos, y como a las tres de la tarde llegamos a la casa del señor Padilla, donde hubimos de dejar las cabalgaduras para trasponer un cerro que nos dividía del objeto de nuestra excursión. No había camino alguno, y fue menester abrir a machete una pica por entre el bosque: el calor era abrasador y la fatiga no pequeña, pues las laderas del cerro son en extremo escarpadas. Por fin avistamos las turbulentas aguas del Minero, y de allí a poco nos hallamos en su orilla derecha, teniendo en frente al Furatena.

Fue esta en su origen un alto estribo de la serranía del noroeste, roto al través por algún terremoto que dio paso al Minero. Las aguas del río, que allí es caudaloso y corre a razón de una legua por hora, labraron la rotura hasta bajarla al nivel del cauce, cortando la peña verticalmente. El cerro mayor (Fura) mide 625 metros sobre el río, de los cuales 100 son una línea perpendicular, determinándose desde este límite a la cúspide una ligera inclinación hacia atrás, sin más vegetación que algunos arbus-tos. La parte posterior del cerro, a trechos montuosa, baja en ondulaciones rápidas y cortas dejando al descubierto la altiva cresta del coloso, descarnada y en forma de un inmenso bonete coronando una pirámide irregular. El cerro menor (Tena) mide 380 metros del pie a la cima, cortado perpendicularmente sobre el río, y formando su espalda un plano inclinado ondulante, que comienza a un tercio de la altura de la cumbre,

dejándola aislada. La rotura que los separa tiene 300 metros de abertura en lo alto y 30 en lo bajo, por donde se precipita el Minero, encajonado y ruidoso. Capas rectas y casi a plomo, de sisto arcilloso y pizarra, constituyen uno y otro peñón, que lavados por los fuertes aguaceros dejan al descubierto las puntas y aristas agudas que les dan la extraña apariencia que los hace tan notables.

Al pie de estos gigantes la figura del hombre desaparece en su pequeñez, y sólo la majestuosa serranía de que son apéndice y que se alza a 3,252 metros sin transición de valles ni cuevas, podría disminuir la grandeza del efecto que, a no ser por esto, produciría la Furatena con su aspecto imponente y la desnudez de sus rocas, contrastando con el espeso y vigoroso bosque de los cerros vecinos.

Una legua más adelante de la Furatena hay otro fenómeno geológico en que nadie pone atención, siendo como es admirable y grandioso. Hablo del boquerón de Peñarmada, que es un corte hecho a pico en la gran serranía para dar paso al Minero y al Tapachipi reunidos. Tiene la abertura 2,500 metros de espacio arriba y 500 metros en la base. El cerro mide 3,531 metros de altura y las paredes del boquerón descansan en muros perpendiculares de 1,050 metros de elevación, formado cada cual por una sola roca de gres.

Nada puede ser comparable al supremo esfuerzo de la naturaleza para romper así aquella enorme masa de rocas que parecen creadas para resistir la más violentas conmociones: El ánimo se sobrecoge al considerar la magnitud del poder puesto en acción para vencer tamaño obstáculo y se admira la oportunidad con que la mano del Creador abatió la estupenda barrera a fin de dar libre paso a los dos ríos, que otro manera habrían inundado toda la comarca, detenidos en su curso por altas serranías capaces de resistir inmóviles cualquiera presión de las aguas.

LEYENDAS HISTORICAS INDIGENAS

FURATENA O LAS ESMERALDAS DE MUZO

Por Julio Roberto GALINDO

Fue Are el supremo Dios, creador del territorio y pueblo de los muzos; como una inmensa sombra inclinada llegó de los lados del gran río (Magdalena) atravesando en lento vuelo la inmensidad del espacio, y al vaivén de su paso columpiante, según la mayor o menor detención del movimiento, iban surgiendo las montañas y los valles como agradecida salutación a su creador.

Se detuvo después a las orillas del sagrado río (1) y de un puñado de tierra formó dos ídolos que llamó Fura (mujer) y Tena (hombre) que arrojó después a la corriente, en donde, purificados por los besos de la espuma, tomaron aliento y vida, siendo ellos los dos primeros seres del linaje humano.

Are les señaló los linderos de sus dominios, les enseñó a cultivar la tierra, fabricar la loza, tejer las mantas y a luchar bravíamente para defenderse de las fieras y los seres extraños que llegaran a su territorio; les dio normas de salud y de vida, inculcándoles la libertad sin limitaciones de ninguna especie, les puso el sol, la luna, y las estrellas, y para que eternamente gozaran de la tierra les concedió el privilegio de una perpetua juventud; pero el amor debía ser único y exclusivo entre los dos, regla de vida que violada por la infidelidad traería para ambos la vejez y la muerte.

Así Fura y Tena fueron formando el mundo de los muzos; pasaban años y siglos, generaciones y generaciones pero el tiempo no llegaba hasta ellos; siempre en perpetua juventud y progresiva felicidad, veían cómo su descendencia descuajaba las montañas y poblaba los dominios.

Cada muzo, cumplidos los veinte años, escogía parcela y formaba su hogar, plenamente libre, sin sometimiento a régimen de gobierno alguno sin otra obligación que la de venerar a los sagrados progenitores, Fura y Tena.

Fueron así surgiendo en las montañas los labrantíos de Turtur, Tununguá, Pauna, Canipe, Misuncha, Quipama, Oquima, Cubache, Sacán, Terama, Carache, Acoque, Chánares, Bunque, Ibacapí, Macaguay, Cóquira, Quipe, Chungaguta, Maripí, Cuacha, Guaquinay, Sosque, Isabí, Misabe, Boquipí, Aipichá, Purí, Quibuco, Pistoraque, Coper, Surapí, Itoco, Yanaca, Ancanay... como un tributo de veneración a los dos primeros seres que tan fructíferamente cumplían el mandato del supremo Are,

dios creador que en su marcha al sol, hacía mucho tiempo se había sumergido para siempre en la sagrada corriente del Carare.

Tranquila y dulce dentro del trabajo rudo se deslizaba la vida de los muzos, y pasados muchos siglos la muerte rondaba al fin la juventud de Fura y Tena. Por los mismos lados de occidente por donde apareciera Are llegó un mancebo de extraña raza en busca de una flor privilegiada y milagrosa, que tenía en sus perfumes el alivio de todos los dolores y en sus esencias el remedio a todas las enfermedades; curiosamente recorría las montañas, cruzaba los ríos, trepaba los árboles y esperaba la aurora en los más altos picachos, escrutando en vano por todas partes la planta que ostentara la codiciada flor.

Zarbi era el nombre de este raro personaje; vagó muchos días y muchas noches en busca de la flor, y convencido de la inutilidad de su empeño acudió a Fura en la esperanza de hallar en ella un firme apoyo a sus propósitos, relatándole las maravillosas propiedades de la planta.

Tanta fuerza de convicción puso Zarbi a sus palabras que la compasiva Fura se ofreció ayudarle a descubrir la flor, y en busca de ella se fueron los dos a la montaña; pero el sentimiento de Fura iba cambiando, y el primitivo impulso de cooperación se fue extinguiendo para surgir el amor; en buscas de la flor misteriosa, encontraron, al amparo de la selva, la propicia ocasión para la infidelidad, venenosa flor que llevaba la muerte en sus secretos.

La acusación de la conciencia, palabra de Are que hablaba desde la intimidad del alma, tornó a Fura triste, y con la tristeza diariamente le llegaba la vejez, prueba irrefutable de la infidelidad y anuncio seguro de la muerte.

Comprendió entonces Tena que la sagrada ley del único y exclusivo amor que les impusiera Are había sido violada por Fura, y que debían morir; pero la infiel, en castigo, tendría que sostener en las rodillas, durante ocho días, el cadáver del esposo engañado, para así regar con lágrimas los despojos de la inocente víctima, y mirar y sufrir todo el horroroso proceso de la descomposición humana. (2)

Cuidadosamente afiló Tena su macana, a manera de puñal, y recostado en las rodillas de Fura se atravesó el corazón. La sangre empezó a manar a borbotones de la herida cubriendo en movediza manta de púrpura los pies de Fura, mientras su alma iniciaba la marcha al sol, el astro que Are había puesto para animar la vida; pero antes de la ausencia eterna buscó su venganza, y en lejanas tierras convirtió a Zarbi en un desnudo peñasco, para así poder flajelarlo con ramales de rayos, desde la mansión solar, cielo de los muzos.

Zarbi dentro de su pétrea inmovible pudo sin embargo luchar, defenderse y vengarse; se desgarró las entrañas trasformando toda la sangre que le animara en vida en un torrente de agua que despedazando la maleza fue a inundar las tierras de los muzos, y al contemplar a Fura con el



Peñones de Furatena, una de las bellezas naturales de Colombia, en suelo boyacense, a las que se refiere la leyenda indígena que se publica en esta edición.

El primer punto a considerar es el nivel de precios. Este se determina en función de la oferta y la demanda de los bienes y servicios en el mercado. El nivel de precios afecta directamente el nivel de actividad económica y el nivel de empleo.

El segundo punto a considerar es el nivel de actividad económica. Este se determina en función de la inversión y el consumo. El nivel de actividad económica afecta directamente el nivel de empleo y el nivel de precios.

El tercer punto a considerar es el nivel de empleo. Este se determina en función de la demanda de mano de obra y la oferta de mano de obra. El nivel de empleo afecta directamente el nivel de actividad económica y el nivel de precios.

El cuarto punto a considerar es el nivel de precios. Este se determina en función de la oferta y la demanda de los bienes y servicios en el mercado. El nivel de precios afecta directamente el nivel de actividad económica y el nivel de empleo.

El quinto punto a considerar es el nivel de actividad económica. Este se determina en función de la inversión y el consumo. El nivel de actividad económica afecta directamente el nivel de empleo y el nivel de precios.

cadáver de Tena en las rodillas, más torrentosas se volvieron esas aguas que enfurecidas se estrellaron contra los esposos, aislándolos para siempre, y dejándolos, frente a frente, convertidos en dos peñones que cortados a tajo se vigilan todavía, separados por la atropellante corriente del río. (3).

Inmenso fue el dolor de Fura; las pocas horas que sostuvo en las rodillas el cadáver de Tena, fueron siglos de amargura; sus lamentaciones y sus lágrimas viven y vivirán eternamente en la historia de los muzos; sus gritos de dolor al perforar en ecos la quietud de la selva, reventaron convertidos en bandadas de multicolores mariposas, y sus lágrimas, sus torrentes de lágrimas que en vano quiso detener el hijo mimado, Itoco, (4) se fueron trasformando, al beso del sol, en una cordillera de montañas, pero montañas de esmeraldas.

La triste suerte de Fura y Tena conmovió sin embargo el corazón de Are, que desde su trono del sol los perdonó, poniendo, para vigilar los sagrados peñones, un guardia permanente de tempestades y de rayos, y permitiendo que sean siempre las aguas del río Minero, sangre de Zarbi, las que descubran, clarifiquen, laven y abrillanten las esmeraldas de Muzo, lágrimas de la infiel y arrepentida Fura.

Por eso y desde entonces los muzos tienen su gran templo en el doble peñón de Furatena, las más ricas minas de esmeraldas y las más bellas mariposas.

(1) Río Carare. Car, agua; are, dios.

(2) Esta costumbre del suicidio del esposo por la infidelidad de la mujer subsistió hasta muchos años después de la conquista española; era una ley sagrada de obligatorio cumplimiento.

(3) Río Minero, llamado antiguamente río Zarbi, en cuyas orillas varias veces derrotaron los muzos al conquistador español capitán Luis Lancheros.

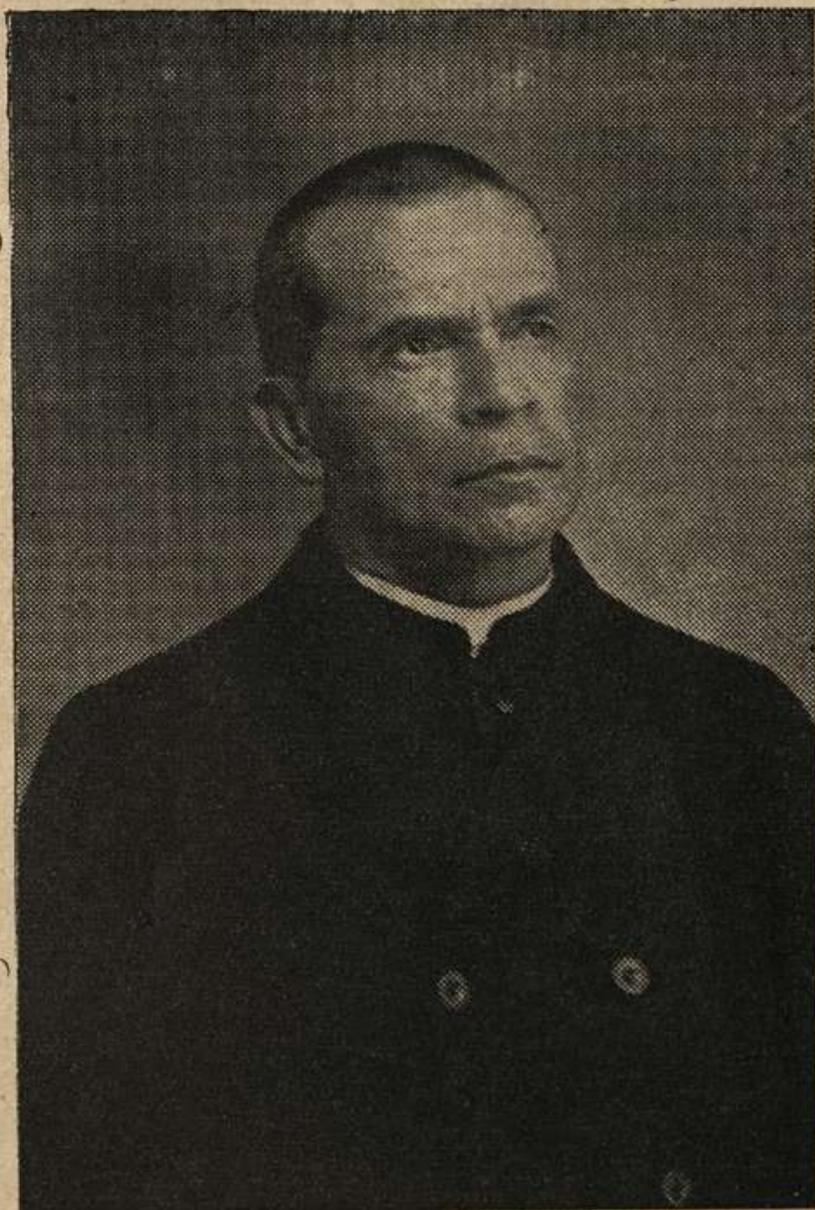
(4) Itoco, peñón de la cordillera esmeraldífera donde se han encontrado las más grandes y finas esmeraldas.

DOCTOR CAYO LEONIDAS PEÑUELA

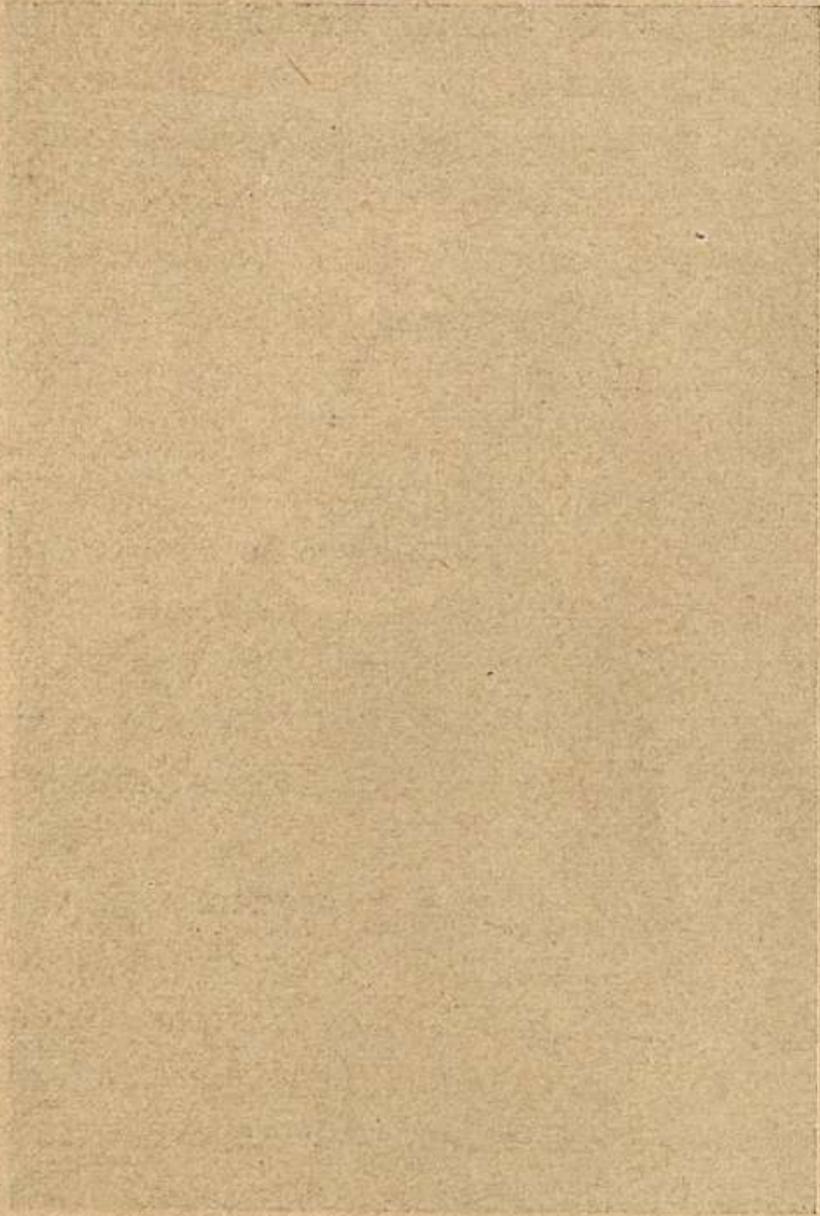
El doctor Cayo Leonidas Peñuela, alto exponente de la cultura colombiana, honor del clero boyacense, santo y austero levita, nació en la población de Soatá, el 21 de abril de 1864. Fueron sus padres don Juan Miguel Peñuela y Valenzuela, acaudalado comerciante, y doña Gertrudis Quintero, matrona de delicadas virtudes hogareñas. Tuvo por hermanos a Pío, Rómulo, Sotero, José Miguel y Simón, hombres de clara inteligencia y constante amor a las ciencias, como lo demuestran los títulos de doctores que obtuvieron en los distintos ramos a que se dedicaron. Fue bautizado al día siguiente de su nacimiento, junto con su hermano gemelo Sotero, por el párroco doctor Pulido, en la casa de su hermano mayor Pío, por estar cerrados los templos a causa de las contiendas políticas que en esos tiempos azotaron al país.

Huérfano a la edad de tres años. Hizo sus estudios de primeras letras en su pueblo natal y en La Uvita, bajo la dirección de excelentes institutores como José Medina Calderón, Eutiquiano Corso y Samuel Bernal, estudios en los cuales dio muestras de sus relevantes facultades intelectuales. Vino la guerra de 1870 y con ello la anormalidad en todos los sectores, especialmente en el ramo educativo, por lo cual el joven Peñuela, pasó a administrar los fértiles campos pertenecientes a su familia. Hacia el año de 1880 terminó sus estudios primarios y por instancias del doctor Pastor Santos, cura de La Capilla regentó en esta población la escuela por espacio de tres años, con nombramiento que le confirió el doctor Otálora, Presidente del Estado. Como su espíritu selecto sintiera el llamamiento divino a la carrera sacerdotal, ingresó al Seminario Conciliar de Bogotá, establecimiento que esa época contaba, como siempre, con eminentes profesores de la talla de Rafael María Carrasquilla, Antonio Cadavid y otros. Sorprendido en 1885 por la guerra civil, sin recursos, lejos del hogar, pidió la entrada al ejército de reserva, lo que no pudo conseguir; entonces, en compañía de otros estudiantes, emprendió la marcha a pie hacia sus lares; el cansancio los postró, a duras penas llegaron a una hacienda, donde un buen amigo le ofreció hospitalidad y a quien ayudó en sus múltiples ocupaciones.

Al año siguiente, cuando el país gozaba de alguna tranquilidad, continuó en el Seminario, en donde a la vez que cursaba sus estudios filosóficos y teológicos, era profesor de varias cátedras y bibliotecario. Recibió la tonsura y las órdenes menores el 19 de septiembre de 1890, de manos del Obispo señor Velasco, y el subdiaconado al siguiente día. En 1891 le fue conferido el diaconado, el 15 de abril, por el señor Higuera, autorizado por el señor Delegado Apostólico. Finalmente, el 18 de octubre del



**Sr. Canónigo Dr. Don
CAYO LEONIDAS PEÑUELA,**
uno de los fundadores del Centro de His-
toria y la figura más destacada de la
Corporación.



citado año fue consagrado sacerdote por el Ilustrísimo señor Herrera Restrepo.

En 1892 fue compañero del Cura Párroco de Floresta. Luego fue nombrado excusador en la parroquia de Tuta; después ejerció la autoridad de párroco de esta población, en donde fundó un colegio para varones, instituto que subsistió hasta 1895. Al año siguiente, por causa de la muerte del doctor Pablo Manuel Bernal, fue llamado a desempeñar el cargo de Pro-secretario de la Curia; y a fines de diciembre del mismo año el Obispo señor Perilla lo nombró Secretario. Luego desempeñó varias cátedras en la Escuela Normal de Institutoras, en el Colegio de Ricaurte, en el Colegio de Boyacá y en el Colegio de la Presentación de las Hermanas de la Caridad. Fue nombrado Canónigo del Coro de Catedral en noviembre de 1898, y después de varios ascensos ocupó el puesto de Penitenciario. En el año de 1903, en asocio del doctor Honorio Angel y Olarte fundó el Colegio de León XIII, a donde acudió gran número de la juventud boyacense. En 1911 la Academia de Historia de Bogotá le nombró socio correspondiente; en 1912 fue presidente del Centro de Historia de Tunja, donde promovió la fundación del Repertorio Boyacense. Hizo parte de la Junta del Centenario en 1913 y trabajó activamente en la Exposición Departamental de aquel año y en la reconstrucción del Teatro Municipal.

Es miembro correspondiente de la Academia de la Lengua, de la Sociedad Bolivariana de Panamá, del Centro de Historia de Bucaramanga, de la Academia Antioqueña de Historia. El doctor Peñuela es autor de estas obras: "Nuevo Curso de Historia de Colombia" (1909); "Album de Boyacá" (1919); "Juan José Rondón" biografía; "El doctor y General Próspero Pinzón" 1941; "Libertad y Liberalismo"; "Curso de Apologética" y varias otras.

Así, el doctor Cayo Leonidas Peñuela, después de haber dejado en el sendero de la vida un reguero de luz y después de haber sembrado la buena mies, hoy, cargado de méritos, continúa su obra apostólica como cura párroco de su ciudad natal.

ANA ROSA SEGURA DE FAJARDO
Del Centro de Historia.

BIBLIOTECA DE AUTORES BOYACENSES

Con este nombre, el Centro de Historia de Tunja, fiel a su misión de dejar a las futuras generaciones el más completo material para un próximo estudio de la historia intelectual del Departamento, ha iniciado una sección bibliográfica que comprenda todos los libros, estudios, folletos, periódicos, etc., de cualquier índole o finalidad, con el objeto de ir mostrando día a día la producción intelectual y la modalidad literaria de los hijos de Boyacá. Solicitamos por eso de todos los boyacenses, el envío de obras, tesis de grado, estudios científicos, históricos o literarios, y periódicos escritos por boyacenses o que se refieran a temas relacionados con nuestras costumbres, industrias, vida y demás modalidades de Boyacá.

Por nuestra parte, y para mayor conocimiento de esas obras, iremos haciendo en cada entrega de REPERTORIO BOYACENSE, un comentario sobre los trabajos que vayan llegando, comentarios que iniciamos con las últimas producciones de la inteligencia boyacense.

CARTILLAS MORENO SOLER. Con esta denominación general el señor Tobías Moreno Soler, actual Secretario Privado del Ministerio de Educación Nacional, y uno de los más distinguidos pedagogos con que cuenta el país, ha dado a la publicidad dos cartillas escolares, las mejores en su género: "La Poesía en la Escuela" y "El Cuento en la Escuela". Contiene la primera una verdadera selección de trozos poéticos para niños, en una gradual ascensión pedagógica y literaria, tan acertadamente escogida que cada página trae una nueva enseñanza y un verdadero escalón literario; principia con pequeñas y sencillas adivinanzas para terminar con bellos ejemplos de poesía épica y romántica, haciendo recorrer al lector por un delicioso camino de fábulas, leyendas y cantos al agua, al viento, a los animales, todos los senderos de la naturaleza: la imaginación va viendo y conociendo al través de esas páginas las costumbres de los animales, los colores de las mariposas, los secretos de las letras y los sentimientos que inspiraron a los grandes cantores y poetas. Es un libro no solamente para niños sino para los adultos que quieran pasar unas horas de verdadero regocijo espiritual.

Con igual ordenación y técnica pedagógica es la cartilla "El Cuento en la Escuela"; todas esas fantásticas historias de hadas que rebullen la imaginación infantil, la vida de los animales y las cosas, cantos al sol, al rocío y al caballo, y todo lo que quisiéramos que hicieran y pensaran los seres inanimados, hasta los más bellos cantos de Rabindranath Tagore y los seres y cosas queridas, contiene ese libro que lleva a la niñez un gran acopio de enseñanzas y un inmenso caudal literario.

Reciba Tobías Moreno Soler, ilustre hijo de Boyacá, nuestra más cálida felicitación en nombre de la niñez del país, que sabrá recoger su nombre con el cariño y el recuerdo con que se guardan las dulces emociones de nuestra edad primera.

KEFAS es el título de un libro que acaba de publicar el doctor José María Córdoba Roldán, distinguido abogado boyacense. Es un libro raro, original e interesante. En el título principia su originalidad; escogió su autor un término griego, significativo de piedra, capital o cabeza, para hacer una apología del carbón a través de capítulos aparentemente desconectados con el tema central, pero que en el fondo se armonizan.

No es novela ni estudio científico o literario; es una serie de disertaciones que sobre el carbón y en general las industrias extractivas hacen individuos de distinta apreciación y criterio sobre la importancia industrial de un país; charlas entre pesimistas, oradores, obreros, políticos, etc., con críticas a algunas de nuestras costumbres sociales, administrativas y políticas, para terminar con un llamamiento a la juventud y a la cooperación continental sobre la importancia del carbón y los minerales en la vida económica y social de los pueblos americanos.

Este libro, de literatura amena y sencilla, a pesar de lo aparentemente árido del tema, tiene observaciones interesantes y juiciosas, que bien merecen la pena de tomarse en cuenta por nuestros legisladores y dirigentes.

* * *

VIRTUDES Y MISERIAS DEL PUEBLO. Con este título escribe Carlos Nossa Monroy, autor de la novela "Estampa Rústica de la Tierra", un pequeño libro de cuadros.

No pertenece al género antiguamente llamado costumbrista; no son cuentos donde la fantasía o la exageración desempeñen importante papel; son cuadros vivos de diaria ocurrencia, que sólo quien tenga sensibilidad halla en ellos motivo para escribir.

Seis cuadros forman el libro: **José Viasús**, campesino feliz en su pobreza, a quien la muerte de una novilla, economía de su trabajo en toda la vida, le arrastró a la ciudad donde en oficios diversos a los que formaron su infancia encontró la muerte aplastado por una pared, ante la misma indiferencia humana con que él, único dolor, miró apagarse la luz en las pupilas de su novilla. **Clarence**, muchacha huérfana que con su pequeño sueldo de mecanógrafa, única entrada para el sostenimiento de sus muchos hermanos menores muere fulminada más que por la fiebre tifoidea, por la destitución del empleo, triunfo de su virtud sobre las pretensiones del jefe de oficina insolente y pérfido. **El señuelo de la caridad**, vida de un mayordomo joven que muere de una pulmonía adquirida al coger en una mañana torrencial el caballo en que su patrón completamente abrigado debía hacer un viaje. **Runta**, vereda gitana, historia de una muchacha que enamorada se vá con su galán, buscando en el amor la explosión de su ancestro aventurero y el calor que le negara la niebla runtana. **Hija sin nombre**, historia de un delito de infanticidio en el que a la madre sólo le queda el dolor de que su hija hubiera muerto sin bau-

tismo, y por último Llanura, Río y Cielo, una narración de los paisajes y la vida en Casanare con todos sus encantos, sus maravillas, sus peligros y sus fieras.

Este libro no es pues historia, pero sí la narración de historias vividas todos los días, en nuestro ambiente social, inhumano y cruel, que sólo busca la propia felicidad edificada sobre la indiferencia ante el dolor ajeno. Es pues lo que pudiéramos llamar una pequeña historia sociológica de nuestro propio ambiente.

* * *

POESIAS es un libro de Antonio María Suárez Ramírez en el que recogió treinta y nueve poemas cortos de delicioso sabor romántico.

Desde hace unos veinte años, cuando Suárez Ramírez siendo estudiante de Derecho obtuvo un premio en un concurso literario, se había alejado de la publicidad. Parecía que el ejercicio profesional le hubiera hecho olvidar sus inclinaciones literarias, y por eso su nombre no volvió a figurar en las columnas de la prensa, pero su libro de poesías lo vuelve a reincorporar al círculo de los intelectuales boyacenses.

Sus cantos son romances cortos, sencillos y sentidos; a Suárez Ramírez no le ha herido la fiebre del modernismo y por eso canta todavía bellamente a la naturaleza y sus encantos; son los sembradores, los arrieros, los leñadores y los molineros, los objetos de esos poemas, y son nuestros paisajes, nuestros campos, nuestros animales, nuestros bosques los inspiradores de sus sentimientos; es Boyacá la que palpita en esas estrofas.

A dónde vas? Canción de la Tunebita, y los cantos al Sembrador, al Arriero, al Leñador y al Arroyo son poemas de honda sensibilidad literaria y de dulce estructuración artística.

Boyacá debe saludar con regocijo la reaparición de este valor intelectual que se había dormido en su modestia.

* * *

CRISTALES FESTIVOS. Sin comentario especial por no conocer el libro, pero sí con base en la crítica literaria de los últimos días, Boyacá saluda con orgullo la aparición del último libro de poesías "Cristales Festivos", que acaba de publicar en Palmira la gran poetisa tunjana Isabel Pardo Hurtado, conocida en el mundo literario con el nombre de Diana Rubens.

Creíamos que la larga ausencia de Diana Rubens, no solamente de Boyacá sino del país, le había hecho olvidar su ciudad natal, que dejara desde niña; Boyacá le rendía admiración silenciosa por sus poesías y sus cuentos; la veía dar prestigio a la literatura colombiana y la vio marcihar al Ecuador como una embajadora de la inteligencia femenina. Pero Dia-

na Rubens no ha olvidado a Tunja y la ha cantado en "Cristales Festivos".

Diana Rubens que con Laura Victoria y Magda Negri constituye el equipo de poetisas boyacenses de este siglo, sabe con cuánto orgullo recibe Boyacá la aparición de su nuevo libro.

JULIO ROBERTO GALINDO

* * *

SOCIEDAD COLOMBIANA DE LINGÜÍSTICA ABORIGEN. El 26 de marzo último en los salones de la Academia Colombiana de Historia se reunió en Bogotá esta asociación histórica fundada en Tunja, con el exclusivo objeto de revivir para la ciencia los términos y vocablos de nuestras lenguas aborígenes.

Desde tiempo atrás, y dada la circunstancia de que la mayor parte de los miembros residen en Bogotá, se había convocado a una sesión extraordinaria con el fin de estudiar el posible traslado de la Sede de esta entidad a la capital de la República. Bajo la presidencia del doctor Joaquín Acosta Ortegón y con asistencia de los socios Ulises Rojas, Leandro Miguel Quevedo, Luis Augusto Cuervo, Moisés de la Rosa, Jorge Alvarez Lleras, Enrique Ortega Ricaurte, Gabriel Giraldo Jaramillo, Miguel Aguilera, Luis Patiño Camargo, Eliécer Silva Celis, señora Elvira Sarmiento de Quiñones y el secretario doctor Julio Roberto Galindo, se llevó a cabo la reunión.

Dos puntos importantes se resolvieron allí: La organización de la revista, órgano de la sociedad que quedó bajo la dirección del doctor Manuel Casas Manrique, y un cuerpo de redacción constituido por los doctores Jorge Alvarez Lleras, Luis Augusto Cuervo y Enrique Ortega Ricaurte; y el relativo a la nueva sede de la sociedad, resolviéndose que continuaría la misma mesa directiva, con sede en Tunja, es decir, presidente doctor Acosta Ortegón, vicepresidente doctor Juan C. Hernández y secretario doctor Julio Roberto Galindo, nombrándose para las reuniones en Bogotá como segundo vicepresidente al doctor Enrique Ortega Ricaurte y subsecretario al señor Leandro Miguel Quevedo.

De esa manera la Sociedad Colombiana de Lingüística Aborígen, seguirá con su sede principal en Tunja, pudiendo sesionar y funcionar simultáneamente en Bogotá.

La institución, de esa manera, amplía su radio de acción, y con carácter de entidad nacional, continuará su labor de divulgación de idiomas y dialectos aborígenes, con miembros y entidades filiales en todos los departamentos del país.

NOMINA COMPLETA DE LOS MIEMBROS DEL CENTRO DE HISTORIA DE TUNJA, DESDE SU FUNDACION, EN ORDEN DE ELECCION.

Miembros actuales:

SOCIO HONORARIO:

Doctor Eduardo Santos.

SOCIOS DE NUMERO:

- 1—Presbítero doctor Cayo Leonidas Peñuela.
- 2—Doctor Nicolás García Samudio.
- 3—Reverendo Padre Fray Andrés Mesanza (dominicano).
- 4—Doctor Jesús Antolínez Wilches.
- 5—Reverendo Padre Fray Humberto Molano (dominicano).
- 6—Doctor Leonidas Cely.
- 7—Doctor Ulises Rojas.
- 8—Señor Ramón C. Correa.
- 9—Señor Oscar Celio Rubio.
- 10—Señor Alcibiades Ortega.
- 11—Teniente Coronel Jorge E. Méndez Calvo.
- 12—Pbro. doctor Ignacio A. Vargas Torres.
- 13—R. P. Fray Francisco Mora Díaz (dominicano).
- 14—Doctor Pablo Enrique Cárdenas Acosta.
- 15—Doctor Carlos Reyes Archila.
- 16—Señor Constantino Martínez V.
- 17—Doctor Juan Clímaco Hernández.
- 18—Doctor Gabriel Camargo Pérez.
- 19—Doctor Julio Roberto Galindo.
- 20—Señor Leandro Miguel Quevedo G.
- 21—Doctor Rafael Salamanca Aguilera.

SOCIOS CORRESPONDIENTES NACIONALES:

- 1—General Aurelio Acosta.
- 2—Señor Horacio Isaza.
- 3—Doctor Abel de J. Rico.
- 4—Doctor Senén Arenas.
- 5—Pbro. doctor Manuel M. Reyes Archila.
- 6—Doctor Idelfonso Díaz del Castillo.
- 7—R. P. Fray Jesús María Martínez (Candelario).
- 8—Doctor José del Carmen Rodríguez Bermúdez.

- 9—R. P. Fray Bernardo Merizalde (agustino).
- 10—Señor José Barreto Moreno.
- 11—Señor Teodulfo Dueñas.
- 12—Doctor Manuel José Forero.
- 13—Señor Lucio Antonio Amaya D.
- 14—General Carlos Cortés Vargas.
- 15—Doctor Gerardo Arrubla.
- 16—Doctor Luis Augusto Cuervo.
- 17—Doctor Enrique Otero D'Costa.
- 18—Doctor Raimundo Rivas.
- 19—Señor Eduardo Torres.
- 20—Pbro. Doctor Rafael Amaya D.
- 21—Señor Peregrino Sáenz.
- 22—R. P. Fray Martín Amaya Roldán (Lazarista).
- 23—Pbro. Doctor Norberto U. Lozano.
- 24—Pbro. Doctor Arturo Rodríguez Castro.
- 25—Coronel Leonidas Flórez Alvarez.
- 27—R. P. Fray Eugenio Ayape (Agustino).
- 28—R. P. Fray Gregorio Arcila Robledo (Franciscano).
- 29—Pbro. Doctor Vicente Uriel Mendoza.
- 30—Señor José Fulgencio Gutiérrez.
- 31—Doctor Gabriel Porras Troconis.
- 32—Señor Belisario Matos Hurtado.
- 33—Doctor Arsecio Aragón.
- 34—Señor Ricardo Nieto.
- 35—Doctor Alfonso Zadwasky.
- 36—Doctor José Ignacio Bernasa.
- 37—Doctor Fidel J. Pérez Calvo.
- 38—Doctor José Vicente Hernández.
- 39—Doctor Camilo Villegas.
- 40—Señor Luis A. Múnera.
- 41—Señor Adalberto Osorio Rodríguez.
- 42—Doctor Luis Sierra H.
- 43—Señor Ricardo Olano.
- 44—Señor José J. Zapata.
- 45—Doctor José Joaquín Casas.
- 46—Doctor Alfredo Gómez Jaime.
- 47—R. P. Fray José J. Ortega (Salesiano).
- 48—Señor Gregorio Hernández de Alba.
- 49—Señor Gabriel Karpff Müller.
- 50—Señor José María Uribe Th.
- 51—Doctor Joaquín García Borrero
- 52—Señor Rafael Tavera.
- 53—Doctor Antonio Gómez Restrepo.

- 54—R. P. Félix Restrepo (Jesuíta).
 55—Doctor Gustavo Otero Muñoz.
 56—Doctor Bernardo J. Caicedo.
 57—Señor Guillermo Hernández de Alba.
 58—Señor Félix Antonio Quijano.
 59—Señora Rosa María Otálora de Corssi.
 60—R. P. José Vargas Tamayo (Jesuíta).
 61—Doctor Roberto Vargas Tamayo.
 62—Doctor Humberto Martínez Marullanda.
 63—Señor Carlos C. Prieto Montañez.
 64—Señor José Manuel Rojas Rueda.
 65—Señora Elvira Sarmiento de Quiñones.
 66—R. P. Fray Marcelino de Castelvi (franciscano).
 67—Doctor Rafael Saravia Gallo.
 68—Señora Ana Rosa Segura de Fajardo.
 69—Señor Manuel María Euenaventura.
 70—Doctor Nicolás Ramos Hidalgo.
 71—Señor Emilio Robledo.
 72—Doctor Samuel Arturo Mesa y Posada.
 73—Doctor Antonio Gómez Campillo.
 74—Señor José Solís Moncada.
 75—Coronel Avelino Fajardo Castrillón.
 76—Doctor Julio César García.
 77—Señor Gabriel Arango Mejía.
 78—Doctor Tomás Cadavid Restrepo.
 79—Doctor Bernardo Toro I.
 80—Señor Miguel Martínez Villa.
 81—Doctor Ezequiel Arroyabe y Roldán.
 82—Señor Joaquín G. Ramírez.
 83—Señor Bernardo Uribe Muñoz.
 84—Señor Germán Arciniegas.
 85—Doctor Joaquín Acosta Ortegón.
 86—Doctor Enrique Ortega Ricaurte.
 87—R. P. Fray Julio Arcila (Franciscano).
 88—Señor José Velásquez García (Julio Vives Guerra).
 89—Señor Octavio Quiñones Pardo.
 90—Doctor Milton Puentes.
 91—Teniente Coronel Eduardo Villamil.
 92—Licenciado Eliécer Silva Celis.
 93—Señor Enrique Pinzón Saavedra.
 94—Doctor Humberto Plazas Olarte.

SOCIOS CORRESPONDIENTES EXTRANJEROS

- 1—Doctor Vicente Lacuna (Venezuela).
 2—Doctor Vicente Dávila (Venezuela).

- 3—Teniente Coronel Emilio de la Barrera (Perú).
- 4—Doctor Ricardo Patte (Puerto Rico).
- 5—Doctor Wilfrido Loor (Ecuador).
- 6—Señor Nanni Leoni Castelli (Méjico).
- 7—Doctor Benito Reyes Testa (Panamá).
- 8—Doctor Ernesto de J. Castilledo R. (Panamá).
- 9—Doctor John de Pool y Danies (Panamá).
- 10—Doctor José E. Lefevre (Panamá).
- 11—Doctor Enrique Marco Dorta (España).
- 12—Doctor Angel Camacho Baños (España).

Miembros fallecidos

SOCIOS FUNDADORES:

- 1—Doctor Cayetano Vásquez.
- 2—Pbro. doctor Aquilino Niño.
- 3—Señor Oscar Rubio
- 4—Señor Emeterio Moreno.

SOCIOS HONORARIOS:

- 1—Doctor Sotero Peñuela.
- 2—Doctor Enrique Olaya Herrera.
- 3—Doctor Diego Mendoza Pérez.

SOCIOS DE NUMERO:

- 1—Doctor Benjamín Reyes Archila.
- 2—Doctor Mateo Domínguez Espinosa.
- 3—Señor Ozías S. Rubio.
- 4—Doctor Dustano Gómez.
- 5—Doctor Félix María Archila
- 6—General Próspero Márquez.
- 7—Doctor Nebardo Rojas
- 8—Pbro. doctor Abigaíl Morales.
- 9—Doctor Francisco de P. Barrera.
- 10—Doctor Fernando Torres..
- 11—Doctor Domingo Antonio Combariza.
- 12—Doctor Octavio Torres Peña.
- 13—Doctor José Miguel Pinto.
- 14—Señor Isaac Páez.
- 15—Pbro. doctor Olegario Albarracín.
- 16—R. P. Fray Anacleto Acevedo (Franciscano).
- 17—Doctor Luis Alberto Castellanos.

SOCIOS CORRESPONDIENTES:

- 1—Señor Nicasio O. Galindo.
- 2—Doctor Martín Medina.
- 3—Doctor Evangelista Medina.
- 4—General Rufino Ussa.
- 5—Señor Milciades Chavez.
- 6—Señor Temístocles Avella.
- 7—Doctor Luis Izquierdo.
- 8—Doctor David Torres.
- 9—Doctor Leopoldo Combariza.
- 10—R. P. Fray Gregorio R. Celis.
- 11—General Baldomero Tarazona.
- 12—Señor José María Rivera T.
- 13—R. P. Fray José Pérez Gómez (Agustino).
- 14—Doctor Eduardo Posada
- 15—Doctor José Joaquín Guerra.
- 16—Pbro. José Manuel Marroquín.
- 17—Doctor Caraciolo Parra León.
- 18—Doctor Calixto Camacho.
- 19—Doctor Gustavo Arboleda.
- 20—Doctor Guillermo Valencia.
- 21—General Rafael Negrette.
- 22—Doctor Ismael Enrique Arciniegas.
- 23—Señor José Alejandro Ruiz.
- 24—Señor Daniel Samper Ortega.
- 25—R. P. José Salvador Restrepo (Jesuíta).
- 26—Señor José María Zamora.
- 27—Pbro. Doctor Francisco Luis Toro.

Biblioteca de la Sociedad Geográfica de Colombia - Bogotá.

PORTE CONCERTADO



MCD 2018